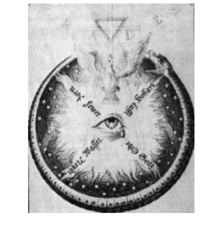


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 79

21 de Septiembre de 2.023

S U M A R I O

EL MISTERIO ESPIRITUAL DEL HOMBRE
O
EL MINISTERIO DEL HOMBRE ESPÍRITU

*

SEGUNDA PARTE
SOBRE EL HOMBRE

Louis-Claude de Saint-Martin

INFLUENCIA DE LA GNOSIS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Antonio Piñero

Novedad Editorial


EXCELSIS DEO ET IN TERRA

EL MISTERIO ESPIRITUAL DEL HOMBRE
o
EL Ministerio del Hombre-Espíritu

Louis-Claude de Saint-Martin

*

Segunda Parte
SOBRE EL HOMBRE

¿Qué es el Espíritu?

Para comprender la sublimidad de nuestros derechos, debemos remontarnos a nuestro origen. Pero antes de considerar la naturaleza del Hombre-Espíritu, observaremos lo que en general puede llamarse *Espíritu*, de cualquier clase que sea; expondremos las fuentes radicales de donde deriva esta expresión, y tomaremos primero esta palabra *Espíritu* en los diferentes sentidos bajo los cuales puede ser considerada en nuestras lenguas.

Podemos considerar el espíritu de una cosa como el engendramiento real, parcial o completo, de las potencias de su clase.

Es así como la música nos es conocida por la emisión real de los sonidos a través de los cuales se transmite a nuestros oídos, y que no son más que la expresión efectiva o el espíritu activo de los planos o relatos que quiere representarnos.

Así pues, el viento es la emisión real de aire comprimido por las nubes o las fuerzas de la atmósfera. En lo que concierne al orden elemental, tan pronto como no hay más compresión, no hay más viento: y sabemos que las lenguas antiguas usaban la misma palabra para expresar *viento*, *aliento* y *espíritu*.

Así, el aliento del hombre y de otros animales es la emisión real de lo que resulta en ellos de la unión del aire con sus fuerzas vitales; también cuando cesan sus fuerzas vitales, cesan al mismo tiempo el aliento o espíritu y la expresión de la vida.

Así pues, el brote de nuestros pensamientos, y de lo que el mundo llama espíritu en el hombre, es la emisión real de lo que una fermentación secreta ha desarrollado en las potencias de nuestro entendimiento, y este brote es, por consiguiente, el fruto de su engendramiento real: también cuando esta fermentación secreta se suspende en nosotros, somos como si no tuviéramos más

pensamiento, como si no tuviéramos más de lo que llamamos espíritu, aunque todavía tenemos en nosotros los gérmenes que pueden producirlos.

Espíritu, una emanación de los Poderes Eternos

De acuerdo con esta exposición, podemos, sin temor, considerar el *Espíritu* como siendo el fruto que procede perpetuamente de los Poderes Eternos Supremos, o de la Unidad Universal de estos poderes, una vez que el real engendramiento, que produce este fruto, sin interrupción, debe, por encima de todas las otras emanaciones, recibir el nombre de Espíritu, lo cual atribuimos a todo aquello que tenga el carácter de una emanación o expresión real.

Y aquí debemos recordar que los Poderes Generativos Eternos de este Ser Universal reposan, como todo lo que existe, sobre dos bases fundamentales que, en la obra "*El Espíritu de las Cosas*", indicamos bajo los nombres de fuerza y resistencia; Jakob Böhme, aplicando estas dos bases a la Divinidad, presenta bajo el nombre de un doble deseo el de permanecer en su propio centro y el de desarrollar allí sus esplendores universales; también, bajo los nombres de aridez y blandura; luz y tinieblas; y aún bajo los nombres de angustia y deleite, furia y amor; aunque afirme continuamente que en Dios no hay aridez, tinieblas, angustia o furia, y que usa tales expresiones solamente para designar poderes distintos, pero que actuando simultáneamente, presentan y presentarán eternamente la más perfecta unidad, no sólo en ellos y con ellos mismos, sino también con aquel Espíritu Eterno y Universal que nunca dejan y nunca dejarán de engendrar.

La emanación perpetua de la Unidad Universal, el Ser Divino

Más allá de todo, me parece no ser infructífera o indiferente la noción que obtenemos aquí del carácter de este Fruto Perpetuo del real engendramiento de la Unidad Universal, cuyos Poderes son, continua, necesaria y exclusivamente dependientes de sí mismos; y si los observadores así hubiesen considerado esta unidad productiva, dentro de este carácter de emanación necesaria y real, habrían sacado gran provecho de sus pesquisas sobre el Ser Divino y Universal, y como resultado, no habrían tratado de examinar, en el principio, la naturaleza de este Ser, sin observar Su Acción; puesto que Su Acción es probablemente Su total Naturaleza; la consecuencia de sus tácticas erróneas ha sido que, no sólo no encontraron el Ser Divino que buscaron de forma impropia, sino que fueron demasiado lejos al engañarse a sí mismos afirmando que aquello que no encontraron, no existe.

Si hubiésemos considerado al Ser Universal como el fruto real, espiritual y divino de los poderes de la Unidad Eterna, en Su verdadero carácter, habríamos extraído de allí los grandes beneficios que se siguen.

Espíritu, fruto de todos los poderes de la Unidad

Como el fruto de toda procreación de la que tenemos conocimiento reproduce y representa todo lo que constituye los poderes que lo engendró, así, lo que llamamos Espíritu, en el acto generativo de la Unidad Eterna, nada más puede ser que la expresión real y manifiesta de todo aquello, sin excepción, que pertenezca a esta Unidad Eterna: de esta forma, cabe al Espíritu Universal volvernos tal Unidad conocida, describiéndola enteramente, así como el Hombre reproduce, temporalmente, todas las propiedades de su padre y madre, de quienes es una imagen viva completa.

Sí, si observáramos atentamente con nuestra comprensión, este real y perpetuo fruto de la Unidad Eterna, veremos que, desde que los poderes de esta Unidad son perpetuos, necesarios y exclusivamente dependientes unos de los otros, y el fruto de la unión de estos poderes es un real engendramiento, tan ilimitado como infinito, este fruto debe realmente ser la expresión real y completa de esta mutua unión; él debe contener en sí todo lo que puede servir como fundamento para la atracción mutua de estos poderes, unos en dirección a los otros, de forma real y universal.

Así, es necesario que el fruto de este engendramiento y este Ser Divino, se revele y se presente a nosotros, sin cesar, en todos los puntos, tamaña la abundancia y continuidad de amor, vida, fuerza, poder, belleza, justicia, armonía, proporción, orden y todas y cualesquiera otras cualidades de las cuales nuestro pensamiento debe, en todo lugar, encontrar el efecto vivo de su plenitud, y nunca dejar de recocer la supremacía de su unidad universal; por encima de todo, se hace necesario que este fruto engendrado por la Esencia Divina, de la misma forma, se torne uno, ya que debe tener y ser todo aquello que esta Unidad contiene y que no se puede admitir ningún intervalo o alguna diversidad de grados entre el amor de estos poderes y el acto de su engendramiento, como tampoco es posible percibir cualquier diferencia entre la existencia esencial y la naturaleza constituyente de este fruto.

Sólo el Espíritu puede revelarse a sí mismo

Sin embargo, sólo a esta Esencia Universal, a esta real y perpetua emisión de la Unidad Eterna, cabe la transmisión de éste conocimiento a nosotros, así como sólo cabe al fruto de las generaciones naturales proporcionar el conocimiento de los poderes que los generaron, delante de nuestros ojos.

Así, aquellos que no tienen reconocido este Ser como necesario, este fruto real y perpetuo de engendramiento de la Unidad Eterna, acaban, naturalmente, no reconociendo más a la propia Unidad Eterna, ya que absolutamente nada más fuera de este fruto real podría presentarla a ellos con todas sus cualidades y propiedades constituyentes; de la misma forma, si apartamos nuestros ojos del fruto de la tierra, perderemos, rápidamente, el conocimiento de las virtuales

cualidades generativas de la Naturaleza; y si considerásemos al hombre, de forma muda e inerte, perderíamos, rápidamente, la idea de la extraordinaria actividad de su cuerpo y la vasta extensión de su pensamiento y de su inteligencia.

La generación y la anastomosis[1] oculta de los seres

Si los poderes de la Unidad Eterna son necesariamente uno en su concepción, y la Esencia Universal o el Fruto que procede de este engendramiento, necesariamente los vuelve uno, ésta es, sin duda, la razón fundamental del por qué su generación se nos oculta, ya que no podemos concebir este Fruto separado de Sus Fuentes generativas.

Pero si, por otro lado, hay, necesariamente, una unión progresiva y gradual de toda la Unidad Universal con toda la producción posible, que aparece delante de nuestros ojos, no debemos sorprendernos, porque nunca fuimos capaces de penetrar en la generación de las cosas, una vez que, no sólo los poderes generativos en estas generaciones parciales también siguen la ley de la Unidad, de acuerdo con su orden, sino que hasta incluso sus frutos se vuelven uno con estos poderes delante del ejemplo de la Unidad Universal, al menos en la raíz, y en el acto generativo, aunque, más adelante, el fruto se desprenda de sus fuentes generativas, al pertenecer en las regiones de sucesión.

Vamos a hacer una pausa aquí para contemplar qué cosa admirable y cuán impresionante es esta profunda ley, que oculta el origen de todo lo que es producido, ¡incluso el de aquellos que reciben o adquieren este origen! Bajo este impenetrable velo, las raíces de todos los engendramientos están intercomunicadas con la fuente Universal. Y, solamente cuando ocurre esta anastomosis secreta, y las raíces de las esencias reciben, en el misterio, una preparación vivificante, es que la substanciación tiene inicio, y las cosas toman forma ostensiva, colores y propiedades. Tal anastomosis es insensible, mismo en el tiempo, y se vuelve perdida en la inmensidad, en el eterno, y en lo inmutable, como para que nos enseñe que el tiempo es solamente la región de la acción visible de las cosas, pero que la región de la acción invisible es infinita.

Sí, la Sabiduría y el Amor Eterno alimentan su propia gloria, y también nuestra inteligencia; ellas parecen temer que creamos que nada tuvo un principio, y que no hay nada que no sea Eterno; ya que, en verdad, ninguna criatura, ni siquiera el hombre, tienen la mínima idea de su propio origen, a no ser el de su cuerpo; y él adquiere este conocimiento mucho más por el cansancio que este cuerpo ocasiona a su espíritu que por los ejemplos de su reproducción, los cuales testimonia diariamente; pues, de hecho, nada puede tener un inicio (absolutamente) sino el mal y el desorden. Y, como el Hombre pertenece a la Unidad, o al Centro, que es el medio de todas las cosas, puede envejecer en su cuerpo, y tan solo acreditar que está en

[1] Anastomosis: Comunicación, material o artificial, entre dos vasos sanguíneos u otras formaciones tubulares.

medio de sus días. Así, el origen oculto de las cosas es una expresiva evidencia de su fuente eterna e invisible, y sentimos que nada comienza a no ser el mal y la muerte, y que la vida, la perfección y la felicidad nunca existirán si no existiera desde siempre.

El Ser Universal Se engendra o Se revela en todo lugar, especialmente en nosotros.

Esto confirma el principio demostrado por nosotros; si, en todos los ejemplos dados, nada puede recibir el nombre de Espíritu, sino por la presencia del fenómeno de una real y constante posible emisión, es muy probable que el Ser Universal deba portar el mismo carácter, y por lo tanto revelar nuestra inteligencia a la real y necesaria plenitud de una existencia ininterrumpida, sin comienzo o principio.

¡Feliz aquel que puede elevar su pensamiento a esta altura y mantenerlo allí! De esta forma alcanzará tal claridad de inteligencia, el fundamento de todo lo que existe en el orden de las cosas invisibles, así como en el orden de las cosas visibles le parecerá simple, activo, permanente y, por así decir, diáfano; verá que el Ser Universal, a través de su viva y continua Realidad, debe llevar a todo lugar la luz y la nitidez de la cual Es el foco perpetuo.

Pero si quisiéramos considerar así la Realidad viva y continua de este Foco Supremo y Universal, en todas las cosas visibles e invisibles, ¿qué ocurrirá cuando la consideremos en nosotros mismos, y ver lo que ella opera en nuestro propio ser? Pues, descubriremos una notable diferencia en lo que dice respecto a nosotros, que es la siguiente: nosotros podemos, por la reflexión, observar rápidamente tal realidad en todas las cosas individuales, pero también, en verdad, podemos sentirla en la Naturaleza y en nosotros mismos.

Sí, si por un único momento penetrásemos las profundidades de nuestra existencia interna, sentiríamos rápidamente que todas las Fuentes divinas, con su Espíritu Universal, abundan y fluyen en la raíz de nuestro ser, que somos un constante y perpetuo resultado del engendramiento de nuestro Principio, que él está continuamente en su realidad con nosotros, y así, después de la definición que dimos del *Espíritu*, podemos ver fácilmente cómo un ser, capaz de sentir en sí la ebullición de la Fuente Divina, tiene derecho al nombre de Hombre Espíritu.

El origen del Hombre

Ahora podemos llegar a una idea concreta sobre el origen del Hombre. El Hombre nació y nace continuamente en la Fuente Eterna que no deja de ser la perpetua embriaguez de sus propias maravillas y deleites. Ésta es la razón por la cual afirmamos frecuentemente que el Hombre puede vivir solamente por la admiración, una vez que, como fue mostrado por el autor alemán citado, ninguna criatura puede ser mantenida sino por la substancia o frutos de su propia madre.

El Deseo y la Voluntad

Con todo, el Hombre también nació en la Fuente del deseo; pues Dios es un Deseo y una Voluntad Eterna de ser manifestado. Su magia, o la dulce impresión de Su existencia, se puede propagar y extender a todo aquello capaz de recibirla y sentirla. El Hombre también debe vivir a través de este deseo y de esta voluntad; y está encargado de mantener estos sublimes afectos con él; pues, en Dios, el deseo es siempre voluntad, mientras que en el Hombre el deseo difícilmente alcanza esta meta, sin lo cual nada puede ser hecho. Es a través de este poder dado al Hombre de elevar su deseo al carácter de voluntad que él debe realmente ser una imagen de Dios.

La Unión entre la Voluntad Divina y el deseo del Hombre

De hecho, el Hombre puede hacer que la Voluntad Divina propiamente dicha venga hasta él para unirse con su deseo; a partir de entonces pasa a trabajar y a actuar de acuerdo con la Divinidad, que se digna, por así decir, a compartir Su obra, Sus propiedades y Sus poderes con el Hombre: y si, al darle el deseo, que es como la raíz de la planta, Él reserva la Voluntad, que es como su botón[2] o flor, no es con la intención de que el hombre permanezca en la privación de esta Voluntad Divina y no la conozca; sino, al contrario, Su deseo es que el hombre la llame, la conozca por él mismo; pues, si el Hombre es la planta, Dios es la savia o la vida. ¿Y qué sería del árbol si la savia no corriese en sus venas?

El Pacto Divino

Es en esta profundidad, en las regiones naturales y verdaderas de la emanación del Hombre, que el pacto divino es establecido; tal pacto liga la Fuente Suprema al Hombre. A través de este pacto, la Fuente Suprema sólo podía transmitir al Hombre todos sus mismos gérmenes sagrados, acompañados de todas las fundamentales e incontestables leyes que constituyen su propia Esencia creativa Eterna, de las cuales no se puede separar sin dejar de existir. Este pacto no sufre alteraciones, como sufren los pactos materiales por la voluntad de las partes.

Al formar el Hombre, la Fuente Suprema tendría que haberle dicho: Con los fundamentos eternos o con las bases de mi ser, y las leyes, eternamente inherentes a ellos, Yo te constituyo, Hombre. No tengo reglas para fijar en ti sino aquellas que resultan naturalmente de mi eterna armonía; no tengo ni siquiera la necesidad de imponerte alguna penalidad si las infringes; cada cláusula de nuestro pacto está, exactamente, en las bases de tu constitución. Si tú las observas y no las cumples, causarás tu propio juicio y castigo; pues, a partir de este momento dejarás de ser Hombre.

---

[2] Flor cerrada y cubierta de las hojas que unidas la defienden, hasta que se abre y extiende. (N. del T.)

El Pacto se extiende por toda la Naturaleza

Podemos observar este principio en toda cadena de seres, donde descubriremos que todas las criaturas están ligadas, cada una de acuerdo con su clase, a su fuente generadora por un tratado implícito; de estas fuentes proceden todas sus leyes; y, en verdad estos seres cayeron en desarmonía en el momento en que estas leyes fueron infligidas, leyes que cargan en su esencia y que son recibidas de sus fuentes generadoras en el instante en que le dan la vida.

Peso, número y medida en la Naturaleza

Al prestar atención a las leyes fijas y regulares, por las cuales la Naturaleza produce y gobierna todas sus obras, y acompañando, paso a paso, cuidadosamente, las pistas dejadas por ella, reconoceremos en todo lugar, un peso, un número y una medida que son los inseparables ministros de la Naturaleza; ellos muestran que existían, primitivamente, en la Fuente mencionada anteriormente, y constituyen el ternario eterno, cuya imagen encontramos en nosotros mismos; sobre ellos reposa el pacto divino.

Vemos, más allá de todo, que estas tres bases satisfacen al Omnipotente, pues establecen las bases de todas las obras de la Naturaleza, caracterizando externamente todas las variedades de su producción, o aquellos desarrollos externos de la forma, color, duración, olor, propiedades esenciales, cualidades etc., cosas que no son números, aunque posean números para manifestación e indicación.

Es de esta forma que el ternario Universal varía, *ad infinitum*, multiplicando sus operaciones y manteniéndolas siempre en operaciones en lo infinito del cual dependen; así, el Hombre nunca puede numerarlas o apoderarse de ellas; y, de hecho, es suficiente para él tener el uso de estas operaciones; a él le está prohibido poseerlas con sus propiedades, ya que, a través de esta multiplicidad de medios que el Todopoderoso posee de variar las manifestaciones de su ternario Universal, Él asegura solamente a sí mismo el derecho de propiedad de este acto generador; sin dejar nunca, con todo, de manifestar esta infinidad, de forma externa, para que sea admirada.

Los poderes opuestos en la Naturaleza

Sin el poder contrario, que trajo desorden para el Universo, la Naturaleza no conocería desarmonía alguna, y nunca se separaría de las leyes prescritas por los planos Eternos; pero, a pesar de su desorden, cuando consideramos la Naturaleza como estando compuesta de tan variados instrumentos y órganos, sirviendo como canales para la vida universalmente difundida, percibimos una graduación en sus obras que nos hace admirar aquella sabiduría benéfica que dirige el curso armonioso de las cosas.

Los grados en el conocimiento de la Naturaleza, del Hombre y del Espíritu

Observaremos, de hecho, que en la serie de obras de la Naturaleza, todo sirve como un grado para llegar no sólo al próximo, sino al grado más alto.

La acción y la armonía del fenómeno de la Naturaleza llevan al conocimiento de sus fundamentos y elementos constituyentes.

El conocimiento de sus elementos constituyentes lleva al conocimiento de aquellos poderes temporales e inmateriales que crean este fenómeno.

El conocimiento de estos poderes temporales e inmateriales lleva al Espíritu, pues ellos no poseen en sí mismos la llave del proyecto general.

El conocimiento del Espíritu lleva al conocimiento de la comunicación entre Él y nuestro pensamiento, una vez que, otrora, manteníamos relaciones con el Espíritu, y toda relación presupone dos o más seres análogos; una relación no puede ocurrir cuando hay un sólo ser.

El conocimiento de la comunicación de nuestro pensamiento con el Espíritu nos lleva a la luz de Dios, una vez que solamente esta luz puede ser el punto generador central de todo lo que es luz y acción.

El conocimiento de la luz de Dios nos lleva a conocer nuestra propia miseria, debida a nuestra terrible privación de esta luz, que es nuestra única vida.

El conocimiento de nuestra miseria nos muestra la necesidad de un poder restaurador, una vez que el Amor, que es un mandato eterno y un eterno deseo de orden, nunca puede dejar de presentarnos este mandato y este amor para que disfrutemos de ellos.

El conocimiento de un poder restaurador nos lleva a la recuperación de la santidad de nuestra esencia y origen, una vez que nos trae nuevamente al seno de nuestra fuente generadora primitiva, o a la Trinidad Eterna. De este modo, todo en la física, en la naturaleza espiritual, tiene el objetivo de crecimiento y superación, que podría servir como una trilla en nuestro laberinto y para ayudarnos a valorar los derechos de nuestro pacto divino; pues, independientemente de nuestros descubrimientos en este pacto divino, alimento vigorizante para aquella insaciable necesidad que tenemos de admirar, es preciso aprender a llenar una de las más nobles funciones del Ministerio Espiritual del Hombre, la de ser capaz de compartir esta felicidad suprema con nuestros semejantes.

“Hágase tu voluntad”

El Hombre clama, desde la caída, por el cumplimiento de la voluntad divina, esta súplica tiene un significado muy profundo y natural, pues rogamos para que la memoria divina pueda recuperar su valor; que toda voluntad y deseo procedente de Dios pueda ser cumplido y, de esta forma, que el alma del hombre pueda florecer nuevamente en su verdadero deseo y voluntad original, lo que la haría tomar parte en el desarrollo de deseo y voluntad de Dios; por tanto, no podemos pedir al Regente Supremo para que sea hecha tu (de Él) voluntad sin, a través de esta oración, rogar para que las almas de todos los hombres puedan ser restauradas en la posibilidad de disfrutar del elemento primitivo, y para que sean colocadas en condiciones de ser reestablecidas en el Ministerio Espiritual del Hombre.

Observe aquí que, en las oraciones recomendadas por Dios, no se dice a los hombres que pecan aquello que no pueda ser concedido a todos; Él promete solamente lo que es compatible con su generosidad universal, que se refiere, a su vez, a las necesidades universales de los hombres y a su gloria universal. Cuando pedimos a Dios algo particular que no puede ser dado igualmente a todos nuestros semejantes, tal como cosas materiales, empleos o distinciones, nos apartamos esencialmente de nuestra ley.

Por lo que se debe orar

Nunca debemos pedir a Dios algo que pertenezca a este mundo, pues todo aquí es contable y limitado, siendo imposible que todos tengan lucro; y si uno es beneficiado con una gran parte, otro debe, necesariamente, sufrir privaciones. Esto muestra cuán ajenas eran las posesiones para el código primitivo, y que el precepto Evangélico, así como la renuncia a los bienes materiales, está íntimamente ligada a las propias y fundamentales bases de la verdadera justicia.

Al contrario, debemos clamar incesantemente por cosas del mundo real e infinito en el cual nacimos, porque nada de aquel mundo puede llegar al hombre sin abrir camino para que descienda sobre todos.

En las oraciones recomendadas por Dios al hombre, la primera cosa que se debe pedir, a Él y a su Reino, es que Él venga hasta nosotros; sólo después esto es que el Hombre será recordado.

Lo que se pide al Hombre es que de modo alguno pida cosas terrenales; el pan de cada día del que se habla no es nuestro alimento elemental, pues el Hombre tiene manos para trabajar y la tierra para cultivar, ya que se supone que debemos preocuparnos por las necesidades de nuestro cuerpo como hacen los paganos. Este pan de cada día, que debe ser adquirido a través de la dulzura del semblante, es el pan de la Vida, que Dios distribuye a sus criaturas diaria-

mente, y el único que puede ayudar a desarrollar nuestra obra. Finalmente, pedimos el perdón de nuestros pecados y para que nos aparte de la tentación.

Todo en esta oración es Espíritu, todo es caridad divina, pues su objetivo es, de modo general, hacer que el pacto divino mantenga la condición en que todas tienen que contribuir.

Cuando se dice en el Evangelio, "*Busca primero el reino de Dios y su rectitud, y todo lo demás te será dado por añadidura*" [Mt. 6:33], podemos creer que el auxilio temporal que necesitamos, de hecho, no nos faltaría si fijáramos nuestra morada en las riquezas espirituales; pero el Evangelio va más lejos y afirma que primero deberíamos buscar el reino divino, y que el reino espiritual también nos será dado; o sea, si establecemos nuestra morada en Dios, no habrá nada en la luz y en los poderosos presentes del Espíritu que nos sea rehusado.

Esta es la razón por la cual aquellos que buscan solamente las ciencias espirituales, y no van directamente a Dios, toman el camino más largo y frecuentemente se pierden. Por tanto, se dice que sólo es necesaria una cosa, pues ella contiene todas las demás. De hecho, es una ley indispensable que cualquier región comprende, administra, posee y dispone de todo lo que viene después de ella en un rango inferior a ella. Así, no es de sorprender que, al alcanzar la región divina, que está por encima de todas las demás, estaremos alcanzando la supremacía sobre todas las cosas. Busquemos a Dios, y nada más, si queremos tener todas las cosas; pues hemos nacido de la fuente del Deseo Eterno y del ESPÍRITU Universal.

Los animales y las otras cosas de la Naturaleza también tienen un deseo, pero la voluntad que corona este deseo es un tanto extraña y separada de ellos: por esta razón ellos no necesitan orar como el hombre; ellos sólo necesitan actuar.

La Luz es parte del Convenio Divino con el Hombre

Pero el Hombre tuvo su origen no sólo en las Fuentes de la admiración, del deseo y de la voluntad, sino también en la Fuente de la Luz, y esta Luz, consecuentemente, también formó una de las bases del pacto divino con el Hombre.

Por esta razón el Hombre es el primer componente de la relación entre él mismo y todos los objetos naturales y espirituales a su alrededor. Por esta razón, si el Hombre no se esclarece a sí mismo respecto a su propia existencia, nunca esclarecerá nada respecto de la existencia de cualquier otra creación o ser emanado.

El Hombre es la escala de medida para todas las criaturas

En efecto, si ha sacado su origen de la fuente real de la admiración, del deseo, de la voluntad y de la luz, en una palabra, de la fuente de la realidad, se convierte, como ser real, en la escala

de todos los objetos y seres que se le acercan, y sólo por sus diferencias con él puede medir su existencia, sus leyes y su acción: Esta es una verdad profunda e importante, de la que muchos parecen rehuir, pero que sólo rechazan por pereza, cuando creen que sólo la rechazan por modestia.

Además, esta verdad queda demostrada por la experiencia cotidiana de lo que sucede entre los hombres. Pues, ¿cómo llegan los hombres a ser jueces y árbitros en las ciencias, en las leyes, en el arte militar, en todas sus instituciones, en todas las artes, en fin, en todo lo que llena su vida transitoria? ¿No es empezando a formarse, en la medida de lo posible, en el conocimiento de los principios relativos a estos diversos objetos de su juicio o de su inteligencia? Y cuando han penetrado estos principios, y los han hecho suyos y personales, es entonces cuando los toman como base de confrontación con todo lo que se presenta a su examen; cuanto más se han llenado del conocimiento de estos diversos principios fundamentales, tanto más se supone que pueden juzgar con justicia, y determinar con precisión el valor y la naturaleza de los objetos que se someten a su tribunal.

La santa raza del hombre, que había sido engendrada en la fuente de la admiración y en la fuente del deseo y de la inteligencia, se había establecido, pues, en la región de la inmensidad temporal como una estrella resplandeciente, para que derramara allí una luz celeste. Por último, el hombre era el ser que había sido colocado entre la Divinidad y el anciano prevaricador, y que podía producir a voluntad, en la región del espíritu, los rasgos imponentes del trueno y del relámpago, y la serenidad de las temperaturas más suaves, cubrir a los culpables con cadenas y sumirlos en las tinieblas, o grabar en las regiones apacibles los signos del amor y del consuelo.

El Hombre y Dios, los extremos de la cadena de los seres

El Hombre y Dios son los dos extremos de la cadena de los seres. El Hombre debe, incluso ahora mismo, aquí abajo, tener el verbo realizador. Todas las cosas entre estos dos seres están sujetas a ellos; a Dios, como sus creaciones; al Hombre, como sus súbditos. Y todo nos reverenciaría y se estremecería ante nosotros si dejásemos acceso libre a la sustancia divina en nuestro ser: en primer lugar, la Naturaleza, pues ella nunca conoció, y nunca podrá conocer esta sustancia divina; en segundo lugar, nuestro implacable enemigo, pues él la conoce sólo por el terror de sus poderes invencibles.

La responsabilidad del Hombre como distribuidor de las riquezas de Dios

Fue, en efecto, para penetrar en las maravillas y en las obras de Dios, y para contener la desarmonía, para lo que nació el hombre; pero fue también para permanecer siempre cerca de él, y desde allí lanzar una mirada incesante de inspección y de autoridad sobre todo el ciclo

de las cosas y verter en él las riquezas divinas bajo el ojo de la sabiduría misma. Y así lo sentimos, en el sentido de que sólo nos encontramos realmente en reposo y en medida cuando alcanzamos este puesto sublime, aunque sólo sea aquí abajo por un pequeño intervalo.

Piensa, pues, Oh Hombre, en la santidad de tu destino; tienes la gloria de haber sido escogido para ser, por así decirlo, la sede, el santuario y el ministro de las bendiciones de nuestro Dios, y su corazón todavía puede llenarse de estos deliciosos tesoros, al mismo tiempo que puede esparcirlos en las almas de sus semejantes; pero cuanto más importante es su ministerio, tanto más justo es que rinda cuentas de su administración.

La Tierra, un ejemplo para el Hombre

Cuando los cielos visibles envían a la tierra sus sustancias de funcionamiento cotidiano para que las lleve a su término de producción, se supone que les dicen: «Estos son nuestros planos, estos son nuestros deseos, tanto para la preservación de las cosas, así como para la expansión de las maravillas de la naturaleza; debéis rendir cuentas de todo aquello que os confiamos; no permitáis que ninguna de estas esencias permanezca inactiva; dejad que todo coopere con nosotros, al hacer que esta muerte universal, que devora todas las cosas, sea erradicada.»

La tierra, pues, para librarse de su propia muerte, fomenta e incuba las virtudes que los cielos acaban de sembrar en ella; desarrolla sus fuerzas constreñidas y como coaguladas, las acrecienta con las que aspira en sus impulsos; luego saca a la superficie esta cuenta fiel de todo lo que le ha sido dado, con los inconmensurables aumentos que le ha añadido, por las potencias y la concurrencia de sus propias facultades.

La misma ley está destinada a ti, Oh Hombre Espíritu, para la administración de sus bienes como oficial de la Verdad. Eres la tierra de Dios, eres un funcionario divino en el universo. Cada día, tal vez cada instante, o al menos cada estación espiritual, Dios te envía la tarea que te ha destinado, según el consejo de su sabiduría, y de acuerdo con tu edad y tus fuerzas. Te envía esta tarea deseando que no escatimes en el cuidado que pondrás en cumplirla, y advirtiéndote que exigirá rigurosamente su recompensa, que no es otra que el restablecimiento del orden, la paz y la vida en la porción de sus dominios que confió a tus cuidados.

Esta obra es la Magia de Dios, y el complemento del que ora

Este deseo que te muestra y esta advertencia que te hace no deben parecerte extraños; no debes ver en ello otra cosa que la sed que Dios mismo tiene de justicia y de aniquilación del desorden; y cuando te envía de este modo su deseo o su sed, hace algo más que admitirte a su consejo, ya que, por el contrario, introduce en ti su consejo; que te infunde las supremas y suaves miras de su sabiduría; que te penetra y te imbuye de la misma relación en que Él se

encuentra con lo defectuoso, y que Él mismo te proporciona los medios para que trabajes en rectificarlo; es decir, que te proporciona los fondos de su propia gloria y procura excitar tu celo por la esperanza que te deja de compartir con Él todos los frutos.

Esta obra es el exacto complemento de aquel que ora, ya que es la acción misma, por no decir la generación viva, del orden divino que está dispuesto a pasar a través de ti.

Teúrgia: sus fallos y peligros

Esta obra va mucho más allá de las operaciones teúrgicas, por las que sucede que el Espíritu se une a nosotros, vela por nosotros, incluso reza por nosotros y ejerce la sabiduría y las virtudes por nosotros, sin que nosotros seamos ni sabios ni virtuosos, ya que este espíritu está entonces unido a nosotros sólo externamente, y a menudo incluso obra estas cosas sin que lo sepamos, lo que nos mantiene en el orgullo y en una falsa seguridad, más peligrosa, tal vez, que nuestras debilidades y nuestras desviaciones que nos devuelven a la humildad.

La verdadera obra es central y se desarrolla en la acción

Aquí, por el contrario, todo debe comenzar en el centro, y somos llevados a la vida antes de que nuestras obras nos abandonen, de modo que estamos demasiado ocupados disfrutando de nosotros mismos para que la grandeza de estas obras nos saque de nosotros mismos y deje espacio en nosotros para la nada y la vanidad; y cuando un hombre está hecho para ser un verdadero siervo de Dios, esta manera de ser, o este estado sublime, debe parecerle tan simple y tan natural que su mente ni siquiera pueda concebir otro.

Pues, ¿cuál puede ser la finalidad de la acción, si no es la de permitir a quienes se dedican a ella que se liguen a la acción universal? Así pues, es actuando como acabamos por unirnos a la acción, y como acabamos por no ser más que los órganos de una acción constante y continua; y entonces todo lo que no sea esta acción es como nulo para nosotros, y no nos queda más que esta acción que nos parece natural.

El Hombre debe ser la continuación o el recomienzo de Dios

El Hombre es el ser encargado de continuar a Dios donde Él no es conocido por sí mismo: no en su orden divino fundamental; pues, allí, Él ejecuta su generación eterna y secreta. El hombre continúa a Dios en las manifestaciones y en el orden de las emanaciones, pues allí Dios se hace conocido solamente a través de sus imágenes y representantes.

Lo continúa o, si se quiere, lo inicia de nuevo, igual que una yema o un brote inician de nuevo un árbol, creciendo inmediatamente a partir de ese árbol y sin intermediario.

Uno recomienza al Otro como un heredero recomienza a su antecesor, o un hijo a su padre, tomando posesión de todas las pertenencias del predecesor o del padre; de otra forma no podría representarlo; sólo hay una diferencia en el orden espiritual, que la vida aún permanece en la fuente que la transmite, porque esta fuente es simple; mientras que, en el orden material, la vida no permanece en la fuente que la engendra, pues esta fuente es mixta, y solo puede engendrar dividiéndose a sí misma. Por lo tanto, en el orden de la materia y particularmente en la vegetación, el fruto, que es la vida o el germen, y la semilla, que es la muerte, están unidos. En la semilla, la vida se oculta en la muerte; en el fruto, la muerte se oculta en la vida.

El proceso del recomienzo abolido por la caída

He presentado aquí al hombre sólo en relación con su estado original. Si quiero presentarlo en relación con el uso falso y culpable que ha hecho de sus derechos, se desvanecerá el hermoso privilegio que tuvo de comenzar de nuevo con Dios; por el contrario, tendremos que decir que, desde aquella época desastrosa, Dios se ha visto obligado a recomenzar de nuevo con el hombre, y que lo recomienza de nuevo cada día.

Porque no fue sólo en el momento de su caída cuando Dios se vio obligado a recomenzar de nuevo con el hombre, o a renovar su pacto divino con él, sino también en cada uno de los períodos de las leyes de restauración que nos envió, y cada uno de los cuales, volviéndose como inútil a causa del poco respeto que mostrábamos por sus dones y del poco fruto que obteníamos de ellos, necesitaba ser reemplazado por otro período aún más importante que el anterior; pero que sólo recibió de nosotros nuevas profanaciones, y que con ello nos retrasó aún más, en vez de hacernos progresar, y volvió a solicitar el amor divino para que volviéramos a ponernos en marcha.

Si así no fuese, este universo visible, donde estamos aprisionados, habría sido, hace mucho tiempo arrojado nuevamente al abismo, fuera del alcance del Amor supremo.

El Proceso de liberación del Hombre: del crimen, a través de la ley, hacia la acción vital

Del crimen, el Hombre había pasado a las tinieblas. De las tinieblas, la bondad suprema lo llevó a la naturaleza. De la naturaleza, lo trajo bajo el ministerio de la ley. Del ministerio de la ley, lo trajo bajo el ministerio de la oración, o de la ley de la gracia, que debería haber restaurado todas las cosas para él.

Pero como el sacerdocio humano ha ensuciado este camino, o lo ha hecho nulo, debe ser suspendido a su vez y sustituido por una acción viva y violenta, del mismo modo que la oración

o la ley de la gracia sustituyeron a la ley de la que los judíos habían abusado. Y es en este espíritu de sabiduría, siempre benéfico, que el amor supremo dirige o permite que sucedan todos esos lamentables acontecimientos de los cuales el hombre terreno murmura, olvidando que son sus propios crímenes los que los causan, dejando la tierra en completo desorden, mientras que él nació en el mundo para pacificar y mejorar todas las cosas.

Probablemente, la Providencia quiso que la Revolución Francesa podara, si no suspendiera, este ministerio de la oración, del mismo modo que el ministerio de la oración, cuando se originó, quiso suspender el ministerio de la ley judía.

En este sentido, se podría considerar a los franceses como el pueblo de la nueva ley, al igual que los hebreos eran el pueblo de la antigua ley. No debe sorprendernos esta elección, a pesar de nuestros crímenes y nuestro bandidaje. Los judíos que fueron elegidos en su tiempo no eran mejores que los franceses.

Además, hay una conexión de hecho que puede señalarse; es que el templo de Jerusalén fue destruido e incendiado dos veces, una por Nabucodonosor, la otra por Tito; y que los días en que ocurrieron estos dos acontecimientos coincidieron con el día en que se rompió el cetro temporal de Francia; es decir, el 10 de agosto. (Véase Flavio Josefo, Guerra de los Romanos, lib. 6. cap. 26. Traducción de Arnaud d'Andilly): “*Cuando Tito se hubo retirado a Antonia, resolvió atacar el templo con todo su ejército a la mañana siguiente, el diez de agosto, y así nos encontrábamos en vísperas de aquel día fatal, en el que Dios había condenado desde hacía tanto tiempo a este lugar santo a ser quemado después de una larga revolución de años, como había sido quemado el mismo día por Nabucodonosor, rey de Babilonia*”.

Esta acción viva que, según todas las apariencias, debería sustituir al ministerio de la oración, sólo tendrá triunfos parciales en comparación con el gran número de personas que no se aprovecharán de ella, dada la propensión al abuso que el hombre ha mostrado desde el principio de las cosas.

El proceso consumado en el último juicio

Por eso Dios se verá obligado de nuevo a recomenzar la humanidad en el Juicio Final, o al final de los tiempos; pero como entonces se habrá completado todo el ciclo, la obra se realizará sin retorno, es decir, sin temor a que haya entonces nuevas desviaciones por parte de la humanidad y, en consecuencia, sin que Dios se vea entonces obligado a recomenzar la humanidad.

Por el contrario, será el hombre quien entonces habrá recuperado el sublime derecho de volver a empezar con Dios, como debería haber hecho desde el principio.

Hay, sin embargo, una ligera diferencia. Al principio, el hombre sólo estaba bajo los ojos de la alianza, por lo que podía comportarse como quisiera: en el final estará en la alianza; por tanto, ya no podrá elegir, porque será arrastrado por la soberana y eterna corriente divina.

La puerta de la Luz y del Amor en el Hombre

En el pasaje terrestre al que todos estamos condenados, y en los diversos caminos espirituales que el hombre puede recorrer durante este pasaje, todos tenemos una puerta particular a través de la cual la verdad busca entrar en nosotros, y a través de la cual solamente ella puede entrar. Esta puerta es independiente y distinta de la puerta general de nuestro origen, a través de la cual la vida radical desciende a nosotros y nos constituye en espíritu; puesto que esta puerta general es común a nosotros y también al ser perverso.

Pero la puerta que nos es particular tiene por objeto hacernos revivir por la fuente de la vida, y por la luz eterna del amor, y es esta puerta la que no le es dada al ser perverso.

Está tan destinada a ayudarnos a recuperar las fuentes del amor y de la luz que, sin ella, pasamos nuestros días en vano en ciencias vanas, y tal vez incluso en ciencias verdaderas y en combates; mientras la fuente de la vida no encuentre esta puerta abierta en nosotros, espera desde fuera a que la abramos.

Esta puerta es la única a través de la cual podemos obtener nuestro sustento; si no la abrimos, quedamos totalmente desamparados; si la abrimos, nos proporciona alimento en abundancia; y si fuéramos sabios, no nos dedicaríamos a ningún otro trabajo hasta que hubiéramos pagado nuestra deuda diaria, es decir, hasta que hubiéramos abierto esta puerta y cumplido el tipo de tarea a la que nos conduce.

Pero también como esta puerta está ordenada por Dios para que entremos en nuestro ministerio, cuando estamos entre los llamados a la obra, sucede que por mucho que nos atormenten agitaciones y tempestades para retrasar esta obra, la Fuente de la vida acaba por encontrar esta puerta en los que son aptos para el ministerio, y la gloria de Dios triunfará en ellos para su gran satisfacción.

Todos deben abrir la puerta en sí mismos

Aunque Dios abre esta puerta en los que emplea [operan su obra], los que no lo son no deben apoyarse en una supuesta imposibilidad, si no se abriera ninguna puerta en ellos, porque hay en todos los hombres una puerta para el deseo y para la justicia; y esta puerta, todos estamos obligados a abrirla nosotros mismos, y podemos hacerlo si somos perseverantes.

La puerta de la elección

En cuanto a la otra puerta, que sólo se refiere a la obra, es justo que sólo Dios pueda abrirla; pero tampoco esta puerta prueba nada para nuestro adelanto, si la otra [del deseo y de la justicia] permanece cerrada por nuestra indolencia y pereza. Podemos expulsar demonios en su nombre y aun así no ser conocidos por él.

En cuanto a la razón por la que las cosas adquiridas por medios externos tienen tantas dificultades para sernos realmente útiles, es porque luchan con las que deberían entrar y salir por nuestra verdadera puerta. Es como una planta injertada cuyos jugos luchan contra la savia del árbol sobre el que se coloca el injerto; y esta lucha dura hasta que la savia del árbol sobre el que se coloca el injerto ha tomado su dirección natural y arrastra consigo a los nuevos jugos. Pero a veces es la savia del árbol silvestre la que gana.

La savia del Árbol de la vida

¿Cuál es la verdadera savia que debe llevar consigo, en su curso, todas las cosas? Tú que aspiras a ser admitido en el grado de los trabajadores del Señor, aprende cual es.

Sabes que debe animar tu propia esencia y que fluye de la eterna generación divina.

Sabes que no puede circular dentro de ti sin recordar esta misma eterna generación divina.

Sabes que las ramas más pequeñas de tu ser pueden ser vivificadas por esta savia.

Sabes que su poder vivifica y gobierna todas las regiones espirituales, así como las estrellas, los animales, las plantas y todos los elementos visibles e invisibles.

Sabes que todo lo que hace por todos estos seres tiene derecho a hacerlo por ti si no te opones a ello.

Preséntate entonces al principio eterno de esta savia fecundante, y dile:

> "Autor supremo de las cosas, no dejes por más tiempo tu imagen en la abyección y la nada. Toda la naturaleza experimenta constante y directamente los efectos de tu poderosa savia, y ni un solo instante se ve privado de tu acción vivificadora. No permitas que el hombre, tu imagen, sea tratado menos favorablemente que la naturaleza y que todos los seres salidos de tus manos. Hazle partícipe de los favores que le concedes. Permítele reconciliarse con tu unidad universal, y desde entonces no podrá moverse como tú, a menos que al mismo tiempo todo el universo visible e invisible se mueva con

él; así sólo caminará siempre rodeado de muchos agentes que le harán partícipe de tu gloria y de tu poder."

Hombre de deseo, ésta es la meta de todos tus esfuerzos. Tienes dentro de ti la puerta por la que debe entrar esta savia. Si compruebas que, ya sea por la ayuda espiritual humana o por las circunstancias y el destino, todas las puertas están cerradas para ti, alégrate, pues esto será la prueba de que el Padre soberano quiere obligar a tus ojos a volverse hacia esta puerta sagrada donde te espera, y a través de la cual quiere darte acceso a las maravillas que te ha destinado.

Ahora bien, estas maravillas abarcan nada menos que el ciclo universal de las cosas que en otro tiempo sirvieron de asiento a su imperio; y una prueba de que todas las potencias visibles e invisibles estaban presentes en nuestro nacimiento primitivo es que están notablemente presentes en nuestra regeneración, y que cada una de ellas opera una parte de ella. Entonces, si Dios quiere que todo lo que es secreto penetre en el hombre, ¿qué secretos podemos ignorar? En cuanto queramos mirar al Dios que está en nosotros, veremos en Él todas las regiones.

Toda infección interna debe ser eliminada

Dios conoce sin duda nuestra forma de ser interior, y conoce todas las sustancias corrosivas y viles que diariamente llevamos y acumulamos en nuestro interior; sin embargo, nos deja ir, o incluso nos conduce a circunstancias que ponen de relieve esta forma de ser desde nuestro interior, y nos hace manifestar todas estas sustancias nocivas en el exterior.

Al permitir que estas falsas influencias completen de este modo su ciclo completo en nosotros, la gloria divina brilla, sin duda, con todo esplendor, aunque este ciclo de falsas influencias pudiera continuar, terminando, sin embargo, por no ser nada; y el elegido que ha pasado por esta prueba en toda su extensión estará mucho más firme y en guardia contra el enemigo.

Es incluso más para nuestra purificación que para su gloria que nos permite llegar a estos grados dolorosos y humillantes; es para que la hipocresía deje un día de existir, ya que tiene su reinado universal aquí abajo.

Donde hay maldad, reina la hipocresía

Si el hombre estuviera atento a sus caminos, podría llegar a producir el mismo efecto, o a salir de sí mismo de otra manera; sería, cuando se siente impelido a lo falso, tratar de no olvidar que lo verdadero no por eso deja de existir; sería decirle a Dios en lo más profundo de su ser que aún queda algo por hacer para el mejoramiento de la naturaleza humana y del alma humana, y para el avance de la obra divina, de la sabiduría soberana. Sería mostrarle la urgencia

de este trabajo, pedirle que lo emplee en él, y que no lo deje ocioso o abandonado a cualquier otro trabajo hasta que la tarea en cuestión haya sido completada.

Es cierto que el Hombre sería enormemente preservado de esta manera. Pero esta prudencia saludable sólo puede ser el fruto de un largo y habitual trabajo; sólo puede ser, por así decir, la recompensa de la sabiduría. El Hombre debe primero expulsar de sí toda maldad y deformidad; pues, mientras haya un sólo vestigio de maldad, la hipocresía estará cerca y siempre pronta a cubrir esta deformidad: porque, para ser preservado de cualquier hipocresía, hay sólo un medio que es la abstención de la maldad.

Por otra parte, al abstenerse de la maldad, el hombre facilita el desarrollo del óleo santo dentro de él. Cuando esto ocurre, el óleo santo dentro de nosotros atrae el fuego, y no puede dejar de inflamarse. En este instante, todas nuestras conductas son iluminadas, no habiendo más lugar para la hipocresía.

Los diferentes infiernos

Desgraciadamente, es demasiado cierto que el hombre puede, por acciones mal dirigidas y por abrirse a falsas contemplaciones, encender en sí mismo un fuego perjudicial tanto para sí mismo como para todas las regiones donde debe ejercer su ministerio; porque todo es poder, y es la fuerza respectiva de estos diversos poderes lo que es el peligro, el sufrimiento y la resistencia espantosa de todos los seres que luchan entre sí aquí abajo.

En primer lugar, en cuanto dejamos de vivir nuestra verdadera vida, es decir, en cuanto descuidamos el reposo sobre la base fundamental de nuestro pacto primitivo, experimentamos inmediatamente la existencia de una especie de infierno pasivo, que sin embargo podríamos llamar infierno divino, ya que es para nosotros como la oposición de la vida real contra la inercia o la nulidad a la que descendemos por nuestra indolencia.

Pero si vamos más lejos, y en lugar de restablecernos sobre la base fundamental de nuestro pacto primitivo, nos unimos a bases desordenadas y viciosas, pronto llegamos a un infierno más activo, que tiene dos grados: en uno debemos ordenar todas aquellas pasiones que nos atan en mayor o menor medida al servicio de nuestro enemigo; el otro es la medida y el estado del diablo mismo, y de los que se identifican con él.

El primer grado de este infierno activo abarca, por decirlo así, a toda la familia humana, y en este sentido, tal vez no haya un solo hombre que no sirva diariamente a un demonio, y tal vez a varios demonios al mismo tiempo, aunque en este grado los hombres prestan este servicio sin sospecharlo y sin que ellos lo sepan. Porque no es poca habilidad por parte de este demonio tener a todos los hombres a su servicio de esta manera, hacerles representar a su voluntad todos los papeles que le convienen, y sin embargo saber fingir tan bien que, mientras

les hace actuar como a él le place, tiene el arte, colocándose tras las cortinas, de persuadirles él mismo de que no existe.

Este enemigo, que es espíritu, priva incluso al hombre de la idea de un fin, conduciéndole en sus ilusiones, porque trabaja al hombre en el espíritu, mientras que sólo aparenta trabajarlo en el orden de las cosas pasajeras, y porque el hombre que es espíritu lleva naturalmente el color de su existencia ilimitada sobre todo lo que experimenta y sobre todo lo que aborda.

El enemigo, a quien el Hombre sirve ciegamente, lo conduce por este camino hasta la tumba, con proyecciones y pasiones sin fin, engañándolo tanto en su existencia transitoria como en su existencia real; ésta es también la razón por la cual la Sabiduría Eterna, en la que deberíamos morar siempre, es obligada a apartarse de la morada infectada del Hombre.

De hecho, ¿cómo podría habitar entre ellos esta sabiduría? Ve cómo se comportan sirviendo ciegamente a un amo que no conocen y en el que no creen. Ve que en esta ceguera se juzgan unos a otros, se sobornan, se roban, se pelean, se matan. Todos estos movimientos turbulentos la llenan de pavor, pues sólo está destinada a velar y vivir con armonía, orden y paz.

En el segundo grado del infierno activo, los hombres también sirven al diablo, pero no lo hacen sin su conocimiento como en el grado anterior; de modo que no dudan ni ignoran su existencia, y participan consciente y activamente en sus iniquidades. Es una suerte que esta clase de prevaricadores sea la menos numerosa, pues de lo contrario el universo habría sucumbido hace mucho tiempo bajo el peso de las abominaciones de su enemigo.

El infierno divino o infierno pasivo se compone de todas las regiones dolorosas, excepto la de la iniquidad. Por eso todas las angustias se suceden como olas de agua. Pero allí, al mismo tiempo, una ola ahuyenta a la otra, de modo que ninguna tiene el dominio universal. Esto es lo que hace que la esperanza aparezca incluso de vez en cuando en este infierno.

En el primer grado del infierno activo, al principio no hay espiritualmente ni angustia, ni esperanza; sólo hay ilusión, pero el abismo está bajo esta ilusión, y pronto lo perturba haciéndole sentir las puntas agudas de sus rasgos amargos.

En el segundo grado de este infierno activo no hay ni esperanza ni ilusión; sólo hay iniquidad, y la unidad del mal se encuentra allí sin interrupción.

Aunque sea tan penoso morar en los caminos dolorosos del infierno divino, es, sin embargo, una consideración de la sabiduría divina permitir a los hombres que se precipitan en él morar allí durante un tiempo. Si los retuviera allí durante menos tiempo, ignorarían o pronto olvidarían que se trata también de poderes divinos. Sí, este infierno se convierte en una de las fuentes

de nuestra salvación, al enseñarnos a temblar ante el poder de Dios, y a alegrarnos aún más cuando lo comparamos con su amor.

La Sabiduría Suprema permite también que nada de lo que concierne a este infierno, e incluso lo que concierne a los dos grados del infierno activo, sea ocultado al hombre de deseo, puesto que debe instruirse en todas las ramas que pertenecen a su ministerio. Le corresponde entonces acudir en ayuda de otros hombres, e incluso de aquellos que, aún vivos, se hubieran sumergido y como naturalizado de antemano con este abismo o este infierno activo.

Pues la existencia de estos asociados itinerantes del diablo es también uno de esos horrores espantosos que el obrero del Señor debe conocer, ya que tiene que combatirlos; y ésta es la parte más penosa de su ministerio. Pero para que el profeta se instale, ¿no debe, como Ezequiel, tragarse el libro escrito por dentro y hasta la tapa, es decir, todo lleno y hasta rebosante de lamentaciones?

Sí, Dios permite incluso que los profetas sean probados por los perversos, para que sientan compasión por la suerte de sus hermanos en cautividad y redoblen su ardor por la promulgación de la ley.

Así pues, si el obrero del Señor ha de cumplir el fin para el que ha sido llamado, que es ser espiritualmente útil a sus semejantes, es tanto más necesario que se guarde constantemente del peligro de descender al infierno activo; pero también es necesario que trabaje para salir del infierno pasivo o divino, si ha sido lo bastante negligente para acercarse a él, porque mientras permanezca allí no podrá emplearse en modo alguno en el progreso de la obra.

Sólo cuando se libera de este infierno pasivo, los tesoros del pacto divino penetran en él y lo preparan para vivificar a los demás hombres, vivos o muertos. Es así como el hombre se convierte no sólo en órgano, sino también, en cierto modo, en objeto de admiración, al manifestar esas maravillas inagotables con las que su corazón puede llenarse e hincharse; las cuales pueden, en efecto, salir de él, y que nos son representadas por esos prodigios brillantes que la luz nos revela al surgir de su fuente ardiente.

El Hombre puede alcanzar diferentes elecciones

Sin embargo, que este hombre tenga el valor y la perseverancia suficientes para no concentrarse en una simple elección de purificación, sino que aspire hasta obtener una elección de vocación y de instrucción, para desde allí llegar a una elección de intención y de voluntad, cuya elección de intención no debe ser todavía el último término del hombre, puesto que el hombre no es todavía nada si no es arrastrado a una elección de acción y de operación; y finalmente, hasta esta elección de acción y operación no puede ser tomada en cuenta, por así decirlo, hasta que se haya vuelto continua como el ETERNO.

Pues el ETERNO es el nombre más adecuado para describir al que es, ya que lo representa en la imperturbable actividad de su acción; mientras que el título del que es, lo describe en su existencia.

La acción de Dios: un foco vivificante en el Hombre

Ahora bien, su existencia está más lejos de nosotros que su acción, y es su acción la que nos sirve de intermediario. Entonces no somos nada, y caemos en la aniquilación, si el movimiento divino y la acción divina no son constantes y universales en nosotros.

¿No vemos que nuestra sangre disuelve, purifica y sutiliza continuamente todos los alimentos y materias groseras con que la cargamos? Sin ella, su peso y su corrupción acabarían pronto con nuestra vida. ¿No vemos que si la naturaleza no tuviera dentro de sí una base viva que cumpliera la función de nuestra sangre, habría sucumbido hace mucho tiempo a la contracción de las fuerzas corrosivas que la frustran e infectan?

Así, en el orden de nuestra región espiritual, debe haber un hogar activo y vivificador que constantemente descomponga y rectifique todas las sustancias falsas y venenosas con las que diariamente nos llenamos, ya sea por nosotros mismos o por nuestra asociación con nuestros semejantes. Si así no fuese, estaríamos todos en la más completa muerte espiritual hace mucho tiempo.

Éste es el principio universal de la vida real y eterna del hombre, que renueva incesantemente en nosotros el pacto divino; éste es el que nunca nos deja huérfanos cuando aceptamos sus dones: pero éste es también el poder vivificador que ignoramos a cada instante, aunque esté constantemente en íntima compañía con nosotros. Y se podría decir de nosotros lo que se dice en San Juan (13:18): *"El que come mi pan ha levantado contra mí su talón"*.

El Foco de la acción crea espejos de Sabiduría a nuestro alrededor

Así pues, nuestra conexión con esta acción viva y vivificante es una necesidad radical de nuestro ser; pero, además, esta misma acción viva y vivificante es también la única que puede satisfacer esta misma necesidad que nos apremia; es también la que contribuye más ampliamente a nuestros verdaderos goces, poniéndonos en condiciones de hacer surgir a nuestro alrededor otras tantas sabidurías que nos reflejan los frutos de nuestras obras, y nos dan, como la sabiduría eterna lo hace hacia Dios, la alegría de ver que son buenas.

Pues incluso todos los seres espirituales y divinos necesitan estas sabidurías que sirven de espejos para su propio espíritu, como sirven para el espíritu de la divinidad; y sólo la clase

animal y material no necesita estos espejos, puesto que no tiene ninguna obra de sabiduría que producir.

El poder de la acción de Dios sobre nuestros hermanos y todas las cosas

Ahora bien, los poderes de la acción divina y viva en nosotros se extienden nada menos que hasta hacernos abrir el centro íntimo de las almas de todos nuestros hermanos pasados, presentes y futuros, para que todos juntos firmemos el pacto divino; finalmente, a hacernos abrir el centro íntimo de todos los tesoros espirituales y naturales esparcidos por todas las regiones, y a hacernos, por decirlo así, la acción de las cosas. Por eso hay tantos hombres sin inteligencia en este mundo; porque no hay ninguno que trabaje para convertirse realmente en la acción de las cosas: *non est usque ad unum qui faciat bonum* [No hay ninguno que haga el bien].

Cómo podemos alcanzar esta acción: a través del Espíritu y de la voz espiritual del Hombre

Es por la irrupción del espíritu en nosotros, y por el impulso de nuestro propio espíritu, que podemos llegar a ser la acción de las cosas, porque es por este impulso que liberamos cada principio de sus envolturas y que le hacemos manifestar sus propiedades: impulso que opera en nosotros lo que el soplo opera en los animales, o lo que el aire opera en la naturaleza.

Por consiguiente, puede decirse, hablando estrictamente, que todo en el orden universal de las cosas es efectuado por el espíritu y por el aire; de modo que en la naturaleza elemental sólo el aire está abierto y lo abre todo, así como en la naturaleza espiritual, aquí abajo, sólo el espíritu del hombre tiene este doble privilegio; y es porque el aire está abierto que la voz del Hombre-Espíritu tiene tan grandes derechos sobre todas las regiones.

Pues en sus conciertos, en los que se esfuerza por desarrollar todas las maravillas de la música, los acompañamientos representan la actuación de todas las correspondencias naturales, espirituales, celestes e infernales, con la voz del hombre, que tiene el derecho a dinamizar todas estas regiones a su antojo, y a hacerlas partícipes de sus afectos.

Magia Divina, el principio de esta acción

Pero también, a medida que el espíritu del hombre penetra en el centro universal, no debe extrañarnos ver a los hombres tan encantados y tan atraídos por los diferentes dones, talentos y ocupaciones a los que están ligados. Todas estas cosas conducen a un fin último que es el

mismo, a saber, al magismo de lo divino que todo lo abarca, que todo lo llena y que todo lo traspasa.

Si los hombres dirigiesen sus impulsos, con alguna constancia, hacia alguna de las vías en que este magismo se, y que son innumerables, tan fecundas como son las fuentes divinas, ya en lo espiritual, ya en lo natural, no tardarían en llegar a una de estas fuentes que sólo tienen por principio el mismo magismo, y pronto se sentirían embriagados de delicias que los transportan, y que todas tienen por fundamento al mismo Dios, aunque todas tengan distintos cauces.

Los hombres deberían entusiasmarse con todo lo que tiene un único fundamento

Por eso los hombres serían todos hermanos en la unidad de sus entusiasmos, si miraran a la unidad de este fundamento, y de este fin de sus goces, que no es otra cosa que el movimiento en ellos de la vida eterna y de la luz eterna, y acabarían pronto con todas estas rivalidades, con todos estos celos, con todas estas preferencias que sólo tienen que ver con la forma y el mundo a través de los cuales les llegan estos goces.

Este es el mismo principio al que, sin saberlo, los eruditos han tratado de llevar todas las bellas artes, y es a este mismo principio al que debemos llevar todas las ciencias, todos los descubrimientos, todas las invenciones, todos los secretos, todas las sublimidades de los genios de los hombres, así como todos los encantos y todas las alegrías que todos podemos recibir por estos medios en este bajo mundo; porque, si el espíritu del Señor llena toda la tierra, no podemos movernos a menos que toquemos el espíritu del Señor.

Pero si nos acercamos al espíritu del Señor, ¿no estaremos imbuidos de dicha? Y si sólo hay un espíritu del Señor, ¿no descansan todas nuestras bienaventuranzas en el mismo asiento y no son radicalmente una sola?

La respiración o el Espíritu del enemigo

El enemigo tiene también el ímpetu de su propio espíritu, o un soplo, por medio del cual trata de someternos a su falso poder, lejos de hacernos triunfar. Pero este aliento del enemigo, su espíritu, al fin y al cabo, no es abierto como el del hombre. Por eso, cuando somos nuestros guardianes, no puede hacer nada en el orden del espíritu, ni siquiera en el orden de la naturaleza, puesto que entonces ya no tiene acceso al aire que, aunque abierto, permanece sin embargo cerrado para él.

Por eso las imágenes falsas y figuradas de que se sirve pueden también representarnos principios o planes, y mostrárnoslos: pero no puede dárnoslos, porque no los tiene; ni puede realizarlos, porque sólo tiene el poder de destrucción, y no tiene el de generación.

Sin embargo, este enemigo nos demuestra que su crimen original fue seguramente querer apoderarse de la raíz de las cosas y del pensamiento de Dios, ya que constantemente quiere apoderarse del alma del hombre, que es el pensamiento de Dios.

¡Monstruo sanguinario!, ¿cómo pudiste convertirte en enemigo del pensamiento de Dios? .... Pero tú mismo, hombre, ¿no eras un pensamiento del Señor? Y sin embargo fuiste capaz de pecar. Aquí es donde el hombre de deseo grita: ¡Oh dolor! ¡Oh lágrimas mías! inúndame, atropéllame, escóndeme del rostro del Señor, hasta que haya podido ver esclarecido al hombre que es el pensamiento del Señor.

Dios, el purificador de Su pensamiento, el alma humana

Nuestro espíritu está sellado con siete sellos, y los hombres, por su mutua reacción, se sirven de llaves, por medio de las cuales se abren unos a otros sus sellos espirituales; pero debe ser Dios mismo quien aclare nuestro pensamiento para que sea puro, ya que sólo podemos vivir de nuestra madre.

Por consiguiente, cuando Dios admite a un hombre en el primer rango del ministerio del Hombre-Espíritu, es para transformarlo en un agente penetrante y vivaz, cuya acción es universal y permanente; porque el camino de Dios no se manifiesta así para obras indiferentes e insensatas. Todos los universos reunidos no deberían pesar más que el precio de tal elección a nuestros ojos, si tuviésemos la suerte de que se nos ofreciese, puesto que entonces podríamos trabajar útilmente para el alivio del alma humana.

Las aflicciones terrestres

Todo es espíritu en la obra divina. Por eso las tribulaciones corporales de este mundo, las guerras, los azotes de la naturaleza, que no son enviados directamente por Dios, no ocupan su atención tanto como la sanación de las almas; e incluso, mientras los hombres del torrente se masacran unos a otros, y mientras son víctimas corporales de las catástrofes de la naturaleza, Él es principalmente sensible a los males de sus almas, todo su ardor y su acción recaen sobre este pensamiento que le es querido.

Las aflicciones sirven solamente al hombre maduro, es decir, al hombre del Espíritu; finalmente, sólo a sus ministros y a sus elegidos ha dicho que todos sus cabellos están contados, y que ni uno solo caerá de su cabeza sin su permiso.

A los que sólo se encuentran en las regiones de las potencias espirituales inferiores, les deja ser gobernados por estas potencias espirituales inferiores.

Los que están todavía más abajo, y en las regiones simples de la materia, entran en la clase de los bueyes; y, según Pablo[3], Dios no se mete con los bueyes, aunque el espíritu se metió con ellos en el tiempo del Levitismo, y en relación con los judíos que eran entonces los apóstoles figurados. Pero este espíritu no tenía nada que ver con los otros pueblos, que sólo buscaron espíritus de abominación en sus sacrificios.

Añadamos que a menudo, incluso para sus elegidos, Dios no cambia el curso doloroso y desastroso de las cosas de aquí abajo, sino que sólo les da fuerzas para resistirlo: Esto no impide que Dios cuide de sus almas y de sus espíritus con un cuidado que nuestra débil inteligencia no podría comprender, y que nuestras lenguas no podrían expresar; tanto busca preservarnos de los únicos peligros reales que nos rodean, y que debemos temer; y tanto desea vernos cumplir el pacto divino que acompañó nuestro origen, como pronto podremos observar.

El Hombre en la infancia

Debo detenerme aquí un momento para considerar al hombre en una época en la que todavía no nos muestra ninguna de las lamentables imágenes que acabamos de ver en él, ni ninguno de los luminosos rayos de los que hemos predicho que será a la vez el receptáculo y el órgano.

En efecto, ¿cómo, cuando vemos las dulces y sencillas alegrías de los niños, podemos imaginar toda la extensión de virtudes y vicios que el hombre es capaz de desplegar, y que pueden estar ocultos y constreñidos bajo esta envoltura infantil?

Esta criatura, a quien una muñeca le concede alegría, a quien una chuchería lanzada al aire hace reír a carcajadas, y a quien esta misma chuchería, cuando se le priva de ella, le arrojará al dolor y a las lágrimas; esta criatura, digo, puede un día desarrollarse lo suficiente para elevar su pensamiento a los cielos; para inclinar su cabeza sobre el abismo, y leer allí a través de su inteligencia el justo cumplimiento de los decretos supremos sobre la familia de los prevaricadores; para dar testimonio vivo al mundo de la existencia del modelo divino; para ofrecer a los ojos de los hombres la mayor penetración en las ciencias, y el mayor heroísmo en las virtudes; finalmente, para mostrar al universo un modelo consumado en todos sus géneros.

[3] 1 Corintios 9:9-12: "*Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes, o lo dice enteramente por nosotros? Pues por nosotros se escribió; porque con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto. Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material? Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿cuánto más nosotros?*". (N. del T.).

Pero, por desgracia, esta misma criatura podría ofrecer el modelo opuesto, hundirse en la ignorancia y el crimen, ser enemiga del principio mismo que la formó y convertirse en el foco activo de todas las depravaciones y todas las abominaciones juntas.

Este contraste es tan desgarrador que uno no puede, sin angustiarse, contemplar la perspectiva en estas tiernas e inocentes criaturas, que bajo un exterior tan interesante, ocultan tal vez para el futuro todas las alteraciones y todas las degradaciones vergonzosas del alma, del corazón y de la mente; que, en sus débiles ramas, tal vez alimentan una savia pestilente, cuya explosión será tanto más mortífera cuanto más se retrase y posponga a otro tiempo; o sea, que tal vez podrían llevar en sus esencias un jugo actualmente dulce y benéfico, pero que un día puede convertirse en el veneno más amargo y corrosivo.

¿Cómo sostener la idea de que la ingenuidad de este ser, para quien la menor cosa es un placer inocente, alcance un día la ferocidad de los tigres, que se convierta en el perseguidor de sus semejantes y sea, en una palabra, la víctima y el juguete de este enemigo, de quien somos todos servidores y esclavos, como ya afirmé, aquí abajo?

La esperanza en la Promesa Divina

Pero lo que puede atemperar, si no curar, el dolor que el hombre de deseo siente en esta lamentable perspectiva, y lo que al mismo tiempo puede darle esperanzas consoladoras para el futuro, es que el pacto divino también se escribe de nuevo en las esencias de esta débil planta, y que este pacto divino trae consigo un remedio específico que no sólo será capaz de contener en ella los gérmenes desarmonizados con los que ya puede estar infectada, sino también de hacer florecer los gérmenes fructíferos y divinos, de los que, con mayor razón, es también depositaria en virtud de los derechos de su origen.

Sí, no podemos admirar demasiado la sabiduría suprema cuando vemos con qué suave progresión se esfuerza continuamente por conducir al hombre al término superior para el que ha recibido el ser y la vida; y si ojos inteligentes y amigos del bien vigilasen con cuidado la infancia del hombre, y contribuyeran, con la potencia superior, a hacer fructificar en esta joven planta los tesoros con los que el pacto divino la ha enriquecido, no habría delicias y gozos a los que no pueda aspirar en cada etapa de su existencia.

Todos los pasos de este hombre serían pacíficos, todos sus movimientos estarían enlazados, todos sus progresos estarían imperceptiblemente unidos unos a otros, y la alegría divina los acompañaría a todos, porque debía ser el fin como fue el principio; finalmente, llegaría casi sin dificultad y sin problemas, como sin esfuerzo, a esa altura de perspicacia, de inteligencia, de sabiduría, de virtudes y de poderes de los que parece tan alejado en su infancia, hasta el punto de que dudemos de que esto pueda ser posible algún día.

La instrucción del joven

Sin embargo, sería bueno enseñar a esta joven planta una verdad muy instructiva, aunque sea de un color más oscuro. Es que es lamentable que la sabiduría, que en sí misma debería habernos dado tanta alegría en el pasado, tenga que vestirse para nosotros aquí abajo con los ropajes del luto y la tristeza; es necesario que hoy pongamos nuestra sabiduría en el sufrimiento en lugar de en el regocijo, porque el crimen lo ha dividido todo, y ha hecho que haya dos sabidurías. La segunda o última de estas sabidurías no es la vida, pero recoge la vida en nosotros, y así nos pone en condiciones de recibir la vida o la sabiduría primitiva y fuente de toda alegría; también es esta sublime sabiduría primitiva la que todo lo mantiene y todo lo crea. Por eso es siempre joven.

También debemos enseñar a esta joven planta, a medida que avanza en su crecimiento, que si la Sabiduría Suprema no puede permitirse mostrarnos aquí abajo la propia Jerusalén celestial, tal como existió antaño en el alma del hombre, al menos está dispuesta a veces a dejarnos pasear por sus planos, y que esto basta para llenarnos de los más dulces consuelos.

Sería una buena idea enseñarle y animarle a convencerse, a través de su propia experiencia, de que la oración debe ser una continua alianza espiritual, porque sólo debemos orar con Dios, y nuestra oración sólo merece este nombre en la medida en que Dios ora en nosotros, ya que sólo así oramos en el reino de Dios.

Sería bueno enseñarle que se supone que los médicos conocen todas las propiedades y la naturaleza de las sustancias medicinales que emplean para curar las enfermedades; que se supone que han penetrado todas las virtudes de los remedios y que, por consiguiente, están en condiciones de curar todos los males; que esta simple observación puede bastar para abrirle los ojos al destino original del hombre; que este destino debía indudablemente extenderse al poder de reparar todos los desórdenes; que debía indudablemente extenderse al poder de curar todos los males; finalmente, que debía indudablemente extenderse al poder de conocer las propiedades de las sustancias de toda la naturaleza y de todas las regiones, puesto que toda la naturaleza y todas las regiones estaban sujetas al hombre.

Sería bueno mostrarle, a partir de esto, la vergonzosa degradación que ha sufrido este hombre.

Sería bueno decirle que el hombre de verdad no debe entrar en relaciones con los hombres del torrente, que perdería demasiado en la confrontación, y que además lo que puede perder no es suyo, sino de su maestro.

Sería bueno decirle que un hombre que no está en guardia corre más peligro entre los hombres descarriados que entre los demonios, porque los hombres de hoy combinan dos poderes de los que abusan a voluntad, disfrazando uno en el otro, mientras que el demonio

sólo tiene uno. Además, el demonio no tiene formas propias; está obligado a crearlas en cualquier momento para que sirvan de receptáculo a su poder; pero el hombre lleva consigo en todas partes una forma que es a la vez receptáculo e instrumento de sus dos poderes.

Sería bueno decirle a este respecto que hay muchos espíritus errantes que tratan de vestirse con nosotros, mientras que nosotros mismos estamos casi desnudos, a pesar de nuestro cuerpo, y que no tenemos otra cosa que hacer aquí abajo que tratar de vestirnos con nuestro primer cuerpo, que es aquel en el que puede morar la divinidad.

Sería bueno decirle que la castidad incluye la pureza del cuerpo, la corrección de la mente, la calidez del corazón, la actividad del alma y el amor; pues generalmente abarca todo lo que es virtuoso, y es la ausencia de todo vicio.

Sería una buena idea decirle que las virtudes que cultivamos y las inteligencias que adquirimos son como las lámparas que encendemos a nuestro alrededor, que arden cerca de nosotros mientras dormimos.

Sería bueno decirle que todos los tipos se repiten y se relacionan entre sí, porque como sólo hay una acción, debe renovarse constantemente y mostrar su unidad en todas partes; pero que como estos tipos operan en el tiempo, deben seguir la ley del tiempo y de todas las cosas sucesivas, que consiste en que cuanto más se extienden y se multiplican, más sensibles y sustanciales se vuelven; que es por esta razón que a medida que estos tipos se hacen más semejantes y más análogos, se hacen también más confusos y más difíciles de discernir; que es por esta razón que las mejores cosas acaban por oscurecerse y aniquilarse en manos de los hombres, porque no distinguen sus matices; en fin, que es por esta razón que la materia no sabe lo que es el pecado; porque por sí misma, estando siempre en la oscuridad analógica, no puede reconocer ninguna diferencia.

Sería bueno decirle que casi no hay tipos de humillación para el hombre en todos los seres de la naturaleza, que todos son activos, vigilantes, regulares, y que sólo él es pasivo, indiferente, cobarde y, en cierto modo, una especie de ser monstruoso.

Sería bueno decirle que Dios es tan distinto de las cosas sensibles, aunque las gobierne, que ni nuestra naturaleza terrena, ni los hombres materializados, pueden saber nada de la forma en que debemos darlo a conocer a las naciones, ya que incluso nuestra palabra espiritual es ininteligible para nuestros sentidos. Debemos, pues, renovarnos por completo de los sentidos y de las cosas figuradas, si queremos llegar a ser testigos espirituales de la palabra, y entrar en el ministerio del Hombre-Espíritu.

Sería bueno decirle que, desde el principio de las cosas, los ríos fluyen desde su nacimiento hasta su fin, sin saber si atraviesan ciudades opulentas o aldeas, lugares áridos o tierras fértiles

embellecidas por la naturaleza y la mano del hombre; y que así es como el hombre de deseo debe apuntar a la meta que le aguarda, sin reparar en lo que bordea su ruta terrenal, tan fuerte debe ser el ardor que le impulsa.

Sería bueno decirle que cuando el hombre de deseo trabaja en sí mismo, en realidad está trabajando para los demás hombres, ya que se esfuerza y contribuye así a mostrarles la imagen y semejanza de Dios en toda su pureza, y que es el conocimiento de esta imagen y semejanza lo que ellos necesitan exclusivamente.

Sería bueno decirle que cuando los deístas reconocen la existencia de un Ser supremo, y sin embargo no quieren que se ocupe del gobierno de este mundo, ni de los hombres que lo habitan, su error proviene sólo de que se han hecho materia y brutos; que en realidad Dios no se entromete en la materia ni en los brutos, pero los gobierna con su poder; que, por otra parte, los deístas adormecen sus almas de tal modo que Dios ya no se acerca a ellas ni las dirige, puesto que sólo puede complacerse en su imagen y ellas sólo se entromete con su imagen, y que por esta razón dicen que Dios no se entromete en el gobierno del género humano, porque verdaderamente en el estado de degradación y de tinieblas en que los deístas se dejan hundir, no se entromete con ellos.

Sería bueno decirle que es en vano que los hombres del torrente traten de compensar su alejamiento de lo intelectual, apoyándose en lo sensible; que son sus falsos sistemas los que los han conducido a esta consecuencia y a esta doctrina hipócrita; que celebran tan altamente lo que llaman humanidad, sólo porque toman el bienestar del cuerpo por el bienestar del verdadero hombre, que no es otra cosa que el Hombre-Espíritu regenerado; que hacen uso de esta pretendida virtud, incluso hacia las bestias, y que creen que con ello satisfacen todo lo que se les impone; que finalmente no harían un uso tan exclusivo de todo lo que concierne al orden animal y material, si no se considerasen de la misma naturaleza.

Sería bueno decirle que la prueba de que el pensamiento verdadero no procede de nosotros es que si fuéramos sus creadores, ya no dependeríamos de Dios; que el pensamiento falso tampoco procede de nosotros; que simplemente estamos colocados entre uno y otro, para discernir entre la fuente divina y la fuente infernal; que hay que tener en cuenta que los hombres no pueden comunicarse nada unos a otros sino haciendo sensibles sus pensamientos por la palabra o por signos equivalentes; que de aquí se sigue que todo pensamiento que nos viene de fuera es sensible en cuanto se comunica con nosotros, y es así necesariamente pronunciado, aunque no siempre lo oigamos sensible o materialmente; que aquí los niños sirven de ejemplo; que no podemos negar que tienen sentidos, pero que en vano desearíamos comunicarles nuestros pensamientos por el habla, porque estamos seguros de que ni siquiera oirían los sonidos; que en una edad más avanzada, oyen los sonidos y no comprenden el sentido. Finalmente, que en un estado más perfecto, oyen los sonidos y el significado, y que, por consiguiente, reciben la comunicación íntima de nuestros pensamientos; pero que cierta-

mente no ven ni oyen; que nuestros movimientos y ruidos se pierden en ellos; que al principio sólo les afectan los sentidos más groseros, a saber, el tacto, el olfato y el gusto pasivos; que a este estado limitado sigue el uso de la vista y del oído, y finalmente el habla, que el habla está todavía sujeta a una progresión muy lenta, dado que sólo comienza con gritos, y que es aquí donde el hombre puede humillarse y aprender la lección.

Sería bueno decirle que las grandes y magníficas ideas que Dios nos envía tan a menudo en el curso de nuestra dolorosa expiación son otros tantos testimonios que podemos utilizar con él cuando le imploramos; y que, si queremos llenarle de alegría, no tenemos más que utilizarlos, y recordarle así sus promesas y sus favores consoladores.

Sería bueno decirle que, puesto que Dios estaba solo cuando formó al hombre, este Dios también quiere estar solo para edificarlo y ayudarlo a penetrar en sus profundidades divinas.

Sería bueno decirle con qué prudencia debe conducirse en la administración de los tesoros divinos que puede confiarle su suprema magnificencia, pues no tendrá que andar mucho tiempo en la senda de la verdad para sentir que hay cosas que no se pueden decir, ni siquiera al espíritu, puesto que están por encima de él.

Sería bueno decirle que hay una línea y un orden de instrucción de los que nunca debe desviarse, cuando trata de dirigir la inteligencia de sus semejantes, y este orden de instrucción es el siguiente: la distinción entre dos substancias en el hombre; nuestro pensamiento, espejo divino; la existencia del ser superior, probada por este espejo cuando es claro y puro; nuestra privación probando una justicia; esta justicia probando una alteración libre y voluntaria; el supremo amor que despierta; las leyes de la regeneración dadas en las diversas alianzas; el término del retorno; la vida espiritual; la luz; la palabra; la unión; la entrada en el lugar del reposo: tal debe ser el curso de la enseñanza, si el maestro no quiere engañar a sus discípulos, extraviarlos o retrasarlos.

Sería bueno decirle que no se haga ilusiones de que alguna vez poseerá la sabiduría por la memoria, o por el simple cultivo del entendimiento; que esta sabiduría es como el amor maternal, que sólo puede sentirse realmente después de las fatigas de la gestación y los dolores del parto.

Por último, sería bueno decirle que no basta con que el hombre adquiera la antorcha de esta sabiduría; también debe conservarla, lo cual es incomparablemente más difícil.

La caída

Cuando caemos desde algún lugar alto, nuestra cabeza gira tan bruscamente durante la caída que no notamos nada; sólo en el momento del choque nos penetra la aguda sensación de dolor; incluso entonces, a menudo permanecemos sin movimiento e inconscientes. Tal fue la historia

del alma humana en la época de la prevaricación. Perdió de vista la región gloriosa de la que fue precipitada por su caída, y el hombre entero se encontró como muerto y privado del uso de todas las facultades de su ser.

El tratamiento

Pero el proceso de nuestro tratamiento curativo fue también el mismo que en nuestra ciencia medicinal humana. Del mismo modo que cuando un hombre cae o sufre algún otro accidente que le lesiona gravemente, el médico prudente le hace sangrar profusamente para evitar la inflamación, así, después de la terrible caída de la familia humana, la sabiduría divina retiró al hombre casi toda su sangre, es decir, toda su fuerza y todas sus facultades; de lo contrario, esta sangre, al no encontrar ya los órganos en condiciones de contribuir a su acción, habría terminado por romperlos. Es cierto que esta precaución esencial por parte del médico puede reducir posteriormente la duración de la vida del paciente, que de otro modo podría haber sido mayor. Por esta misma razón, Dios acortó nuestros días, del mismo modo que acortó el fin del mundo para los llamados elegidos; de lo contrario, ningún hombre se habría salvado.

De acuerdo con este régimen medicinal humano, primero se nos daban aguas espirituosas para devolvernos la salud; luego se nos aplicaban bálsamos reconstituyentes y, por último, se nos daban alimentos sustanciosos y vigorizantes para restaurar nuestras fuerzas.

Cuando, por la tierna efusión del amor supremo, se aplicaron los primeros tratamientos al alma humana, se le devolvió el movimiento, y este movimiento le permitió beneficiarse, para su instrucción, del movimiento que gobernaba el universo; porque estos dos movimientos tenían que coordinarse. En efecto, diariamente tratamos de coordinar nuestros pensamientos con todo lo que actúa en este universo; y fue verdaderamente un favor especial concedido al alma humana el que le proporcionó los medios de seguir contemplando la verdad en las imágenes de este mundo, después de haberse desterrado de la luz del día de la realidad.

El alma quedó sujeta al universo físico, su primera ley sigue a este hecho

Durante su gloria, esta alma humana había sabido que no debía tener otro Dios que el Dios supremo; y aunque de hecho no debía conocer el complemento de esta gloria hasta que hubiera llegado al término de su obra, sin embargo, mientras en su estado primitivo hubiera gustado el encanto de las maravillas y de las dulzuras de Dios, no debía ignorar que nada podía compararse a su principio.

Sin embargo, se dejó alterar por el poder de un principio inferior que es este mundo físico universal, donde los astros y las estrellas ejercen una función tan importante que el alma humana quedó corporalmente sometida a su régimen. Pero, aunque hubiera caído en este

régimen inferior, debido a su degradación, la fuente que había producido esta alma humana no quiso perderla de vista, y le transmitió, en este nuevo orden de cosas, el precepto fundamental de su ley primitiva.

El Sol, símbolo físico de la Divinidad

Así, en el mundo físico, el sol es un órgano material de esta sublime revelación, que es muy anterior a los libros; es el sol quien la profetizó desde el principio de este mundo, del mismo modo que no cesará de profetizarla a todos los pueblos hasta la consumación de todas las cosas.

Es durante la noche, durante la ausencia del sol, cuando las estrellas nos transmiten su brillo; es entonces cuando se manifiesta el reinado de estos dioses de las naciones. Es entonces cuando, a pesar de la luz que derraman las estrellas, la tierra está, sin embargo, en tinieblas, cuando los aromas de las flores se desvanecen, cuando la vegetación se encoge, cuando se oyen los gritos lastimeros de los animales de las tinieblas, cuando se despliegan los crímenes y los vicios de los malhechores y se cumplen los planes injustos y las obras de iniquidad; es entonces, en una palabra, cuando dominan y triunfan esos lugares elevados, en los que todos los pueblos de la tierra han ofrecido sacrificios, al principio ilusorios, y que pronto se convertirán en inicuos y abominables, a través de las asquerosas influencias del príncipe de la perversidad, como veremos en breve.

Pero en cuanto despunta el día, la luz de estos otros se atenúa para nosotros; se desvanece por completo cuando el día ha adquirido su grado y su fuerza, y el sol, al hacer desaparecer con su sola presencia la vana multiplicidad de estos falsos dioses, parece decir a todo lo que se dijo al alma humana cuando salió de su gloriosa fuente: *No tendrás otro Dios delante de mí*.

Alma humana, habías olvidado esta ley superior cuando, en tu estado de esplendor, te dejaste extraviar por una falsa atracción; pero esta ley inextinguible te ha seguido hasta tu abismo terrestre, porque el principio de las cosas no puede producir nada sin imprimir por todas partes los caracteres elocuentes de su lenguaje divino.

Sin embargo, a pesar del poder de este signo tan instructivo, los hombres sólo han tomado la letra de este fenómeno, en lugar del espíritu; y ésta es una de las causas que han dado origen al culto y a la idolatría del sol.

La idolatría del Sol

Pues la idolatría del fuego viene de más atrás; sólo ha podido surgir en la medida en que, como resultado de los derechos primitivos del hombre, unos pocos mortales han conocido sensiblemente el origen del fuego (que no es simplemente ver relampaguear y caer un rayo), porque

es una verdad fundamental que todo debe tener su propia revelación, ya que no hay nada que tenga lugar en la universalidad de los seres que no sea prueba de ello.

El motivo de las calamidades naturales

Por eso, cuando el amor supremo te vio extraviarte de nuevo por los mismos medios que te había ofrecido para ayudarte a rectificar tus caminos; cuando te vio herido de nuevo por aquellos objetos sensibles que había desplegado ante ti para distraerte de tu dolor, no pudo menos de hacer resonar en tus oídos, por medios más activos, este importante decreto: *No tendrás otros dioses delante de mí*.

Como el espectáculo de la naturaleza en su armonía sólo tuvo en vosotros el efecto contrario al que se había propuesto, dejó actuar sobre vosotros las potencias de esta misma naturaleza en desarmonía, para tratar de haceros volver, por medio de tribulaciones y sufrimientos, a una medida a la que no habíais podido manteneros por vuestra inteligencia; y ésta es la clave de todas esas plagas de que habla la historia de los pueblos en todas las regiones de la tierra.

Así es como se comporta una madre natural con su hijo, un maestro con su alumno, dejándoles sufrir durante un tiempo las consecuencias de los abusos que consintieron por debilidad e irreflexión, para que la experiencia les haga más reservados en el futuro.

Comunicaciones espirituales directas, mandamientos divinos

Pero cuando estas pruebas no tienen éxito, cuando el peligro se vuelve demasiado apremiante y el joven imprudente, en lugar de retirarse del peligro, sólo se sumerge más profundamente en él, hasta el punto de correr riesgo su vida, entonces la madre, o la misma maestra, se acercan a él, y le repiten de un modo más imponente los preceptos importantes que le habían enseñado antes, para obrar en él, por el temor, lo que no habían podido producir allí por su dulzura. Y ésta es una razón positiva y natural de todas estas manifestaciones divinas y espirituales de las que la historia religiosa del hombre, escrita o no escrita, no puede dejar de llenarse.

Sí, alma humana, así se comportó seguramente contigo el amor supremo, cuando vio que las grandes plagas de la naturaleza que habías provocado por tu inadvertencia no te habían hecho más sabia. Se acercó a ti con todos los rasgos de un celo ansioso, y en tono amenazador te recordó aquellas antiguas ordenanzas en las que se fundaban tu origen y el pacto divino que pronunció ante ti después de haberte dado la existencia; que había hecho pronunciar de nuevo a la naturaleza, después de haberos sometido a su régimen figurado, y que podían resonar en cualquier momento en vuestro ser más íntimo, puesto que sois siempre originalmente el órgano de la eterna fuente divina, y puesto que lo que ha pronunciado una vez no puede dejar de pronunciarse nunca sin interrupción y por la duración de todas las eternidades.

Que no quepa duda, pues, de que todas las tradiciones de los pueblos del mundo nos ofrecen huellas de este atento movimiento del amor supremo hacia ti. Que no quepa duda de que, desde el principio de los tiempos, ha actuado hacia las naciones como sigue haciéndolo cada día hacia los individuos, esforzándose, mediante violentos movimientos secretos, por despertarlos de su letargo y sacarlos de los peligros a los que se han expuesto por su imprudencia. En fin, que no quepa duda de que fue en este espíritu, y por medio de este espíritu, como Moisés nos representó en el Éxodo la voz suprema que proclamaba al pueblo hebreo, en medio de relámpagos y truenos, este imperioso y exclusivo mandato divino que las naciones habían olvidado tanto: *No tendrás otro Dios delante de mí*.

Todas las cosas deben tener su propia revelación

Independientemente de las innumerables otras lecciones instructivas que la naturaleza está encargada por el amor supremo de impartir diaria y físicamente al alma humana, estamos íntimamente convencidos de que todo, para tener un nombre entre los hombres, debe tener su propia revelación. Así, las prácticas religiosas que vemos universalmente en uso entre los hombres no dejan lugar a dudas de que ese amor supremo ha abierto también algún camino de rehabilitación para el alma humana, aunque sobre esas fuentes restauradoras se hayan acumulado enormes montones de escombros, hasta el punto de que apenas puedan reconocerse.

Todas las instituciones humanas derivan de un modelo superior: el poder del Hombre

Y aun cuando nos demos cuenta de este riguroso principio, de que es necesario que cada cosa tenga su propia revelación, sin la cual nunca podríamos haberla conocido, repetido o transmitido a nosotros mismos; veremos que no hay nada, ni siquiera en las políticas humanas e instituciones civiles humanas, cuyo modelo no encontremos fuera de nosotros y por encima de nosotros. Sí, si no hubiera legiones en lo alto, diferentes grados de superioridad, jefes, gobiernos, no tendríamos ninguna de estas instituciones entre nosotros. E incluso aquí en la tierra el hombre marcha bajo la mirada y la égida de poderes invisibles de los que deriva todo, pero que apenas busca conocer, y en los que no está muy inclinado a creer, a fuerza de estar embriagado de su propio poder; pero si está así embriagado de su propio poder, es porque debe haber tenido en verdad uno más real; es porque debe haber tenido un imperio y súbditos fieles y sumisos.

Cuando, por ejemplo, un soberano o un general se encuentra rodeado de sus ejércitos, cuando los jefes militares pasan revista brillantemente a sus tropas, cuando en estas ocasiones sienten una secreta y gloriosa alegría al tener ante sus ojos a tantos soldados entregados a sus órdenes y con tan magníficos uniformes; cuando, finalmente, parecen decir a todos los espectadores:

no sólo todas estas fuerzas a mi disposición dependen de mí, sino que es a través de mí que son creadas, y es de mí que deriva todo lo que son; estos líderes no hacen más que repetir en un orden convencional y aparente lo que debería haber tenido lugar para el hombre primitivo en un orden positivo y fijo.

La autoridad primitiva del Hombre; en qué consiste su gloria

Porque este hombre primitivo habría tenido también legiones sobre las que habría tenido autoridad absoluta, comunicándoles su espíritu, como vemos que un general transmite, por así decirlo, su voluntad a los cien mil hombres que manda, haciéndoles con esto uno con él, y en cierto modo les quita su propia voluntad para darles sólo la suya, sin la cual su imperio sobre ellos sería algo inexplicable e imposible.

Por tanto, este hombre primitivo también podría haberse contemplado a sí mismo en sus cohortes, y así cosechar la verdadera gloria, porque habría tenido algo que ver con las ventajas que habrían tenido, en la belleza de sus armaduras, y en su invencible valor para defender la causa de la justicia, maravillas todas que, en efecto, podría haber sacado de sí mismo, y haber hecho nacer a su antojo en sus seguidores. En cambio, aquí en la tierra sus legiones se presentan ante sus ojos, todas preparadas, todas vestidas, todas armadas, todas entrenadas; pero aquí no siempre ha sembrado él mismo todo lo que reúne, ya que a la mayoría de los que inspecciona tal vez nunca los ha visto, y ni siquiera sabe qué nombres llevan, un tipo de conocimiento que habría sido la verdadera fuerza del hombre primitivo en presencia de sus formidables cohortes.

Ahora bien, lo que decimos aquí en el orden militar, podemos decirlo de todas nuestras demás instituciones políticas y sociales, pues podríamos decirlo incluso en el orden de la naturaleza, ya que en todas estas clases el hombre podría haber cooperado con todas las regiones, y con todos los poderes de todas las regiones, para hacerles producir estas maravillosas imágenes, y estos espectáculos deslumbrantes, que, en todos los géneros, habrían encantado sus ojos, y llenado su corazón con una gloria justamente ganada y merecida, mientras que en esta medida limitada en la que se encuentra, a menudo contribuye muy poco a todo aquello de lo que se rodea, y a todo aquello de lo que se jacta.

Pero si es de lo alto de donde el hombre ha recibido y conserva todo lo que encuentra mejor para la administración de sus semejantes, debe pensar, por tanto, que cuanto más lea en lo alto, más descubrirá allí cosas excelentes para su bienestar y el de toda la naturaleza humana; pues es de lo alto de donde le deben haber venido todos los caminos restauradores que el amor supremo le debe haber ofrecido para su rehabilitación desde su caída.

(Sobre la finalidad de estas vías religiosas abiertas al hombre por el amor supremo, ruego al lector que se inspire, si puede, en una de las obras de Jakob Böhme titulada *Mysterium magnum*, el gran Misterio.

Verá muchas ramas del árbol de la alianza, que este amor supremo ha renovado con el hombre desde su degradación. Verá la savia de este árbol mostrándose primero en las raíces, luego desarrollándose sucesivamente en los diferentes brotes a medida que se extienden, y finalmente, desplegando en las flores y frutos de este árbol todas las propiedades contenidas en su germen, y elaboradas en sus canales. Verá continuamente el linaje real envuelto bajo el linaje figurado, y sin embargo una misma savia corriendo simultáneamente a través de estos dos linajes diferentes, haciéndose reconocible incluso en la diversidad de los caracteres que adopta, y armonizando así todos los períodos que abarca en su curso. Pero verá también una savia opuesta circulando igualmente sobre la tierra, puesto que estamos aprisionados en ella, y ofreciendo desde aquel primer tiempo hasta nuestros días un santuario de abominación, al lado del santuario de santidad. Los cuadros que encontrará en este autor le instruirán considerablemente sobre el curso de estos diferentes caminos religiosos que se han extendido sobre la tierra, y me contento con señalarle este depósito, que de otro modo tendría que traducir y transcribir casi en su totalidad).

Instituciones Religiosas: Sacrificios

Entre estas instituciones religiosas generalmente establecidas en la tierra, y de las que hemos perdido casi absolutamente toda huella, los sacrificios de animales y otros productos de la naturaleza parecen ocupar un lugar muy importante, y merecen ser considerados con algún detalle, especialmente porque ni las tradiciones ni los observadores nos han transmitido nada satisfactorio sobre este tema, y el propio Jakob Böhme no nos ha dado nada completo sobre este tema, aunque nos ha presentado algunas magníficas intuiciones a este respecto.

No, no se puede negar, estos sacrificios generalmente utilizados sobre el globo nos atestiguan, a pesar de sus abusos, y tal vez por estos mismos abusos, que desde la gran alteración y desde que el hombre culpable fue puesto de nuevo en el camino de retorno, deben figurar entre nuestros privilegios, e incluirse entre las ayudas que nos concede la sabiduría, para renovar en la medida de lo posible nuestro pacto divino, y como tales, deben entrar en los conocimientos relativos al ministerio del Hombre-Espíritu.

Hombre, un Rey subyugado por sus propios súbditos; la esclavitud de la naturaleza animal como medio de su recuperación. El Espíritu de sacrificio

A pesar de los repetidos esfuerzos de la filosofía mentirosa por destruir la sublime naturaleza del hombre, ya no hay tiempo para dudar de que nació con un propósito considerable; y la

inmensidad de los dones que aún puede descubrir en sí mismo en medio de su miseria es un indicio de los que en otro tiempo pudo poseer más abundantemente.

No temamos, pues, extraviarnos viendo al hombre en medio del universo como un rey culpable, atado al poder de todos sus súbditos, a los que él mismo ha conducido al desorden y a la anarquía por la injusticia de su gobierno; pero veamos aquí al mismo tiempo la eterna razón de las cosas, que se cierne sobre este mar agitado, y que tiende por el peso inmutable de su sabiduría a devolver a todas nuestras facultades desarmonizadas la calma y el equilibrio que les son propios.

Tal vez esto nos lleve incluso a reconocer que en el estado primitivo y antes de la caída, el hombre habría tenido también que cumplir el ministerio de los sacrificios; no sacrificios de expiación, es cierto, puesto que era puro, sino sacrificios de gloria por su principio. No sacrificios sangrientos tampoco, sino sacrificios de las maravillas divinas contenidas en todos los seres, y que él habría tenido el poder de desarrollar ante el Dios que le habría confiado este ministerio, porque el hombre estaba como establecido en el centro de la creación universal.

Pero si nos ocupamos aquí sólo de los sacrificios que se usan en la tierra, y de su significado particular, ya sea espiritual o físico, veremos al hombre atado a la sangre que parece ser el órgano y la guarida de todos sus enemigos aquí abajo, que parece ser en una palabra el sepulcro de servidumbre en el que este rey idólatra es tragado vivo por haber querido oponerse a los decretos de la Providencia, y por haber adorado a dioses extranjeros.

La ley que condena al hombre a esta servidumbre tiene por objeto mantenerle en la privación, para que esta privación le conduzca al arrepentimiento; el arrepentimiento a la confesión de sus faltas, y la confesión de sus faltas a la manera de obtener el perdón de ellas; y como la sabiduría suprema es inagotable en el celo que la anima por este desgraciado desterrado, debía proporcionarle los medios de curarse de los males que puede recibir cada día de manos de sus enemigos. Nos esforzaremos en demostrar que éste era el espíritu que animaba la institución de los sacrificios, por absurdas e impías que fueran estas ceremonias en la Tierra, al pasar por las manos de los hombres y depravarse por la influencia de los mismos enemigos que debían alejar.

Unidad de acción en el Universo y en la Naturaleza

Una ley positiva y bien conocida que aquí estoy relatando a los amigos de la sabiduría, como uno de los faros más útiles que brillan en su carrera, es que a pesar de la innumerable diversidad de tantos seres y de tantas clases que componen el universo, hay unidades particulares de acción, que abarcan clases enteras, y operan sobre los individuos de estas clases, a causa de su analogía natural.

Por eso, en todas las producciones de la naturaleza, hay géneros, especies, familias, donde todo lleva la impronta de esta unidad de acción, según su clase.

Las potencias y facultades de nuestra mente ofrecerían sin duda la misma ley, mostrando una especie de uniformidad en los movimientos del pensamiento del hombre, que reduce todos sus sistemas a un número limitado de teoremas y axiomas, y todas sus instituciones a fórmulas fundamentales que apenas varían. El arte de la medicina, la moral, la política, las asambleas deliberativas y científicas, en fin, todo lo que tiene que ver con el orden religioso y, me atrevo a decir, el mismo orden infernal, vendrían en tropel a dar testimonio en favor de este principio.

Por esta ley, la misma acción física que gobierna la sangre del hombre gobierna también la sangre de los animales, porque el cuerpo del hombre es de su clase. Pero si la misma acción física gobierna la sangre del hombre y la sangre de los animales, está indudablemente expuesta a las contracciones y desórdenes que ambas pueden experimentar, y esta ley física, aunque no esté fundada en la libertad como las leyes morales, puede, sin embargo, estar sujeta a perturbaciones a causa de los obstáculos y oposiciones que rodean y amenazan todo lo que existe en la naturaleza.

Si estos diversos individuos están sometidos a las mismas leyes, en cuanto a los desórdenes a que están expuestos, gozan también de las perfecciones inherentes a la unidad de la acción regular que los gobierna; y si las perturbaciones les son comunes, la recuperación también debe serlo, pudiendo también suponerlo previamente para el espíritu y los diversos usos de los sacrificios. Pero esta visión de conjunto no sería suficiente si no descubriésemos cómo pueden obrar estos sacrificios y cómo pueden llegar al hombre los frutos que de ellos se derivan.

La operación espiritual y la causa de los sacrificios

La Ley de los Hebreos nos dice que hay animales puros y animales impuros. Jakob Böhme da una razón positiva para ello en la diversidad de los dos matices en armonía antes del crimen, y subdivididos desde la gran alteración. La naturaleza permite que esta distinción no nos parezca muy extraña, puesto que entre los animales reconocemos algunos beneficiosos y otros perjudiciales. Así, si la escritura sólo tuviera un significado físico, no habría estado muy alejada de tal probabilidad.

¿Qué sería, pues, si hubiera tenido también un sentido espiritual? Y en verdad, la materia, no teniendo más que una vida de dependencia, no tiene existencia, virtudes y propiedades más que por las diversas acciones espirituales que la engendran, la combinan, la constituyen y la caracterizan. Siendo, además, el receptáculo continuo de potencias ajenas al orden, y que sólo tienden a poner por todas partes su sello de irregularidad y de confusión, no es de extrañar

que esta materia nos ofrezca los tipos y las operaciones de todas estas acciones diversas y opuestas, cuyos tristes testimonios nuestro propio espíritu nos hace leer en nosotros mismos.

Así, cuando el hombre ha permitido que se le adhiera alguna acción desordenada, el animal puro podría ser un medio de apartar a este hombre de esta acción desordenada, cuya acción desordenada se sentiría atraída por este fundamento que se le presenta, y sobre la cual esta acción tiene derechos y poderes.

Pero para que esta atracción opere de tal modo que no prolongue las consecuencias y efectos de esta acción desordenada, es necesario, en primer lugar, que la sangre del animal sea derramada; en segundo lugar, que este animal, aunque puro por naturaleza, reciba también alguna acción preservadora, porque está compuesto de elementos mezclados, y está expuesto a la influencia desorganizadora del enemigo, como toda materia. Ahora bien, la acción conservadora en cuestión se representaba entre los hebreos por la imposición de las manos del sacerdote sobre la cabeza de la víctima, representando el sacerdote mismo al hombre restituido a sus derechos primitivos, y éste es el espíritu de estas dos leyes.

Mediante el derramamiento de la sangre del animal, la acción desordenada, ligada a la materia del hombre, es atraída hacia el exterior con más fuerza que por el cuerpo y la mera presencia del animal, porque cuanto más nos acercamos al principio en cada clase, más enérgicas y eficaces se vuelven las relaciones.

Pero por la preparación sacerdotal, o la del hombre restituido a la virtualidad de sus derechos, esta misma sangre y esta misma víctima se encuentran fuera del alcance de esta acción desordenada; de tal modo que abandona la materia del hombre, arrastrada por la atracción de la sangre del animal, pero también de tal modo que, repelida por la fuerte virtud que el sacerdote atribuye a la sangre, se ve obligada a precipitarse y a hundirse en las regiones del desorden de las que ha salido.

Esta es, me parece, la fuente general de la comprensión del espíritu de la institución de los sacrificios.

La misma mirada puede guiarnos para descubrir el espíritu peculiar que se suponía dirigía en detalle todas las especies de sacrificios de los hebreos, como los sacrificios por el pecado y la expiación, los sacrificios que se llamaban pacíficos, e incluso los que tenían por objeto una santa reconciliación con Dios, y la unión del hombre con él confirmada por los signos sensibles de su alianza.



Sacrificio para el pecado

La simple ley de transposición que acabamos de mencionar basta para hacernos comprender el espíritu del sacrificio por el pecado, arrojando las contaminaciones a la región del desorden, y sobre el enemigo que las había causado.

Esta simple ley de la transposición, de la que hemos hablado, es suficiente para darnos una idea del espíritu de sacrificio para el pecado, expulsar la profanación para las regiones del desorden y sobre el enemigo que la causó.

Ofrenda de paz

La finalidad del sacrificio pacífico parece ser dar al hombre la fuerza para resistir a este enemigo, e incluso impedir sus ataques. La misma ley de la preparación de la víctima por la imposición de las manos del sacerdote es suficiente para hacer comprensible este efecto, ya que pone la sangre pura en unión con acciones regulares, al lado de la sangre rodeada de acciones destructivas y malignas, y puede así restablecer la calma y el reposo.

Mil detalles tomados de las ceremonias de los sacrificios nos autorizarían a no desconfiar de estas conjeturas. La sangre derramada alrededor del altar y aplicada a las cuatro esquinas, la aspersión de la misma sangre, la consumación de la víctima, etc., todo ello guarda una sorprendente semejanza con una obra de paz y preservación.

Los sacrificios perpetuos y los de consagración

En cuanto al sacrificio perpetuo, y en cuanto a los sacrificios que tenían lugar para la consagración del sacerdote, y cuyo fin espiritual era unir al pontífice a Dios, será siempre la misma ley la que podrá hacernos percibir su intelección; pero esta clase de sacrificios no debían tener lugar para todos los hombres, y sólo se referían a aquellos a quienes Dios llamaba para sí y para su servicio por una elección particular.

Tales hombres, preparados por su misma elección, se encontraban en contacto con las virtudes superiores; estas mismas virtudes superiores, abarcándolo todo, están siempre unidas a las acciones regulares que velan y están cerca de todo lo que es sangre para preservarlo del desorden. La víctima inmolada después de todos estos preparativos ofrecía sangre sobre la que estas acciones regulares desarrollaban su fuerza y permitían a las virtudes superiores desarrollar a su vez la suya, porque todo lo que es armónico, incluso entre los animales, participa en mayor o menor medida de las antiguas propiedades del pacto divino.

No era de extrañar, pues, que estas mismas virtudes superiores actuasen sobre el hombre elegido, y le manifestasen todos los efectos sensibles que su privación le hace sentir tan nece-

sarios para ser guiado en sus tinieblas; porque mientras no haya sufrido todavía el sacrificio de su propia sangre, sólo puede recibir los testimonios de la verdad por intermediarios.

Lo que le sucedió a Abraham en el momento del sacrificio de los animales divididos en dos; lo que le sucedió a Aarón al final de los ocho días de su consagración; lo que le sucedió a David en la era de Ornán, lo que sucedió en el templo después de los sacrificios de los sumos sacerdotes, nos indican suficientemente el objeto y el poder de los sacrificios verdaderamente sagrados realizados por los elegidos del Señor, que ejercieron entonces, según las medidas apropiadas a aquellos tiempos, el ministerio del Hombre-Espíritu.

De las pocas observaciones que se acaban de hacer sobre los sacrificios cruentos en general, se desprende que su finalidad es desarrollar diversas acciones puras y regulares que, uniéndose al hombre, pueden ayudarle a salir de su abismo y conducirle a la región del orden y la regularidad.

Las causas y operaciones de las excomuniones y exterminaciones

La prohibición o anatema de que se habla en el último capítulo del Levítico operaba en sentido contrario, pero siempre con el mismo fin; todo lo que, por esta especie de consagración, se entregaba a la justicia del Señor, parecía ser el asiento de las acciones irregulares más reprensibles y que, como tales, podían ser las más perjudiciales para el pueblo elegido. Así pues, todos estos objetos de anatema debían ser exterminados, para que las acciones irregulares que descansaban en ellos, al no encontrar ya asiento, se vieran obligadas a alejarse, y ya no estuvieran en condiciones de perjudicar al pueblo.

Es aquí donde podemos aprender a no condenar tanto la tortura de Acán, la muerte de Agag por Samuel, el rechazo de Saúl, que había querido mantener a este rey impío y canalla, e incluso todas esas masacres ordenadas, relatadas en la Escritura, que abarcaban ciudades enteras con todos sus habitantes, sin distinción, y que por eso parecen tan repugnantes a ojos no preparados y desconocedores de verdades profundas, pero sobre todo a ojos para quienes el cuerpo material lo es todo, ya que Dios sólo cuenta las almas.

Por qué el inocente cae con el culpable; la exterminación de animales

Pues esta clase de personas están lejos de sospechar este gran secreto divino, del que se habla en *El espíritu de las cosas*, y por el cual la Divinidad permite a menudo que seres inocentes sean víctimas de estas terribles plagas, así como de las grandes catástrofes de la naturaleza, para que, precipitándose con los culpables, los preserven por su pureza de una mayor corrup-

ción, del mismo modo que nosotros cuidamos de cubrir con sales purificadoras las sustancias alimenticias que deseamos conservar, y que de otro modo serían destruidas por la putrefacción.

En una palabra, es en este espíritu de eliminación de las bases venenosas que podemos ver por qué, en la conquista de la tierra prometida, se recomendó tan a menudo al pueblo judío exterminar incluso a los animales, porque en este caso la muerte de los animales infectados por las acciones impuras de estas naciones preservaba al pueblo elegido; mientras que en la práctica de los sacrificios, la muerte de los animales puros y purificados atraía acciones conservadoras y salutíferas sobre este mismo pueblo.

Por el contrario, la destrucción demasiado rápida de estas mismas naciones habría expuesto al pueblo de Israel a la acción impura de todas las bestias de la tierra, porque estas naciones les servían de receptáculo y base de operaciones. Por eso Moisés dijo al pueblo (Deuteronomio 7:22): *Dios mismo echará a estas naciones de delante de ti poco a poco. No podréis exterminarlas todas juntas, no sea que las bestias de la tierra se multipliquen y se levanten contra vosotros*.

La sangre de los animales puros, la morada de las buenas influencias en la esclavitud

Esto no quiere decir que las virtudes puras y regulares estén contenidas y enterradas en la sangre de los animales, como muchos han pensado y piensan todavía, pues hay incluso algunos, como los indios, que creen que espíritus de toda clase se colocan allí para habitarlos; pero sólo se trata de presuponer que todas estas acciones puras y regulares están ligadas a las clases e individuos de estos animales, y que rompiendo la base que las fija, pueden llegar a ser útiles al hombre. Es en este sentido que debemos entender en el pasaje de Levíticos (17:11)[4] que *la sangre fue dada para la expiación del alma*; porque no debemos confundir el alma de la carne, y por consiguiente el alma de los animales, con las acciones regulares y externas que los gobiernan.

Pero de esta especie de servidumbre y coacción en que se encuentran este tipo de acciones, se sigue otra consecuencia justificada de antemano por el penoso estado del hombre, y por esta especie de reprobación que le acompaña, y que visiblemente le anuncia como criminal. Esta consecuencia es que si el hombre necesita que todas estas acciones sean libradas, para que él mismo pueda comenzar a recobrar su libertad, si, en una palabra, él es el objeto por el cual la ley las pone en movimiento, debe haber tenido algo que ver con la revolución que las sometió.

[4] *"Porque la vida de la carne está en la sangre, y yo os la he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras almas; porque es la sangre, por razón de la vida, la que hace expiación."*

El Hombre causó la esclavitud de estas virtudes o influencias

El conocimiento que el lector puede haber adquirido ahora sobre el hombre hace que esta consecuencia sea muy natural. Si hemos podido considerarlo más arriba como un rey, si obtuvo su origen de la fuente de la luz, si lo reconocemos como creado a imagen y semejanza de la divinidad, y como teniendo que ser su representante en el universo, debe haber sido superior a todas estas diversas acciones que ahora son empleadas en la preservación de la de las cosas.

Ahora bien, si de él esperaban estas diversas acciones su sabia administración para mantenerlas en su orden y uso originales, es decir, para desarrollar y manifestar en ellas las maravillas divinas de las que eran depositarias, y que debían servir para los sacrificios de gloria; es necesario que, habiéndose extraviado él mismo, su caída haya arrastrado a todas estas diversas acciones o potencias a un estado de sujeción y violencia para el que no fueron hechas, y que es para ellas una especie de muerte.

Y así vemos en las tradiciones de los hebreos, que eran como los primogénitos de los pueblos, que las prevaricaciones y el endurecimiento del Faraón obligaron a la justicia, no sólo a abatirlo a él mismo, sino también a abatir a todos los primogénitos de su imperio, desde los hombres hasta las bestias, y desde el hijo del que estaba en el trono hasta el hijo del siervo y de la esclava.

La ofrenda del primogénito

Siguiendo este terrible ejemplo de venganza ejercida sobre Egipto, vemos que los hebreos reciben la orden de consagrar a Dios todos sus primogénitos, desde el hombre hasta la bestia.

Esta conexión es un indicio más a favor de la opinión que hemos expuesto sobre el propósito y el espíritu de los sacrificios; pues la consagración del sacerdote, que en sí misma parece mostrar el significado de todas las demás consagraciones, no se realizaba sin la inmolación de un carnero.

Si continuáramos esta comparación, veríamos que, por el crimen del hombre, todos los primogénitos, todos los principios producidos en todos los géneros fueron sepultados con él en su abismo; pero que, por el amor inextinguible de la sabiduría suprema, recibió el poder de restablecer sucesivamente todos estos principios en su lugar, y luego de restablecer a su vez a sus semejantes, y hacer sabatizar las almas, al igual que había recibido el poder de sabatizar la naturaleza.

En una palabra, se vería que los sacrificios sangrientos tenían este doble propósito, ya sea devolviendo a su libertad original todas aquellas acciones puras y regulares que la prevarica-

ción ha hecho descender y adherirse a las diversas clases de animales y otros seres que componen la naturaleza, ya sea poniéndolos en posición de procurar alivio al hombre y liberarlo de las cadenas en las que lo vemos languidecer todos los días.

El Éxodo,
la dualidad fundamentada en la naturaleza del Hombre

Pues en el ejemplo que acabamos de citar, es siempre el hombre el que debe ser el objeto; sólo que hay que tener en cuenta que los dos tipos que le conciernen están divididos entre dos naciones diferentes, los egipcios y los hebreos, uno de los cuales representa al hombre en su caída y su reprobación, y el otro lo representa en su ley de liberación y de retorno a esa posición sublime de la que descendió.

Sin embargo, no utilizamos las leyes y ceremonias de los hebreos como fundamento de la teoría que exponemos. Esta teoría se basa ante todo en la naturaleza del hombre antiguo y actual, es decir, en nuestra grandeza y nuestra patria; y cuando, más tarde, esta teoría encuentra sobre la tierra testimonios que la sustentan y la confirman, los utiliza, no como pruebas, sino como confirmaciones.

De ahí que no necesitemos recurrir a las Sagradas Escrituras para descubrir hasta dónde se remonta el origen de los sacrificios. Para los sacrificios de gloria, se remonta al tiempo anterior a la prevaricación del hombre; para los sacrificios cruentos y los de expiación, se remonta al momento en que el hombre culpable comenzó a ver que se abría ante él el camino de su liberación, y éste es el momento mismo en que se le permitió venir a habitar la tierra, ya que antes, sepultado como el niño en un abismo, no habría podido disponer de materia alguna para los sacrificios, ni siquiera teniendo uso de sus propias facultades.

Las relaciones del Hombre
con la naturaleza y los animales

Su destino original era estar ligado a toda la naturaleza mientras durase el trabajo que habría tenido que realizar si hubiera permanecido en su puesto. A pesar de su caída, seguía atado a esta misma naturaleza de la que no podía escapar, y cuyo doloroso peso aumentaba aún más por el imperio que el hombre había permitido que su enemigo se apoderara de ella y de él. De este modo, el hombre sólo estaba atado a esta naturaleza por el tormento que le causaba, identificándose él mismo, por así decir, con el poder de las tinieblas. Finalmente, cuando se le abrió el camino de vuelta, estos medios saludables sólo podían actuar a través del órgano y del canal de esta naturaleza en la que se había enterrado en lugar de dominarla.

Así pues, la relación entre el hombre y los animales es indestructible hasta que la naturaleza haya completado su curso; pero esta relación cambia de carácter según las diferentes épocas

en que se encuentra el hombre. En la época de su gloria, reinaba como soberano sobre los animales; y si ya entonces el pensamiento puede hacernos presumir la existencia de sacrificios, éstos no podían tener por objeto la rehabilitación del hombre, como hemos dicho, puesto que éste no era culpable.

En el momento de su caída, se convirtió en víctima de estos mismos animales, así como de toda la naturaleza.

En el momento de su liberación, tenía el permiso y el poder de utilizarlos para su avance; un hecho que no podemos dudar, de acuerdo con todas las observaciones precedentes.

Ahora que estos fundamentos se han asentado sobre una base sólida, es fácil encontrar una gran confirmación en las Sagradas Escrituras.

El significado espiritual y correspondencia de los sacrificios mosaicos

El primer hombre, en su estado glorioso, parece tener plena autoridad sobre la naturaleza, y especialmente sobre los animales, ya que incluso se le concedió el don de aplicarles los nombres esenciales y constitutivos que les pertenecían; después de su caída, la tierra fue maldecida, y se estableció la enemistad entre la mujer y la serpiente. Pero tan pronto como fue enviado a cultivar la tierra, y tan pronto como su generación comenzó a extenderse, vimos sacrificios de animales en uso en su familia, una poderosa indicación de que él mismo los practicaba, y que transmitió esta práctica a sus hijos, desde donde luego se extendió por toda la tierra.

Tampoco es difícil ver cómo esta institución, tan saludable en su principio y en su fin, habría aportado tantas ventajas al hombre si éste la hubiera seguido en su verdadero espíritu; para ello bastaría con volver la vista a los sacrificios restablecidos en tiempo de Moisés, y reconocer que, observándolos fielmente, el pueblo no se habría abandonado nunca, y habría atraído sobre sí todos los bienes de que entonces era susceptible, puesto que las potencias y las luces divinas lo habrían rodeado siempre.

Lo primero notable que se desprende de los reglamentos relativos a estos sacrificios es que eran mucho más numerosos y sustanciales en las tres grandes fiestas de los hebreos: en la Pascua, en la fiesta de las semanas o primicias y en la fiesta de los tabernáculos. Estos tres períodos solemnes, tan instructivos por los acontecimientos que relataban, los tiempos fijos en que se celebraban y la conexión que tienen con la historia espiritual y la regeneración del hombre, muestran cuán importantes debían ser los sacrificios allí celebrados, ya que parecían contribuir naturalmente al desarrollo de tan grandes objetivos.

Para apreciar mejor la relación de estas tres fiestas principales con la historia espiritual de la regeneración del hombre, debemos mantener constantemente los ojos fijos en nuestra propia naturaleza, y reconocer que como estamos caracterizados espiritualmente por tres reinos o tres facultades eminentes y constitutivas, que requieren otros tantos desarrollos en cada una de las tres clases terrenas, espirituales y divinas por las que pasamos, es cierto que todos los medios y todas las leyes que cooperan en nuestra regeneración deben seguir un curso que esté en conformidad con este mismo número, y análogo a la clase de regeneración terrestre, espiritual y divina por la que pasamos, es cierto que todos los medios y todas las leyes que cooperan en nuestra regeneración deben seguir un curso que esté en conformidad con este mismo número, y análogo a la clase de ayuda que nos es necesaria, según la relación que se encuentra entre nuestros diversos desarrollos y el trabajo de sus períodos correspondientes.

Inciso sobre los números

Pero, para que la palabra número no asuste al lector, me detendré un momento para señalar que los números, aunque estén fijados en el orden natural, no son nada en sí mismos, ya que sólo sirven para expresar las propiedades de los seres. Así es como, en nuestras lenguas, las palabras sólo sirven para expresar ideas, y no tienen esencialmente ningún valor en sí mismas.

Sin embargo, la mente del hombre desatento ha creído que el número que expresa las propiedades del ser contiene realmente estas propiedades en sí mismo; esto es lo que ha dado tan abusivamente tanto crédito, y al mismo tiempo tanto disfavor, a la ciencia de los números, en la cual, como en mil otros ejemplos, la forma ha prevalecido sobre la sustancia; al igual que los números no pueden tener valor o existencia sin las propiedades que representan, así tampoco una palabra no vale nada sin la idea de la cual es el símbolo.

Pero aquí hay una diferencia: al ser variables nuestras ideas, también pueden variar las palabras que utilizamos para expresarlas; mientras que al ser fijas las propiedades de los seres, los números o cifras que las indican no pueden estar sujetos a cambio.

Sin embargo, aunque la matemática está lejos de conocer y utilizar estos números fijos, nos da una idea de ellos en los números libres o arbitrarios que utiliza; pues es cierto que aplica constantemente estos números libres y arbitrarios a los valores de los objetos que somete a sus especulaciones; y cuando los ha unido a estos valores, no son más que signos y representantes de ellos, y si se separaran de ellos, no serían nada. Pero fuimos nosotros quienes inventamos la matemática pura, o matemática abstraída de toda aplicación.

La naturaleza no conoce este tipo de matemáticas. La naturaleza es la unión continua de leyes geométricas con números fijos que no conocemos. El hombre, en su pensamiento, puede considerar estas leyes independientemente de sus números fijos; pero la naturaleza es la ejecución real de estas leyes, y es ajena a toda abstracción.

Ahora bien, como los científicos sólo se ocupan de las dimensiones exteriores y de la interacción de los seres, y no de sus propiedades íntimas, es evidente que no tienen necesidad de ocuparse de los números fijos, que no son más que los signos de estas propiedades. Y, en efecto, puesto que sólo se preocupan de las dimensiones visibles de los seres, o incluso de su peso, velocidad y atracción aproximados, es evidente que para alcanzar su objetivo les bastan sus números ordinarios.

Como lo que acabo de decir sobre los números basta para acabar con los prejuicios que este tipo de ciencia conlleva, vuelvo a los sacrificios.

El Éxodo, una correspondencia de la regeneración del Hombre

La primera etapa de nuestra regeneración es simplemente nuestra llamada a salir de la tierra del olvido o del reino de la muerte y de las tinieblas. Esta primera obra es esencial para que luego caminemos por la senda de la vida, del mismo modo que es esencial que la semilla fermente en la tierra y eche sus raíces, para que luego pueda seguir el curso de su vegetación y producir sus frutos. Vemos, pues, que la regeneración del pueblo hebreo comienza con la obra poderosa que lo saca de Egipto y lo coloca en los caminos que lo conducirán a la tierra prometida. Pero lo sorprendente es que el tiempo mismo viene a aportar su triple correspondencia a esta obra maravillosa, por cuanto tuvo lugar en el primer mes del año santo de los hebreos, que, comenzando en primavera, expresaba en el tiempo el paso que la naturaleza hace entonces de la languidez y muerte del invierno a días más activos y fértiles.

Es cierto que los hebreos no ofrecieron ningún holocausto en aquella época, porque, como el hombre, en el primer acto de su liberación, eran todavía impotentes e ignorantes de su ley, que actuaba sobre ellos sin que lo supieran, del mismo modo que actúa sobre un niño que viene al mundo.

Sin embargo, sacrificaban un cordero en cada casa, y aunque no era en la forma de los sacrificios que se han establecido desde entonces, había sin embargo en esta ceremonia una virtud que era efectiva y una iniciativa para todo lo que iban a hacer en el futuro; de modo que, en este famoso período, vemos cuatro cosas importantes sucediendo al mismo tiempo; a saber: la vocación del hombre a la vida terrena, la liberación del pueblo elegido, el renacimiento de la naturaleza y el derramamiento de la sangre de los animales; y estas cuatro cosas no podían concurrir juntas de una manera tan marcada sin tener una íntima correspondencia.

El cordero

Hay que notar incluso que la inmolación del cordero fue el acto preparatorio previo a la liberación de los hebreos; y esta circunstancia nos hace presumir cuán puras y regulares son

las acciones ligadas a esta especie de animal, y liberadas por su inmolación, puesto que fue respetada por el ángel exterminador y se convirtió en el medio de protección que Dios utilizó para preservar a los hebreos de todos los azotes de su justicia.

Esto nos recuerda, con suficiente evidencia, lo que dijimos anteriormente, a saber, que la sangre es el sepulcro del hombre, y que necesariamente debe ser liberado de ella para dar el primer paso en la gran senda de la vida. Esto nos dice también que, de todos los animales, el cordero es el que tiene la relación más extensa y más provechosa con la regeneración o liberación del hombre; y que es el cordero cuya inmolación podría proporcionarle las mayores ventajas, preparándole él mismo, por medio de las virtudes secretas del sacrificio, para salir más glorioso y más seguro de su propia sangre.

Incluso podemos encontrar alguna prueba en favor de esta verdad en la simple clase material, donde vemos que la especie de ganado a la que pertenece el cordero es la que más bienes ofrece a nuestros cuerpos, y la única que basta para nuestras primeras necesidades, proporcionándonos alimento, vestido y luz. Tampoco es inútil añadir que esta especie de ganado sólo provee a nuestras necesidades pasivas, a aquellas de nuestras necesidades que pueden compararse a las necesidades de la infancia del hombre, o del hombre en privación; pero que no nos presta ninguno de los servicios activos que necesitamos en otra época, y que nos son administrados por medio de las otras especies de animales.

Esta es una de las razones por las que sólo el cordero fue sacrificado en el momento de la salida de Egipto, ya que en ese momento el pueblo elegido apenas estaba naciendo, y en términos temporales representaba la infancia corporal y espiritual del hombre, al igual que la primavera representaba el nacimiento y la infancia de la naturaleza.

La Pascua, su carácter triple: el primer período

Esta época primaria tenía a la vez tres características; era conmemorativa de la llamada del primer hombre a la vida terrestre; era la llamada real del pueblo elegido a la ley del espíritu, y era una señal profética de nuestro futuro renacimiento en la ley de Dios, y este triple carácter se encuentra en todas las épocas que recorreremos, porque todas están ligadas entre sí en el cumplimiento del número que representan, y porque así se convierten sucesivamente en:

1) conmemorativas ;
2) reales o efectivas ;
3) figurativas o proféticas.

La Ley, su correspondencia espiritual: el segundo período

Así vemos que a esta época primaria le sigue una segunda época, en la que el pueblo hebreo recibe la ley en el monte Sinaí. Todas las relaciones anteriores se encontrarán en este período.

Después que hemos sido llamados a la vida terrestre, hay una edad en que el espíritu establece su primera conexión con nosotros y nos comunica sus primeros rayos. Después que el primer hombre fue arrancado del abismo en que le había sumido el crimen, y obtuvo, por la muerte de Abel y la penitencia, la entrada en los caminos de la justicia, recibió los consuelos que nos indica el advenimiento de su hijo Set, que atrajo sobre su familia el primer depósito de los dones que la suprema misericordia se digna conceder todavía al género humano.

Aunque no sepamos cuándo el primer hombre, que no era un niño, recibió las primeras lecciones de la gracia, sabemos que, para el hombre en particular, es alrededor de los siete años cuando aparecen los primeros gérmenes del espíritu, y que, por tanto, los frutos de estos gérmenes podrían desarrollarse naturalmente en épocas que corresponden a múltiplos de este número.

Sabemos también que la Ley fue dada al pueblo hebreo cuarenta y nueve días después del paso del Mar Rojo; sabemos que este período coincide con el tiempo en que se produjeron los primeros frutos, y que la fiesta que se instituyó con este fin se llamó Fiesta de las Semanas y Primicias.

Finalmente, sabemos que esta ley se rociaba con la sangre de los holocaustos y de las víctimas pacíficas, y que las víctimas se tomaban de entre el ganado o los terneros (Éxodo 24:5: "*Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz al Señor*"). Todas las comparaciones que resultan de esto son fáciles de hacer, según los principios establecidos anteriormente.

Las siete formas o poderes espirituales: el segundo período continuó

Al recordarnos aquí la base universal de las siete formas de la naturaleza eterna, el número siete contenido en el cuarenta y nueve nos mostrará el juego y la operación de las siete potencias espirituales sobre los hombres elegidos para abrirles la senda de las obras vivas, estando esta operación también marcada en este mismo tiempo por la producción de las primicias de la tierra, o por los primeros frutos. Y no debe caber duda de que esta ley actuó por medio de las potencias de este número sobre el primer hombre, como todavía lo hace sobre los hombres individuales, y lo haría seguramente de una manera más sensible y más positiva si, a pesar de la ayuda con que la sabiduría nos ha dotado desde el principio, no

estuviéramos diariamente llenos de falsas sustancias que nos mantienen habitualmente en falsas medidas, e impiden que las verdaderas actúen sobre nosotros.

En aquel tiempo era sangre de terneros la que se derramaba; en el primer tiempo era sólo sangre de corderos.

En el primer período, que era sólo el de la liberación, la sangre del cordero servía como órgano de la obra de misericordia que se realizaba entonces sobre el pueblo y que estaba indicada por la mansedumbre de la cual este animal es el símbolo; pues es en el estudio de las características aparentes de los diversos animales que podemos ver alguna claridad en relación con las acciones que los rigen, y las obras a las cuales deben contribuir según el plan de la sabiduría.

En el segundo período, el pueblo, hallándose en medio de los desiertos y de regreso a su patria, necesitaba mayor fuerza para poder resistir a sus enemigos; y todo nos lleva a creer que la sangre de grandes reses, derramada en esta circunstancia, es indicio suficiente de que éste era el objeto de la inmolación de este tipo de víctimas.

En el primer período, el pueblo no tenía nada que hacer; sólo debía seguir al espíritu que lo hacía todo por él, del mismo modo que las madres y las nodrizas lo hacen todo por los lactantes. Así que seguía sin tener ley.

En el segundo período, se consideró que el pueblo era capaz de actuar por sí mismo, y fue entonces cuando se le dio la ley y se le enseñaron todos los preceptos, para que pudiera regular su conducta de acuerdo con estos preceptos durante los difíciles viajes que aún tenía que realizar.

Era, pues, natural que la misma sabiduría que le dio las leyes le diera también la fuerza necesaria para cumplirlas, y esto es lo que nos muestra el sacrificio de los becerros, sin mencionar aquí la fuerza espiritual que recibió de los prodigios realizados en su presencia en la montaña, ni la fuerza que podía esperar de la ordenación de sus sacerdotes, que sólo tuvo lugar después de la promulgación de la ley, y por así decir, después de la emancipación del pueblo, y sólo para completar y consolidar este segundo período. Pues Moisés había sido ordenado directamente y sin la intervención del ministerio de los hombres, ya que debía ser como el Dios del Faraón, y tomar a Aarón por profeta (Éxodo 7).

Es cierto que esta segunda época es a la vez conmemorativa, actual y figurada, como lo fue la época primaria; sólo hay que observar que cada una de estas relaciones se eleva un grado, puesto que la segunda época parte de un punto un grado más avanzado que la época primaria; hay que prestar atención a esto cuando se consideran las épocas siguientes que, procediendo siempre por matices contiguos, elevan constantemente sus operaciones, pero conservan su carácter.

La Fiesta de los Tabernáculos: el Tercer Período

El tercer período, en el sentido restricto con que lo tratamos por el momento, no nos es conocido por ningún hecho histórico en la Sagrada Escritura. Sólo se nos indica por la solemnidad de la fiesta que fue ordenada para celebrarlo, y que se llama la fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta, que no tiene ningún acontecimiento actual que consagrar, se nos presenta también en la Escritura (Levítico 23:43)[5] sólo como conmemoración de un acontecimiento anterior, es decir, para recordar al pueblo que Dios le había hecho vivir en tiendas después de haberle liberado de la servidumbre de los egipcios.

Pero no será un error decir que el curso de la regeneración no estaba entonces suficientemente avanzado para que este período presentara a la mente del pueblo todo lo que contenía, y particularmente la estación que el hombre está obligado a hacer por un tiempo en las regiones intermedias, entre su morada primitiva y su actual morada, cuando deja su envoltura corporal que es para él su tierra de Egipto, y donde mora su sangre que es para él un verdadero Faraón.

La Fiesta de los Tabernáculos, presagio del futuro adviento del Reino Espiritual

Ahora bien, esta fiesta, la más importante de todas por el número de víctimas ofrecidas, era la expresión profética y figurada de todas las cosas buenas que esperaban al pueblo en los diversos tiempos venideros, pero de las que no podían tener ni idea, pues ninguno de esos tiempos había llegado para ellos.

Podemos juzgar la grandeza de estas bendiciones por la época del año en que se celebraba la fiesta: era en el séptimo mes, era después de la cosecha de todos los cultivos, era en la renovación del año civil, aunque estaba a mitad del año santo.

Por lo tanto, podemos ver con confianza el fin del ciclo de las cosas temporales, el advenimiento del reino del espíritu, y la inmensidad de los dones y tesoros que resultan del desarrollo de todos sus poderes, y esto en todos los períodos consecutivos e intermedios entre el tiempo de la institución de esta fiesta y la terminación del gran ciclo.

Ni siquiera necesito recordar las propiedades características del septenio; basta nombrarlo para tener la certeza de que la fiesta en cuestión debió de ser mucho más profética que conmemorativa para los sabios de la época, aunque para el pueblo fuera más conmemorativa

---

[5] *"…para que sepan vuestros descendientes que en tabernáculos hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto."*

que profética. Añadamos sólo para instrucción de aquellos cuya inteligencia está abierta a los principios de los que los números son los signos, que este septenario actúa en esta tercera época más completamente de lo que lo hizo en la segunda, que sólo fue una iniciación a la ley, en lugar de ser la tercera que es el cumplimiento del tiempo de esta ley.

En la segunda época, por lo tanto, el septenario todavía está actuando, por así decir, sólo dentro de sí mismo y dentro de su propio ciclo; mientras que en la tercera época ha hecho penetrar su operación en todo el ciclo de las cosas por medio de los seis meses lunares, en el curso de los cuales ha extendido y desarrollado sus poderes; lo que recuerda las seis operaciones primitivas de la creación, llevadas a su fin por el Sabbath, y lo que indica la gran época sabática por la cual el gran ciclo de la duración del universo debe llegar a su fin y restaurar la libertad a las criaturas.

La Ley de los Sacrificios continuó

Una segunda verdad fundamental que podemos exponer aquí, y que está ligada a la que expusimos antes, es que durante el reinado de la ley de los sacrificios todo se hacía por transposición, porque el hombre estaba demasiado lejos de la verdad para que ésta pudiera unirse con él directamente.

La serpiente de bronce, las oblaciones, las inmolaciones, incluso los viajes del pueblo hebreo de un país a otro, son pruebas suficientes para demostrar que ésta era la naturaleza de esta ley; y esta ley se hace evidente cuando reconocemos que el hombre, estando ligado por su crimen a acciones divididas, aunque análogas, sólo por la reunión de estas acciones análogas podía el hombre liberarse del doloroso yugo de su división.

Pero esta ley, a medida que avanza, parece volverse cada vez más benéfica para el pueblo elegido que ha de ser reconocido como el tipo del hombre. Así vemos una progresión de gracias, de actividad y de favores, siguiendo la progresión de las fiestas y de los períodos, como ya hemos notado; también el sacrificio perpetuo, mientras ofrecía la conmemoración de la liberación de Egipto, mostraba sin embargo al mismo tiempo la continua vigilancia del amor supremo sobre su pueblo al que nunca quiere abandonar.

También los holocaustos extraordinarios, que se le unían en el tiempo de las tres grandes fiestas, tenían por objeto hacer descender sobre el pueblo las virtudes activas que podían corresponder al plan de estos diversos tiempos; porque se veían allí toros, carneros, siete corderos, independientemente de todas las ofrendas que se unían universalmente a los holocaustos.

Así es como se sembraron en este pueblo los gérmenes que debían comenzar a dar sus primeros frutos en la era siguiente, y que no podían sembrarse en él durante su estancia en

Egipto, porque este pueblo debía ser purificado de antemano, ya que la morada de la muerte no es susceptible de recibir la semilla de la vida.

Los nombres primitivos de los animales podían revelar, en los Sacrificios, su naturaleza e influencia

Indudablemente, si el velo no estuviera tendido como lo está, sobre la naturaleza y las propiedades de los animales, veríamos la razón final y positiva por la que los carneros, los toros y los corderos se utilizaban con preferencia a otros animales en todos estos sacrificios. Por medio de detalles específicos justificaríamos este principio fundamental y general de que, debido a su conexión con acciones externas, estas clases de víctimas estaban destinadas, mediante el derramamiento de su sangre, a traer al pueblo las diversas acciones de las que son emblema y tipo, y que al hacerlo colocaban cerca de ellos poderes representativos que un día recibirían del Espíritu mismo, y de los cuales estaban todavía demasiado alejados.

Pero ya no disponemos de los nombres primitivos de estos animales, y sólo este conocimiento podría arrojar una luz brillante y luminosa sobre las diferentes especies de animales admitidos al rango de víctimas, así como sobre las diferentes especies de productos vegetales que servían de ofrenda en los sacrificios; pues si los números verdaderos expresan las propiedades de los seres, los nombres verdaderos las expresan con mayor exactitud aún, ya que son el órgano activo. Esto es lo que caracterizaba antaño la preeminencia del primer hombre, y esto es lo que debe caracterizar hoy, al menos en parte, la preeminencia del verdadero sabio o del verdadero dispensador de las cosas divinas si quiere cumplir útil y eficazmente el ministerio del Señor.

Las palabras hebreas en sí son de poca ayuda para comunicar luz sobre este gran objeto. Sólo procedían de un modo activo para los nombres de los hombres, es decir, en relación con las generaciones del pueblo elegido y sus ministros, como vemos en los nombres característicos de los patriarcas y los profetas, porque era el hombre el principal interesado en este modo de elección y restauración. Pero como el tiempo de la gran restauración de la naturaleza no ha llegado todavía, los nombres de las plantas y de los animales no van más allá en hebreo de lo que en otras lenguas, y sus verdaderos nombres están todavía enterrados en la lengua que Jakob Böhme llama la *lengua de la naturaleza*, hasta que se levanten los sellos.

Sólo podríamos repetir y extender la idea general que hemos expuesto más arriba, y esta idea sería que en la espantosa conmoción que experimentó la naturaleza durante el error criminal de los primeros prevaricadores, hubo substancias y especies, tanto minerales como vegetales y animales, que se conservaron mejor que las otras, es decir, que permanecieron depositarias de una porción mayor de las propiedades vivas y poderosas del estado primitivo de las cosas; y que estas substancias habrán sido sin duda utilizadas con preferencia en los sacrificios y en todas las demás partes ceremoniales del culto religioso, por ser capaces de prestar mayores

servicios al hombre, ya que estaban más estrechamente relacionadas con el primer pacto. Pero esta idea necesitaría ser aclarada por un conocimiento más completo de este primitivo estado de cosas, por lo que sólo la señalamos.

Circuncisión, su razón y efecto

Pasemos a una objeción que se puede hacer a la clave que hemos presentado para explicar los sacrificios.

Si los sacrificios obraban en favor del hombre por medio de sus correspondencias, si el derramamiento de la sangre de las víctimas era el medio establecido para cumplir este objeto, ¿cómo es, puede decirse, que la circuncisión no ocupó el lugar de todos los sacrificios? Porque en esta circuncisión, siendo derramada la sangre del mismo hombre, parecería tener que obrar por él más eficazmente que en todas las demás víctimas, a causa de la superioridad de sus correspondencias. He aquí lo que podemos responder.

La virtud de los sacrificios deriva de la convicción

Aunque los sacrificios cruentos actuaban por sus correspondencias, sacaban, sin embargo, su virtud radicalmente del deseo del ministro y del de los fieles que se unían a él; porque entonces el deseo divino mismo venía a aliarse con el de ellos. Ahora bien, como en ningún caso este deseo, que es la verdadera fe, puede prescindir de un fundamento, la sangre de los animales ocupaba su lugar y le ayudaba a llegar más alto, en espera de que este deseo se apoyara en el fundamento completo y en el corazón divino que dirigía secretamente todos estos sacrificios y que debía coronarlos al final.

La convicción; la diversidad de las formas

Pues se puede observar de paso que la necesidad de un fundamento sobre el cual descansar nuestra verdadera fe o nuestro deseo es la clave de todas las diversidades de sacrificios, ya sean sangrientos o no, así como de los diversos ídolos y de los diversos cultos que se honran en la tierra: todas las cosas en las que vemos que las naciones tienen la misma fe en el fondo, y sólo se equivocan en la base de su fe; pero siendo tan importante la elección de este fundamento, puesto que debe conducirle, por correspondencias fijas a un verdadero centro, ya sea natural, espiritual o divino, no es de extrañar que siendo tan grandes los errores de las naciones en este género, sus tinieblas sean tan universales.



La circuncisión, no como base de convicción, sólo como iniciación

La circuncisión no podía servir de base a este deseo ni a la fe, puesto que se realizaba en los primeros días del nacimiento; y sólo se realizó en Abrahán, en su edad madura, porque este patriarca no había sido elegido de niño para ser cabeza de la raza elegida, y además tenía que entrar libremente en la alianza. Por tanto, sólo representaba las primeras etapas de su reconciliación.

Sin embargo, aunque el niño no pudiera tener deseo o fe verdadera, no hay duda de que la sangre del hombre derramada en la circuncisión de los niños tenía un efecto; pero este efecto se limitaba, por así decir, a operar en ellos una especie de ablución, como si los cortara, por así decir, de este régimen de sangre en el que el crimen del hombre nos ha sumido a todos; e iniciándolos así en la obra activa y efectiva a la que su deseo o su fe deberían emplearlos voluntariamente un día. Era también más bien un efecto figurado de la gran circuncisión o de su liberación corporal que un efecto vigorizante y regenerador, como lo era el de los holocaustos donde la fe tenía al menos una especie de acción, donde la víctima pura era inmolada, y donde el pleno desarrollo de todas las correspondencias de las acciones regulares tenía el poder de devolver al hombre algunos de sus derechos y goces.

Además, ya hemos visto que la muerte del hombre era el único sacrificio sangriento que podía devolverle a la plenitud de sus relaciones, y al camino perfecto de su retorno a su principio. Puesto que el principio de la vida animal no fue cortado por la circuncisión, la sola observancia de esta ley no podía hacer descender sobre el hombre acciones poderosas y restauradoras; y si la sangre de los animales no hubiera sustituido a la suya, habría permanecido durante toda su vida en la misma privación y en la misma servidumbre.

Sin embargo, como hemos dicho, esta circuncisión no fue en vano, ya que era una especie de iniciación en grados que el hombre aún no podía disfrutar. Pero precisamente porque era una especie de iniciación, tenía que hacerle susceptible de recibir sus frutos progresivos, y de hecho tuvo este efecto en su favor, en el sentido de que abrió su sangre a todas las acciones regulares que los sacrificios de animales podían atraerle.

Por eso, cuando el poder divino consagró e hizo parte de las santas leyes del pueblo judío esta práctica que tal vez ya estaba en uso entre otros pueblos, pero que no se aplicaba a su verdadero fin, esta ceremonia fue tan severamente recomendada. Por eso se excluía de los sacrificios a todos los incircuncisos, porque las acciones regulares que estos sacrificios atraían, al no encontrar el camino abierto para penetrar en el principio de la vida, habrían actuado enérgica y violentamente contra los infractores de la ley, en lugar de actuar para su salvación, y los habrían exterminado de entre el pueblo.

Antes y después del Diluvio

De este principio se desprendería que, puesto que la circuncisión parece haber tenido lugar sólo después del diluvio, todos los sacrificios realizados con anterioridad eran inútiles y no podían producir ningún fruto. En primer lugar, si no tenemos ninguna prueba de que esta práctica estuviera en uso antes del diluvio, tampoco la tenemos en sentido contrario; en segundo lugar, admitiendo que fuera de hecho posterior al diluvio, la dificultad desaparece en cuanto reflexionamos sobre la diferencia del estado en que se encontraba el género humano en estos dos períodos: esto debe aplicarse también a los animales.

Antes del diluvio, el hombre gozaba de todas las fuerzas de su naturaleza animal y corporal; esta envoltura temporal, que se le da para que le sirva de órgano para las acciones y virtudes superiores que necesita, estaba más en consonancia con el plan de restauración que se había establecido para él; y estando, en consecuencia, más abierto a las influencias restauradoras, podría, según esta probable conjetura, no haber necesitado la circuncisión para que éstas encontraran acceso a él.

Por otra parte, los animales que gozan de una cantidad de vida más considerable que la que han disfrutado desde el diluvio, deberían todavía, por la efusión de una sangre más virtual, reforzar la operación y hacer tanto menos necesaria la ayuda que esta operación parecía esperar de la circuncisión en la segunda época.

En esta segunda época todo cambió. Toda la naturaleza fue atormentada y alterada por el azote del Diluvio. La especie humana, cuyos crímenes habían atraído este azote, se encontró mucho más constreñida en los grilletes de su materia; los animales mismos perdieron parte de su virtualidad por la renovación de su especie, que los hizo descender por debajo de lo que habían sido antes de que la justicia suprema tomara su venganza. Por último, ¿qué pensar de los enormes esqueletos de mamut?

Si la sabiduría no hubiera proporcionado al hombre un medio de remediar estas desastrosas consecuencias de la justicia, habría permanecido sin ningún medio de volver a su principio, y el plan del amor divino en favor del género humano no se habría cumplido, puesto que la primera iniciación en este camino de retorno no habría podido tener lugar. Ahora bien, la circuncisión, por todo lo que hemos visto anteriormente, nos parece el medio saludable que, desde el Diluvio, ha compensado las ventajas de que disfrutaban el hombre y los animales antes de aquella memorable catástrofe.

Incluso puede ser que, si las naciones hubieran observado fielmente las leyes e instrucciones que Noé les transmitió como elegido y representante del Señor, habrían mantenido una relación lo suficientemente fuerte como para hacer innecesario este nuevo medio.

Pero por la prevaricación de Cam y Canaán, y por las abominaciones cometidas en las llanuras de Sennaar, añadieron cadenas a las que habían recibido como consecuencia del Diluvio, y agravaron así los obstáculos que ya se interponían en el camino de su reencuentro con su fuente. No sería de extrañar, pues, que el amor inextinguible que los creó los hubiera seguido hasta los abismos en los que se precipitaban y les hubiera abierto una nueva ruta para acercarse a él.

Volvamos aquí a nuestras tres épocas, y observemos cómo nos son trazadas con pequeños detalles en la historia de la circuncisión de los hebreos.

La circuncisión judaica:
el primer período durante la época de Abraham

Es bajo Abraham que oímos hablar por primera vez de la circuncisión en las Escrituras; y es por medio de ésta que el Señor confirma su pacto con él y sus descendientes. ¿En qué circunstancias ordena el Señor esta circuncisión? Cuando dio a Abrahán y a su mujer otro nombre, añadiendo al suyo una sola letra del nombre sagrado con el que se había dado a conocer por primera vez a Moisés. Fue a los noventa y nueve años, cuando acababa de hacer con él una alianza tras el sacrificio y le había prometido la posesión de la tierra de Canaán; y, finalmente, fue cuando eligió por primera vez un pueblo para sí, en el que serían bendecidas todas las generaciones.

Todos estos puntos juntos nos muestran una vez más que la circuncisión tenía el poder de iniciar todo el bien que Dios quería para su pueblo, y que todas estas promesas habrían sido nulas si no hubiera abierto el camino para su cumplimiento. Abraham, sin embargo, recibió favores divinos antes de esta ceremonia, ya que fue sacado de su país donde se había introducido la iniquidad, ya que erigió altares al Señor en Betel y Mambre, e invocó su nombre, ya que fue bendecido por Melquisedec, ya que en el sacrificio sangriento que ofreció por orden de Dios recibió pruebas claras de la presencia del Espíritu; pero esto no contradice en absoluto todos los principios que se habían establecido.

Abraham fue el elegido del Señor, aunque nació entre idólatras y aunque algunos le acusan de haber comerciado con ídolos. Su corazón pudo permanecer puro, aunque su mente estuviera entregada a las tinieblas que cubrían la de sus contemporáneos. Así, los favores divinos pudieron acceder a él sin el medio secundario de la circuncisión.

Además, debemos distinguir esencialmente entre los medios utilizados para manifestar una elección por parte de Dios, y los medios utilizados para llevar esta elección a su conclusión. Los veremos perpetuamente como dos clases en todas las elecciones y épocas subsiguientes; y tenemos la prueba más fehaciente de ello en la elección de Abrahán, ya que, a pesar de todos los favores de que hemos visto de que fue objeto antes de su circuncisión, sólo después

de que se cumpliera esta ley sobre él y sobre toda su familia, recibió a tres ángeles como huéspedes, se fijó claramente el tiempo para el nacimiento de Isaac y, finalmente, al cabo de un año recibió a este hijo de la promesa, por medio del cual debía cumplirse y realizarse la alianza iniciada en Abrahán.

No se necesita nada más para convencernos de que, en la época en que oímos hablar por primera vez de la circuncisión, su propósito era ser un medio de iniciación en todas las cosas buenas prometidas por la elección; y como tal, está estrechamente relacionada con lo que hemos dicho sobre la Pascua, o el primer período del regreso del pueblo hebreo a la tierra prometida.

El Segundo Período,
durante la época de Moisés

La segunda vez que se menciona la circuncisión en las Escrituras es bajo Moisés (Éxodo 4:25)[6], donde se presume que esta ceremonia había sido descuidada, y que ésta fue la causa de la ira del ángel, especialmente desde que la circuncisión fue recomendada de nuevo con todas las otras leyes y ordenanzas que fueron dadas en el monte (Levítico 12:3)[7], de modo que consideramos esta ley de la circuncisión dada en el monte, y la circuncisión realizada en el hijo de Moisés, como siendo una y la misma vez.

El momento en que reaparece esta ley es notable por su conformidad con lo que había sucedido bajo Abraham. Fue después de que Moisés había visto la zarza ardiente, y había recibido de Dios la promesa de que el pueblo sería liberado; fue después de que él mismo había sido elegido para ser el instrumento de esta liberación, y después de haber recibido las señales más extraordinarias de su misión, que la venganza divina estaba lista para caer sobre su hijo, y que esta venganza fue detenida sólo por la sumisión de Séfora; finalmente, fue en el momento en que Moisés regresó a Egipto para comenzar su misión que esta ceremonia fue realizada sobre su hijo.

Esta comparación nos muestra con suficiente claridad que esta ceremonia debía servir como iniciación a los frutos de la promesa de liberación, del mismo modo que había servido bajo Abraham para los frutos de la elección, y que ninguno de ellos podía recogerse sin el derramamiento de sangre. Aunque los dos individuos son distintos, su sangre puede considerarse como una sola; y bajo este velo aparente, hay mil conexiones con muchas otras verdades que los ojos agudos descubrirán sin dificultad.

[6] *"Entonces Séfora tomó un pedernal, cortó el prepucio de su hijo y lo echó a los pies de Moisés, y dijo: Tú eres, ciertamente, un esposo de sangre para mí."*
[7] *"Y al octavo día se circuncidará al niño."*

Así, sin que yo exponga estas verdades a sus ojos, verán en ellas un período medio, una doble circuncisión, una conmemoración del sacrificio del hijo de Abrahán y una profecía de otro sacrificio del que todavía no es tiempo de tratar aquí. Debemos, pues, limitarnos a señalar que esta elección de Moisés y la circuncisión que la acompaña, teniendo por objeto las primicias de los frutos vivos de la promesa hecha a Abrahán en el momento de su alianza con Dios, están naturalmente ligadas a la segunda época o a la segunda fiesta de los hebreos, cuando la tierra dio sus primicias y el pueblo recibió las primicias del espíritu que son la ley; porque nunca hay que olvidar en estas comparaciones que cada trienio de épocas forma un ciclo, y que el ciclo que le precede es siempre de menor grado que el ciclo que le sigue.

Circuncisión, tercer período durante la época de Josué: sus correspondencias

Finalmente, la tercera vez que la ordenanza de la circuncisión aparece en las Escrituras es bajo Josué, cuando el pueblo estaba a punto de entrar en la tierra prometida (Josué 5:2-3)[8]. El régimen relativo a la circuncisión renovada en el monte Sinaí no había sido seguido durante los cuarenta años que el pueblo había vagado por el desierto; y todos los que habían sido circuncidados en Egipto habían perecido durante esos largos viajes. Entonces Dios renovó su régimen sobre todos los incircuncisos que quedaban, para que el oprobio de Egipto fuera quitado del pueblo; y todo el pueblo fue circuncidado en Guilgal.

No podemos dejar de observar el momento en que tuvo lugar esta circuncisión, y las muchas maravillas que la siguieron. Este momento es el de la entrada en la tierra prometida, como el momento de la circuncisión de Abrahán fue el de la entrada en la alianza o elección, y como el momento de la circuncisión del hijo de Moisés fue el de la entrada en el camino de la ley y del trabajo; y a este respecto, este tiempo está vinculado con la tercera fiesta de los hebreos, que era la de la abundancia, del disfrute de sus cosechas y del fin de todos sus trabajos.

Sin embargo, sólo está vinculado a ella en el orden temporal y terrenal, y de forma conmemorativa, pues sólo representa un cuadro profético del futuro descanso que el pueblo iba a disfrutar cuando hubiera sometido y destruido a los habitantes de Canaán, porque su entrada en la tierra prometida sólo les admitía en las batallas que iban a librar; y las victorias que iban a seguirles les habían sido indicadas por las obtenidas sobre las naciones del desierto.

Cabe señalar también que fue en el primer mes cuando tuvo lugar esta entrada en la tierra prometida, al igual que fue en el primer mes cuando se produjo la salida de Egipto o la liberación, porque aquí los dos ciclos se encontraban en el mismo punto, aunque el segundo se refería entonces a un orden de cosas más amplio y activo que el primero.

---

[8] *"En aquel tiempo el Señor dijo a Josué: Hazte cuchillos de pedernal y vuelve a circuncidar, por segunda vez, a los hijos de Israel. Y Josué se hizo cuchillos de pedernal y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot."*

Pero lo que nos muestra cuán ventajosa fue para el pueblo la circuncisión realizada en el momento de este acontecimiento es que, después de esta ceremonia, el maná dejó de caer, el pueblo pudo comer los frutos de la tierra, Josué quedó bajo la protección directa del príncipe visible del ejército del Señor, que las trompetas del jubileo se convirtieron en las principales armas del pueblo, y que al solo sonido de estas trompetas, combinado con el de la palabra, las murallas de Jericó fueron derribadas, y todo el mundo pudo entrar libremente en la ciudad por el lugar que tenía delante; todas ellas figuras significativas y proféticas de lo que le esperaba al hombre en épocas posteriores, y de lo que nos aguarda cuando estemos fuera de nuestro ciclo mixto y terrestre.

Eficacia de los Sacrificios
a lo largo de la destrucción de Jerusalén

Fue aquí, sobre todo, donde los sacrificios mostraron su poder y eficacia; pues todas las maravillas que acabamos de describir no sólo fueron precedidas por la circuncisión, sino también por los holocaustos de la Pascua que el pueblo celebró en Guilgal, y probablemente también por los sacrificios que Moisés y los ancianos (Deuteronomio 27:2-7)[9] habían recomendado realizar cuando entraron en la tierra prometida, y que el libro de Josué no menciona hasta después de la conquista de Haifa (Josué 8:30-31)[10]. Pero cabe suponer que se ofrecieron después de cruzar el Jordán, como había ordenado Moisés.

No volveremos sobre todo lo que hemos dicho acerca de la eficacia de estos sacrificios, confirmados por los maravillosos éxitos que les seguían; basta con haber establecido una vez como un principio de relación de la sangre con las acciones regulares, y la de éstas acciones regulares con las acciones superiores, para concebir la utilidad que el hombre, o el pueblo elegido, podía recibir de estas ceremonias, en relación con su liberación y su progresivo avance hacia el término de su verdadera libertad.

Es con este mismo espíritu que debemos considerar todos los sacrificios que fueron realizados por los hebreos desde su entrada en la tierra prometida hasta la destrucción de su último templo por los romanos, y es inútil para nuestro plan si seguimos la cadena y los períodos, porque todos ellos encajan en este principio establecido, y es particularmente el principio, o

---

[9] *"Y el día que pases el Jordán a la tierra que Jehová tu Dios te da, levantarás piedras grandes, y las revocarás con cal; y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley, cuando hayas pasado para entrar en la tierra que Jehová tu Dios te da, tierra que fluye leche y miel, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho. Cuando, pues, hayas pasado el Jordán, levantarás estas piedras que yo os mando hoy, en el monte Ebal, y las revocarás con cal; y edificarás allí un altar a Jehová tu Dios, altar de piedras; no alzarás sobre ellas instrumento de hierro. De piedras enteras edificarás el altar de Jehová tu Dios, y ofrecerás sobre él holocausto a Jehová tu Dios; y sacrificarás ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante de Jehová tu Dios."*

[10] "*Entonces Josué edificó un altar a Jehová Dios de Israel en el monte Ebal, como Moisés siervo de Jehová lo había mandado a los hijos de Israel, como está escrito en el libro de la ley de Moisés, un altar de piedras enteras sobre las cuales nadie alzó hierro; y ofrecieron sobre él holocaustos a Jehová, y sacrificaron ofrendas de paz*."

la clave universal que estamos tratando aquí, muy convencidos de que si se extrae de la verdad, ayudará a resolver todas las dificultades.

Pasaremos ahora a otro ámbito de observación en relación con los sacrificios; a saber, cómo se han establecido estas instituciones en todo el mundo, de formas tan diversas, y muy a menudo de manera tan abusiva y criminal.

La práctica de los sacrificios entre otras naciones; su corrupción

Es evidente que no es a la religión judaica, ni a todos los sacrificios en que se fundamentaba, a lo que debemos atribuir el uso de estas ceremonias entre las demás naciones, porque el pueblo judío era un pueblo concentrado, y como aislado en medio de los demás pueblos; no se comunicaba con ellos; que sólo perdió su existencia bajo nuestra era, y que desde entonces ha perdido el uso de sus ceremonias y de sus sacrificios; además, siendo los sacrificios practicados desde el origen del mundo, y desde el momento de su renovación hasta el final del diluvio, el establecimiento de los sacrificios entre todas las naciones no es más sorprendente que la dispersión de estas naciones que llevaron consigo los usos y las ceremonias de sus antepasados.

Ya no es, pues, la universalidad de los sacrificios lo que debe sorprendernos y ocuparnos, puesto que su fuente nos es conocida, y descansando sobre bases naturales, todos los arroyos y ríos que de ellos manan no pueden tener otro origen; sino que es la alteración que estos ríos y arroyos han sufrido en su curso lo que debe ser en este momento objeto de nuestra investigación y reflexión.

Esta alteración nunca podría haber tenido lugar si la fuente pura no hubiera existido en primer lugar, y aquellos que han atribuido el uso de los sacrificios sólo a la ignorancia y superstición del pueblo han confundido el abuso y las consecuencias con el principio, y se han privado así de los medios para conocer tanto el principio como las consecuencias. No olvidemos nunca la desgraciada situación del hombre en esta tierra de dolor y de tinieblas, situación probada por los tormentos de todos los mortales y por las lágrimas de todos los siglos. No olvidemos nunca que, si estamos rodeados de acciones regulares de las que los animales puros son los intermediarios, estamos también rodeados de acciones irregulares que tienden constantemente a introducir sus irregularidades y sus desórdenes en todo lo que está cerca de nosotros, para hacer que nos alcancen y retardar así nuestro retorno hacia la luz.

Esta imagen, desgraciadamente demasiado cierta para nosotros, se hace aún más verdadera cuando recordamos los preparativos sacerdotales que recibían las víctimas según la ley de los hebreos, y sobre todo cuando recordamos que las aves se abalanzaban sobre los animales muertos en el momento del sacrificio de Abraham, y que este patriarca las ahuyentaba.

¿Cómo, pues, suponer que en esta multitud de sacrificios realizados, tanto en la familia de Noé, como bajo sus descendientes que poblaron la tierra, no faltase nunca nada en los preparativos sacerdotales, y que las aves fuesen siempre ahuyentadas de encima de las víctimas?; ¿cómo suponer esto, digo, viendo la abominación nacida en el seno mismo de la familia de Noé, y viendo a su posteridad cubierta de tinieblas, hasta el punto de obligar a la sabiduría suprema a hacer una nueva elección? Sin embargo, bastaba una negligencia en estas importantes ceremonias para dar acceso a la acción irregular y a todos los desórdenes a los que está ligada y que engendra constantemente.

Juzguemos, pues, cómo debió de ser, si el sacerdote unió la inmundicia a la negligencia, la impiedad a la inmundicia, y los designios criminales a la impiedad; si, finalmente, él mismo preparó el camino para la acción irregular, y se unió para actuar en concordancia con ella en vez de contra ella... Seguramente esto es todo lo que se necesita para hacer surgir torrentes de horrores y abominaciones que, creciendo diariamente con progresión incalculable, deben haber inundado la tierra con sus aguas fétidas y haberla cubierto de iniquidades.

La acción irregular a la que el sacerdote habrá dado acceso en él pudo haberle extraviado de varias maneras; a veces le habrá sugerido la idea de cambiar las especies de las víctimas, y sin duda habrá sustituido las víctimas puras sólo por las que tenían más relación con sus abominables planes; de ahí que ya no sorprenda ver en la tierra tantas especies diferentes de animales empleadas en los sacrificios.

A veces, dejando al sacerdote las víctimas puras, le habrá incitado a dirigir hacia ellas el espíritu y la intención de su culto, haciéndole esperar más ventajas con ellas que con un ser celoso y severo que le retiraba todos sus favores ante la menor negligencia en las ceremonias que había instituido. Y fue sobre todo halagando su codicia de todo tipo como pudo atraerlo hacia ella, llevándolo a los abusos más desastrosos y a las abominaciones más monstruosas. A veces, finalmente, ha reunido todas estas iniquidades a la vez, y para asegurar su éxito, las ha teñido de una piedad aparente bajo cuya sombra ha conducido al hombre a prácticas repugnantes e inhumanas, persuadiéndole al mismo tiempo de que por el precio y la cantidad de sus víctimas se hacía tanto más querido a la divinidad. Además de esto, como este poder desordenado estaba así, tanto como el poder ordenado, conectado a todas las substancias y materiales del sacrificio, habrá podido apoyar y confirmar todas estas falsas insinuaciones por manifestaciones visibles, tanto más eficaces cuanto que estaban en armonía con los sentimientos interiores y los movimientos secretos que el sacerdote ya había recibido.

Consideremos, pues, al género humano bajo el yugo de un enemigo ingenioso y vigilante que sólo respira para conducirlo de error en error, y que lo ha hecho doblar la rodilla ante él en todas partes, por los mismos medios que tenía en su poder para alejarlo de él.

Hay tres clases o niveles de desórdenes y abominaciones

Podemos distinguir estos errores en tres clases; a saber:

1) las abominaciones del primer género, en las que se corrompen todas las facultades del hombre;
2) las abominaciones piadosas que sin duda comenzaron para él como las precedentes, es decir, por su propia corrupción; pero que después simplemente se impusieron a su debilidad;
3) finalmente, las simples supersticiones de la idolatría que descienden de los abusos y errores de los dos primeros tipos, pero que no tienen los mismos efectos y consecuencias.

Porque hasta podría pensarse que las supersticiones pueriles, y los abusos secundarios a los que la debilidad y la credulidad del hombre le han conducido a menudo, también han podido preservarle y evitar que cometiera crímenes más esenciales, como le sucedería si poseyera mayor ilustración y fuera depositario de mayores poderes.

Y en verdad, no es tanto de los ídolos que tienen boca y no hablan de los que debe protegerse, como de los ídolos que tienen boca y hablan; que tienen ojos y ven; que tienen oídos y oyen, etc.

El primer grado de abominaciones: engullido por los elementos

Las abominaciones asociadas a este segundo tipo de ídolos, que deben clasificarse con el primero, son las que, por ofender a la justicia en primer lugar, han acarreado muchas plagas conocidas y desconocidas a los prevaricadores de distintas épocas. Pues, ¿cuántos crímenes se han precipitado al abismo con quienes los cometieron? Lo que nos conserva la historia sagrada basta para hacernos presumir todas las demás abominaciones que nos ha ocultado.

Recordemos la prevaricación del primer hombre, cuyas consecuencias fueron un cambio absoluto para él, y le condujeron de la región de la luz a la morada oscura que habitamos; recordemos las abominaciones de su posteridad hasta el diluvio, y juzguemos por la inmensidad de los culpables que este diluvio engulló, cuántos crímenes enormes quedaron así ocultos a nuestro conocimiento. Recordemos las abominaciones de los egipcios y de los pueblos de Palestina, que atrajeron la cólera de Dios sobre estas regiones, hasta el punto de obligarle a traer contra ellos todos los elementos, todas las potencias de la naturaleza e incluso el fuego del cielo para exterminarlos.

Por último, si nos dignamos echar una ojeada a nuestro globo terráqueo, tal vez no encontremos un solo punto que no ofrezca todavía vestigios de venganza celestial contra los desgra-

ciados que han sido lo bastante necios y culpables como para unirse con el adversario de la Divinidad. Y este cuadro del globo será una historia reveladora, más cierta aún que la que nos han transmitido los libros, y nos mostrará la universalidad de los crímenes de los que éstos no nos informan, o que sólo describen en forma abreviada o incidentalmente.

Desde la manifestación de estas desgracias, las abominaciones de la primera clase también parecen haber disminuido; y si no han cesado del todo, parecen no pertenecer ya a los pueblos en su conjunto, y ser practicadas sólo por simples individuos. Pero las abominaciones del segundo tipo han ocupado su lugar, y así es como se originaron.

El segundo grado: abominaciones religiosas, ilusiones satánicas, ciencias ocultas, etc.

Por la práctica pura de los sacrificios legítimos, el operador fiel y su pueblo recibían testimonios visibles de la aprobación del poder soberano; recibían instrucciones para su marcha en la santa carrera, y respuestas a sus preguntas sobre la sabiduría y la justicia. Pero tan pronto como la negligencia o la contaminación entraban en estos sacrificios, la acción irregular entraba al mismo tiempo; se mostraba visiblemente en cualquier forma que le placiera; daba las respuestas por sí misma, y se establecía como oráculo y como la verdadera Arca de la Alianza. ¿Cuántos operarios no han sido engañados y víctimas de estas falsas apariciones, y cuántos de estos operarios no han gobernado al pueblo por medio de estas seducciones atractivas, después de haberse dejado gobernar? Esta acción irregular les comunicaba verdades, puesto que hay algunas que le son conocidas por la imprudencia del hombre; predecía acontecimientos que sucedían, respondía a menudo correctamente a sus preguntas; esto bastaba para que se inclinasen ante ella de buena fe, cualquiera que fuese la forma que adoptase y las órdenes que les diese.

No cabe duda de que éste es el origen de muchas religiones y cultos en la tierra, así como de las atrocidades con que se han acompañado piadosamente; pues debemos distinguir cuidadosamente estas abominaciones secundarias de las de primer rango que ya hemos observado, y que atacaban deliberadamente a la Divinidad en primer lugar; mientras que estas últimas no parecen tener otro efecto que extraviar al hombre y privarle del fruto de los planes de esta Divinidad, que es atacarla sólo en segundo lugar. Pero también parecen reemplazar, por su número y su inmensidad, lo que tienen de menos en su importancia.

Porque es en esta clase donde debemos colocar a todos esos profesores de ciencias ocultas, a quienes el vulgo ignorante da indiferentemente el nombre de iluminados; a todos aquellos que han tenido y tienen espíritus pitonisos, que consultan a los espíritus familiares y que reciben respuestas de ellos.

Aquí hay que incluir todos esos oráculos de los que están repletas las tradiciones mitológicas, todas esas respuestas ambiguas que dan las sibilas de todos los pueblos, y que los poetas han convertido en fundamento y nudo de sus poemas, tratando de atraer nuestro interés por sus héroes mostrándonoslos como víctimas del destino, por no decir como embaucadores de una palabra con dos significados, y haciéndoles así el juego discordante, en lugar de mostrárnoslos caminando bajo la égida de la verdadera y luminosa sabiduría.

La mayor parte de los prodigios que tienen lugar cuando los sentidos corporales se adormecen, y no cuando nuestros verdaderos sentidos se reaniman, deben incluirse aquí, dejando así al Hombre-Espíritu abierto a todas las regiones que se presentan, tanto más cuanto que tenemos razones para creer que el crimen del hombre comenzó con el sueño, y que fue porque permitió que sus verdaderos sentidos se adormecieran en el pasado que se sumió en la ilusión y en las tinieblas.

Aquí debemos clasificar todos esos caminos bastardos y falsos que se han abierto en todos los siglos y que, bajo el disfraz de la verdad, alejan a los hombres de la única verdad que todos deberían tomar como guía. Yo diría que todos estos abusos deben ser colocados en esta categoría, porque, a pesar del cese de los sacrificios en una gran parte del mundo, basta que se hayan originado en la antigua alteración de estos sacrificios para que se extiendan de siglo en siglo, e incluso produzcan nuevos errores en todo momento, dado que la fuente criminal que les dio origen está viva, y aprovecha cada oportunidad que los hombres le proporcionan para extender su reinado y lograr sus objetivos.

Hay que recordar, además, que si la mayoría de los hombres viven de buena fe bajo el yugo de estas ilusiones e iniquidades, por ignorancia y falta de instrucción, hay por lo menos otros tantos que hacen pesar sobre ellos sus pasiones y su codicia, en vez de hacer pesar sobre ellos su virtud, y que, acercándose así a las abominaciones del primer género, nos muestran cuán fundadas han sido y serán en todos los tiempos las lamentaciones de los profetas.

Tercera clase de desorden:
superstición, idolatría, confección de santos, imágenes, etc.

Finalmente, la tercera clase de estas abominaciones es la de la superstición y la idolatría de todas clases. Las formas de todas clases que la acción irregular pudo tomar prestadas para alterar los sacrificios y engañar al hombre fueron las fuentes principales de la idolatría material, porque los operadores que recibían estas manifestaciones se inclinaban, por una inclinación natural, a honrar las de los animales vivos, y todas las otras substancias naturales que tenían relación con las formas en que la acción irregular se había manifestado; y éste es el origen de la adoración de tantos pueblos por diferentes seres y por diferentes objetos de culto.

De ahí a la idolatría figurada o a la idolatría de las imágenes hay sólo un paso, ya que mil circunstancias han obligado a menudo a sustituir al ídolo mismo por la imagen del ídolo, y la veneración del pueblo ha pasado con bastante facilidad del ídolo a la imagen y a la estatua.

El origen de esta idolatría también es similar, ya que a menudo se confundía al operador con el propio ser objeto del culto. En el norte, hay dos Odines, uno el Dios supremo, el otro el conquistador; del mismo modo, hay dos Júpiter entre los griegos, dos Zoroastro entre los persas, dos Zamolxis entre los tracios, etc. (Edda, 1787, p. 59).

El origen de la superstición popular no está más velado, y no es culpa de sus profetas que los judíos hayan caído en toda clase de idolatría, puesto que el Dios supremo se distingue tan claramente en sus escrituras, y particularmente en los salmos, de todo lo que los hombres han tomado desde entonces por Dios. Pero a medida que el hombre se acerca a los sacrificios, alterados o no, y a todas las ceremonias practicadas en las abominaciones secundarias, habrá visto que en tales y tales circunstancias, con tales y tales preparaciones de las víctimas, finalmente con tal y tal arreglo y disposición de las sustancias, se lograba tal y tal resultado. Pronto habrá separado de todas estas formas el espíritu que debía dirigirlas y darles todo su valor; y habrá esperado de esta forma, de esta sustancia, de esta ceremonia aislada, lo que ellas le habían devuelto cuando estaban animadas por su verdadero motivo.

Podemos ver cómo la gente ha llegado a consultar las entrañas de las víctimas, hasta el más mínimo movimiento que hace un animal cuando es sacrificado, el vuelo de los pájaros, los talismanes, las cifras, los amuletos, el encuentro de tal o cual objeto; en resumen, esta multitud de signos naturales a los que la opinión, la ansiedad y la codicia han prestado por doquier una importancia y un valor que ya no tenían.

Todos estos tristes cuadros bastan para mostrar a qué extravíos se expone el espíritu del hombre cuando deja de velar contra la acción irregular que, después de haberlo extraviado en el tiempo de su gloria, lo extravió de nuevo en el tiempo de la institución de los sacrificios establecidos para su regeneración, y propagó sus desórdenes de tal modo que el hombre no puede ya conocer la morada de la paz hasta que su morada no sea absolutamente renovada.

A estas observaciones hay que añadir los dones que siempre se ofrecían al vidente, a imitación de las ofrendas que se hacían en el templo a manos de los sacerdotes. Estos dones y ofrendas comenzaban por participar de la virtud del sacrificio; luego se convertían en órganos inferiores de correspondencia; y finalmente, en meros objetos de especulación para la avaricia y el engaño.

Las leyes son progresivas según su orden y objetivo

Todas las leyes dadas al hombre desde su pecado han tenido por objeto su elevación. Por eso la ley está siempre por debajo del punto al que debería conducir al hombre, aunque esté por

encima del punto en que lo encontró: por eso también estas diferentes leyes habrían ido siempre en aumento, si el hombre no hubiera detenido a menudo su curso por sus desviaciones; pero habiendo él mismo multiplicado constantemente sus caídas y sus tinieblas, ha hecho caer sobre sí leyes rigurosas y leyes de apremio en momentos en que debería haber recibido leyes suaves y llenas de consuelo.

La ley dada a Adán

Después de la primera expiación del primer hombre culpable, se le dio una ley, y era ciertamente más amplia y brillante que la que se dio a los israelitas después del Diluvio. Era el nombre propio de Dios el que regía la primera; era sólo el nombre representativo el que regía la segunda. Véase Pablo (Gálatas 3:19)[11] donde nos dice que *esta ley fue dada por los ángeles a través de un mediador*.

Además, Adán, aunque culpable, solo estaba privado de sus gozos primitivos; ya no estaba contaminado por el pecado, que había sido lavado por el bautismo de su liberación de las manos de su enemigo, o por lo que podría llamarse su gran circuncisión o circuncisión espiritual. Por último, la envoltura corpórea con la que había sido revestido era el extracto puro de todas las sustancias más vivas de la naturaleza, no habiendo sufrido aún las catástrofes secundarias que le han sobrevenido desde entonces. No es sorprendente, por lo tanto, que en esta combinación de circunstancias la ley de retorno dada a Adán fuera más fuerte y más virtuosa que la ley judaica. Podemos contentarnos con citar un solo rasgo para dejar clara la diferencia.

Al pueblo hebreo se le prohibió aliarse con las naciones contra las que iban a luchar en la tierra prometida; y la transgresión de esta ley sólo les condujo a las diversas servidumbres particulares a las que se sometieron. En cuanto a Adán y sus descendientes, se les dio toda la tierra para que la cultivaran y arrancaran las zarzas y los espinos; y fue, por el contrario, por haberla llenado de iniquidades por lo que el Señor retiró su espíritu de los hombres y derramó el terrible azote del diluvio. Por la extensión del crimen, juzguemos la extensión del poder, y por la extensión del poder, juzguemos la extensión de la ley.

Esta ley no pudo ser dada a Adán mientras estaba todavía en el abismo y bajo el yugo absoluto de aquél que lo había seducido. Fue la pura gracia la que actuó en aquel terrible momento para arrebatar de la muerte eterna al que era imagen y semejanza del Dios de los seres; y el hombre era entonces incapaz de poner en buen uso ninguna ley; pero cumplida esta primera etapa, el hombre se hizo susceptible de una ley restauradora; y la que recibió tenía sin duda las tres características que hemos expuesto anteriormente; era una advertencia al hombre para que reconociera los peligros que le rodeaban y se guardara de nuevas caídas. Por último, fue para él un medio de santificación a través de los caminos de retorno que le fueron

[11] "*Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador*."

trazados, y a través de los sacrificios que encontramos establecidos y practicados entre los primogénitos, y de los que pudo hacer uso.

La Ley en la época de Noé

Habiendo anulado esta ley restauradora la terrible conducta de su posteridad, el hombre, doblemente culpable, fue arrojado de nuevo al abismo, y se conservó una simple ramificación.

Noé había permanecido fiel a las ordenanzas del Señor, y cuando le vemos después del diluvio ofreciendo un sacrificio de dulce olor, no debemos considerarle como el fundador de esta ley de sacrificios, sino como el preservador y ministro de una ley tan antigua como el origen mismo de las cosas; lo cual es, en verdad, un indicio en favor de los sacrificios del primer hombre.

Si la posteridad de Noé hubiera continuado en la sabiduría y santidad de este patriarca, la obra habría seguido avanzando por este camino, y habría avanzado hacia su fin sin que hubiera sido necesario instituir una nueva ley y elegir un pueblo particular, porque habiendo el azote del diluvio eliminado de la tierra a todos los prevaricadores, la familia preservada y sus descendientes habrían sido la imagen viva del primer hombre en su camino de retorno, y en la ley que debía promover este retorno.

Pero los descendientes de Noé, habiéndose entregado a toda clase de crímenes, anularon para ellos esta ley de restauración, y hubo que repetir para el hombre lo que había sucedido al principio, ya que todas las lenguas se habían confundido y no quedaba ni una sola familia, como en tiempos de Noé, que hubiera conservado una lengua pura.

Abrahán cuando no estaba bajo la ley

Fue en este estado de oscuridad universal que Abraham fue elegido para ser el líder de un pueblo elegido; todo le fue dado en principio y, por así decir, proféticamente, incluso la historia de su propio pueblo, que sólo vio en sueños. Pero solo le fue dado en desarrollo; no poseyó la tierra que le fue mostrada; incluso se vio obligado a comprar la cueva de Efrón para que sirviera de sepultura a Sara. No vio la numerosa descendencia que se le había prometido; sólo vio al hijo de la promesa, y ni siquiera vio a los hijos de ese hijo de la promesa, pues murió antes de que nacieran Jacob y Esaú; no se le confió ningún culto ceremonial, pues el mismo sacrificio que Dios le ordenó sólo se le ordenó para que sirviera de testimonio de la alianza, y Dios no se lo dio como institución.

Al decirnos que aún no se había cumplido la medida de las iniquidades de los amonitas, la Escritura nos da una especie de razón por la que Abrahán no recibió la ley, pero podemos encontrar otra más directa; y es que la ley que había de darse debía recaer sobre un pueblo, y no sobre un individuo, como en tiempos de Adán, y que este pueblo aún no había nacido.

Debía recaer sobre un pueblo, puesto que eran los pueblos los que se habían pervertido y desviado de la ley; puesto que estas ceremonias de la ley requerían un gran número de ministros; y puesto que esta ley debía basarse en el número perdido o en la antigua enumeración de las naciones, a fin de restituírsela. Y, por último, puesto que esta ley necesitaba un receptáculo que, por sus subdivisiones, pudiera vincularse a todas las ramificaciones de la ley, mientras que todas estas ramificaciones fueron reunidas en un solo tronco cuando fueron dadas a Adán, que es corporalmente la raíz y el tronco de la raza humana.

La elección hecha en Abraham no pudo alcanzar su cumplimiento hasta que los doce hijos de Jacob pudieron presentar por su número un receptáculo capaz de recibir la acción restauradora que correspondía a ese número. E incluso los hijos de Jacob sólo recibieron el principio de esta acción en las bendiciones de su padre, y sólo en el Sinaí las doce tribus recibieron el desarrollo de esta ley que les era necesaria, y de la que sus antepasados habían recibido las primicias.

La ley Mosaica, preparación para la ley profética o espiritual

Esta ley, sin embargo, no era más que una especie de preparación para la ley del espíritu que les esperaba cuando la ley de las formas y de los sacrificios materiales hubiera seguido su curso. Era necesario que esta ley de las formas desarrollara las bases y esencias espirituales que tenían en su interior, para que a su vez pudieran presentar al espíritu un receptáculo de su propia especie, en el que pudiera posarse.

La ley profética o espiritual, una preparación para la ley divina

Finalmente, esta ley del espíritu mismo sólo debía ser preparatoria de la ley divina, la única que es el verdadero término del hombre, puesto que es un ser divino. Ahora bien, es en esta lenta pero suave progresión de todos los auxilios enviados por Dios a la tierra, donde podemos decir de todas las leyes en general lo que San Pablo dijo de la ley de los hebreos en particular (Gal. 3:24-26)[12], a saber, que *servía de guía para conducirlos como a niños*, etc.; pues no hay una sola de estas leyes que no sea la ley de Dios. Porque no hay una sola de estas leyes temporales que no pueda ser considerada como conductora, en relación con aquello a lo que nos conduce, y para lo cual somos realmente hijos, hasta que seamos admitidos a ella y tengamos la fuerza necesaria para practicarla.

[12] "*La ley fue como un maestro que nos guio y llevó hasta Cristo, para que Dios nos aceptara por confiar en él. Pero ahora que ha llegado el tiempo en que podemos confiar en Jesucristo, no hace falta que la ley nos guíe y nos enseñe. Ustedes han confiado en Jesucristo, y por eso todos ustedes son hijos de Dios*."

Ved cuál era la economía divina en todos estos períodos. Durante el reinado levítico, o de los sacrificios de sangre, el sacerdote, todavía sólo en las regiones naturales, recibía su sustento del pueblo, y la ley le daba ciudades y diezmos para compensar su indigencia espiritual. Bajo el reinado profético, Dios alimentaba a sus siervos por medios especiales, aunque tomados del orden de los agentes naturales, como vemos en el caso de Elías y Daniel. Bajo el reinado de la ley de la gracia, la intención del Fundador es que los sacerdotes ya no tengan que preocuparse de nada; y el alimento debe serles dado desde el cielo, como lo fue para San Pedro, y como lo muestra la imagen y la promesa de las ventajas unidas a las aguas vivas.

Pero sólo para los niños dóciles y sumisos conservan estas diversas leyes un carácter semejante, y nos muestran más bien lo que el hombre podría ser que lo que realmente es. Así, la mano que dirige estas leyes saludables se ve a menudo obligada a permitir que se desplieguen más para el castigo de los hombres que para su recompensa.

Hemos visto que éste ha sido el curso de la sabiduría divina desde el pecado del hombre hasta la ley de Moisés, mientras que si la posteridad de Adán hubiera sido fiel a la ayuda que se le envió en todos los períodos que hemos recorrido, habría avanzado mucho más en su retorno a la verdad, y sólo habría conocido la dulzura de los caminos divinos, en lugar de experimentar casi siempre sus rigores y amarguras.

Esto seguirá siendo así para el pueblo hebreo en el período que vamos a considerar, es decir, en la época o reinado de los profetas.

La época profética, o el precepto; amenazas y promesas: sus objetivos espirituales

Si el pueblo hubiera seguido fielmente las ordenanzas del Señor, confiadas a los jefes de la raza sacerdotal, los mismos favores que lo habían acompañado en el desierto no lo habrían abandonado en la tierra prometida, y la ley de los sacrificios de animales lo habría conducido a la ley del espíritu, en la que habría recibido directamente la ayuda que sólo intermitentemente recibía bajo esta ley de los sacrificios.

Pero habiendo continuado el pueblo, los jefes y los sacerdotes amontonando abominación sobre abominación, habiendo violado todas las leyes de los sacrificios, como puede juzgarse por la conducta de los hijos de Heli, habiendo abandonado el gobierno teocrático para sustituirlo por un gobierno semejante al de las demás naciones, del cual su elección los había distinguido enteramente, no es de extrañar que este pueblo se retrasara en su marcha en vez de avanzar. Por último, no es de extrañar que, según las palabras de la Escritura, la palabra de Dios se volviese extraña.

Pero si el hombre se retrasa en su camino por sus iniquidades, el tiempo no se retrasa en el suyo; y como la hora de la ley del espíritu había llegado para los judíos, no pudo evitar cumplirse a sus ojos, a riesgo de no encontrarlos preparados. Pero entonces adquirió un carácter dual, de acuerdo con el doble tipo de misericordia y justicia que debía obrar en la tierra; y la luz que se había encendido cuando los judíos fueron elegidos no podía extinguirse, por lo que manifestó tanto los primeros rayos de su resplandor como los terrores de la cólera divina.

Por eso distinguimos claramente dos clases de profecías, unas que atemorizan a los culpables con amenazas, y otras que anuncian a las almas de paz los días de consolación prometidos a la tierra. Notamos también hasta qué punto el objeto de la profecía en este tiempo se amplía y se acerca a esa regeneración del alma humana que había sido siempre el fin de todas las manifestaciones divinas anteriores, pero que había permanecido envuelta en los preceptos figurados.

Es en los profetas donde vemos desplegarse el carácter del hombre elegido para ser sacerdote y sacrificador del Señor; donde vemos sustituidos los sacrificios de animales por los sacrificios de nuestras iniquidades; donde vemos recomendada de nuevo la circuncisión del espíritu y del corazón como el verdadero medio de reconciliar al hombre con Dios; que vemos los reproches hechos a los falsos profetas y a los malos pastores, que, después de haber engañado las almas de los pueblos, les aseguran luego que están vivos; en fin, que vemos la aurora de este reino divino y espiritual que se levantó entonces para no cesar jamás; que ya mostraba al hombre, aunque a trazos dispersos, que había nacido en la región de la santidad y del espíritu, y que sólo podía encontrar su verdadera ley y su lugar de reposo en esta región del espíritu y de la santidad.

Decimos que estas verdades sólo le fueron mostradas en trazos dispersos, porque además del hombre general a quien estos profetas venían a despertar, también tenían que actuar y profetizar a los diversos pueblos particulares que aún no habían salido de las figuras y del orden representativo. Pero en todos estos aspectos el profeta podía ser considerado siempre como una víctima, ya fuera por la muerte corporal y violenta que sufrían la mayoría de ellos, o más aún por la obra del espíritu que los animaba.

La razón de los sacrificios proféticos y sus operaciones

En efecto, la virtud extinguida de los sacrificios pasó entonces a la voz de los profetas, y éstos ocuparon, a los ojos del Espíritu, el lugar de las víctimas que ya no se ofrecían sino en su forma exterior y sin la fe del sacerdote. La sangre derramada de estos profetas se convirtió en el holocausto de propiciación, sobre el que la acción del Espíritu actuaba de un modo a la vez más terrible y más saludable que sobre la sangre de los animales.

En primer lugar, se operaba de un modo más terrible, porque esta sangre derramada injustamente era un testigo parlante de los crímenes y la ceguera del pueblo. Al mismo tiempo, esta sangre atraía hacia sí las acciones espirituales más irregulares con las que este pueblo descarriado y criminal estaba manchado, y esto de acuerdo con las leyes de transposición explicadas anteriormente.

Los espíritus de los profetas llevaban también consigo las iniquidades de Israel en sus sufrimientos y trabajos, para que, dividiendo todas las acciones irregulares que pesaban sobre el pueblo, la comunicación de las acciones regulares le fuese más fácil y favorable. Si el pueblo hubiera aprovechado toda la ayuda que la sabiduría y el amor supremo le enviaban, a su vez habría aliviado la sangre y el espíritu de los profetas del peso de todas las acciones irregulares que los agobiaban, compartiendo con ellos el efecto de las virtudes y acciones saludables que su sacrificio corporal y espiritual hacía descender sobre ellos.

Pero hundiéndose cada vez más en la dureza, prolongó incluso después de la muerte de los profetas los trabajos y dolores que les había causado durante su vida; pesó con su resistencia el peso de sus propias iniquidades que ellos habían tomado sobre sí por los santos movimientos de su caridad divina. Al hacerlo, se echó encima el doble reproche de no haber escuchado la voz de la sabiduría que le había hablado, y de frenar con medidas dolorosas a aquellos a quienes esa sabiduría había tomado por órganos suyos. Por eso se le pedirá la sangre de los profetas que fue derramada desde Abel hasta Zacarías; pues no olvidemos que el pueblo hebreo no es sino el representante del hombre y de toda la posteridad de Adán.
En segundo lugar, la sangre de los profetas obró en el pueblo de un modo más saludable que la sangre de las víctimas levíticas, porque la sangre y la vida del hombre, sirviendo de asiento a la propia imagen de la Divinidad, no podían derramarse sin dar luz a las santas influencias que las almas de los justos esparcían naturalmente a su alrededor; y si los sacrificios de animales habían podido abrir al pueblo hebreo la región del espíritu, la sangre y la voz de los profetas le abrieron las avenidas de la región divina.

El fin de la época profética.
La continua corriente de orientación y misericordia divina

Fue por medio de este doble poder que los profetas realizaron la acción del espíritu que les envió sobre el pueblo hebreo. Una vez realizado este acto, cesaron las profecías entre los hebreos, porque la morada mixta que habitamos somete la propia acción del espíritu a intervalos y operaciones parciales, aunque no haya tiempo para el espíritu: Así pues, después del cautiverio babilónico, que confirmó y cumplió las amenazas de los profetas, la obra de éstos parece haber llegado a su fin, y ya no arrojan más que algunos destellos de luz, que se limitan incluso a urgir sobre la estructura del segundo templo, y el pueblo es abandonado a su suerte para que tenga tiempo de reconocer la justicia de los rigurosos caminos por los que acababa de pasar.

Pero al abandonarlo a su suerte, el Espíritu lo dejó para que se guiara por las palabras de los profetas y por el recuerdo de los acontecimientos que acababan de tener lugar; así como después de su elección y su salida de Egipto tuvieron la ley levítica y la historia de su liberación y de sus penosos viajes a través de los desiertos; y como, después del diluvio, a los hijos de Noé les quedaron las instrucciones de su padre y las tradiciones de lo que había sucedido de Adán a ellos; y, finalmente, como a Adán le quedaron, después de su caída, el recuerdo de su crimen y el sacrificio de amor que la bondad suprema había tenido a bien hacer en su favor para rescatarlo del abismo.

Así, desde el primer pacto divino, y desde la región pura donde la verdad hace su morada, hay una cadena continua de misericordia y de iluminación que se extiende siempre al hombre, en cualquier época que se le considere, y que no cesará de prolongarse hasta el fin de los siglos, es decir, hasta que regrese al lugar de donde vino, hasta que traiga de vuelta a todas las almas de paz que ha recogido en su curso, y hasta que el hombre aprenda así que es el amor el que ha abierto, dirigido y cerrado el ciclo de las cosas.

La sangre y la voz de los profetas sólo habían conducido al pueblo hebreo hasta las avenidas del templo y la región divina, porque aún no había llegado el momento de que el hombre entrara en el templo propiamente dicho. Por esta razón, un gran número de profetas fueron empleados en este trabajo preparatorio, y la mano que los guiaba marcó diferentes caminos en estos desiertos que visitaban por primera vez. Por eso, caminando cada uno por su senda particular, no siempre conocían el fin último hacia el que tendían sus profecías, y que sólo se les revelaba en fragmentos y como en la lejanía.

Así pues, el pueblo que no había reconocido la ley del espíritu en las ceremonias levíticas, aunque estuviera contenida en ellas, tampoco reconoció la ley divina que se le anunciaba en la ley del espíritu ni en las profecías, y siguió caminando en las tinieblas. Llegó así el tiempo de la liberación universal, de la que no sólo no habían cesado de hablar los profetas, cada uno en la medida en que se les permitía conocer, sino que también estaba indicada en los libros de Moisés, especialmente en las bendiciones de Jacob. Pues si el pueblo hubiera estudiado realmente con detenimiento estos libros, debería haber reflexionado seriamente cuando vio que el poder temporal de Judá pasaba a manos del idumeo llamado Herodes.

La íntima unión de todas estas leyes, envueltas unas en otras, es uno de los secretos más sublimes de la santa sabiduría, que así se muestra siempre la misma a pesar de la diversidad y de los intervalos que interpone entre sus operaciones.

Las mentes del pueblo judío eran demasiado rudimentarias para penetrar esta comprensión simple y profunda. Cubierta, además, con todas las iniquidades con que se había manchado anteriormente por su negligencia en la observancia de las leyes y ordenanzas de Moisés, y por el derramamiento de la sangre de los profetas, la ley de la gracia, cuyo tiempo había llegado

para el género humano, se esforzaba en reprender con tan poco éxito al pueblo que había sido su representante. Y en lugar de purificarse de sus crímenes creyendo en esta nueva víctima que había venido a ofrecerse a sí misma, compensaron sus iniquidades manteniéndolo como su enemigo, y así espesaron para sí mismos el velo que acababa de rasgarse para toda la posteridad de Adán.

El cuadro natural, al mostrar la necesidad de un Dios-hombre reparador, mostraba la altura del misterio de este sacrificio donde la víctima se inmolaba sin ser suicida, y donde los sacerdotes ciegos, creyendo inmolar a un culpable, daban al mundo, sin saberlo, el electro universal que debía hacer renacer. *El hombre del deseo* mostraba que la sangre de esta víctima era espíritu y vida, y que por eso los judíos, al pedir que se derramase sobre ellos y sus hijos, no podían separar la misericordia que se unía a la justicia.

Sólo estamos recordando aquí de pasada estas consoladoras y profundas verdades, que el espíritu humano es incapaz de captar demasiado bien.

El Hombre liberado de la prisión de su sangre

Hemos visto que la sangre, desde el crimen, ha sido la barrera y la prisión del hombre, y que el derramamiento de sangre era necesario para restaurar gradualmente su libertad por medio de las transposiciones que el derramamiento de sangre producía en su favor. Pero al mismo tiempo hemos visto que cada una de las leyes dadas al hombre para su regeneración no era más que una especie de iniciación a una ley superior que debía seguirle: así pues, todas estas leyes preparatorias no tenían otro fin que conducir al hombre a hacer un sacrificio libre y voluntario de sí mismo, para el cual todos los sacrificios anteriores no podían ocupar su lugar, ya que sin el derramamiento de su propia sangre no podía pretender ser verdaderamente liberado de la prisión que la sangre levanta a su alrededor.

Pero, ¿qué podía enseñarle esta profunda y saludable verdad? No eran los sacrificios de animales, puesto que estos animales, desprovistos de moral, no le daban ninguna idea de su inmolación voluntaria, y llevando al altar de los holocaustos sólo su físico corporal, sólo podían liberar al hombre de sus cadenas externas y corporales como la de ellos.

Tampoco fueron los sacrificios y la muerte de los profetas, porque no fueron de buena gana al suplicio, aunque hubieran podido ir con resignación; porque este suplicio, para los que lo sufrieron, no era más que una consecuencia incierta de su misión, y no era su misión misma; porque sólo fueron enviados para anunciar la aurora del día eterno de la liberación del hombre, y no para devolverle la plena libertad; porque, finalmente, ellos mismos quisieron penetrar en este gran día que anunciaron sin conocerlo, y que sólo vislumbraron en rayos dispersos y como por destellos del espíritu.

La transición de la época profética para la de las buenas-nuevas sobre la liberación universal

Así, aunque la voz y la sangre de los profetas eran más ventajosas para el hombre que las víctimas de la ley levítica, y aunque podían llevarlo a un grado superior, puesto que eran capaces de desatar su espíritu, no le conducían, sin embargo, a esta idea sublime de una inmolación a la vez sumisa y voluntaria, basada en el conocimiento del abismo en el que la sangre nos retiene, y en la esperanza alentadora de nuestra liberación absoluta cuando este sacrificio se haga bajo el ojo de la luz, y en los movimientos de nuestra naturaleza eterna.

Las condiciones necesarias de la víctima y del sacrificio para liberar a la humanidad

Era, pues, necesario disponer de otra víctima que, reuniendo en sí todas las propiedades de las víctimas precedentes, instruyera también al hombre, por el precepto y el ejemplo, en el verdadero sacrificio que le quedaba por realizar y ofrecer para satisfacer plenamente el espíritu de la ley. Esta víctima debía enseñar al hombre que, para alcanzar el objetivo esencial de los sacrificios, no le bastaba con morir corporalmente como los carneros y los toros, sin ninguna participación en el espíritu que su naturaleza les niega; que ni siquiera le bastaba morir corporalmente como los profetas inmolados por las injusticias y las pasiones de los pueblos a los que proclamaban la verdad, ya que creían, sin faltar a su misión, poder evitar la violencia, como Elías, cuando tenían la facilidad de hacerlo.

Pero tuvo que enseñarle que debía entrar por su propia voluntad, con pleno conocimiento y completa serenidad, en esta inmolación de su ser físico y animal, como la única que podía separarle realmente del abismo donde le retiene la sangre que es para él el órgano y el ministro del pecado; en fin, que debía ir a la muerte como a una conquista que le aseguraría la posesión de sus propios dominios, y le sacaría de las filas de los criminales y de los esclavos.

Estas condiciones se cumplieron en el derramamiento de la sangre del Redentor

Este fue el sublime secreto que el reparador vino a revelar a los mortales; este fue el día luminoso que les hizo descubrir en sus almas inmolándose voluntariamente por ellos, dejándose apresar por aquellos a quienes acababa de derrocar con el soplo de su palabra, y orando por aquellos que daban muerte a su cuerpo. Y fue el derramamiento de su sangre lo que completó todas estas maravillas, porque al precipitarse en el abismo de nuestra tenebrosa región, el reparador siguió todas las leyes de transposición que la rigen y componen.

En efecto, el derramamiento de la sangre de la víctima debe operar según el rango y las propiedades de esta víctima; y si la sangre de los animales sólo podía desatar las cadenas corpóreas del pecado en el hombre, puesto que no tienen nada por encima de lo elemental; si la sangre de los profetas desataba las cadenas de su espíritu haciéndole vislumbrar los rayos de la estrella de Jacob; el derramamiento de la sangre del reparador debía desatar las cadenas de nuestra alma divina, puesto que este reparador era él mismo el principio del alma humana, y abrirle los ojos lo suficiente para que viera la fuente misma de la que había nacido, y para que sintiera que sólo mediante la inmolación interior y voluntaria de todo lo que en nosotros nada en la sangre y está relacionado con la sangre, podríamos satisfacer el deseo y la necesidad esencial que tenemos de reunirnos con nuestra fuente divina.

El Hombre-Espíritu puede alcanzar su regeneración aún en este mundo

No es de extrañar que este tipo de revelación hiciera nulos todos los sacrificios y todas las víctimas, puesto que el ofrecido había colocado al hombre en el único rango hecho para él: desde entonces, el Hombre-Espíritu se ha elevado al rango de verdadero sacrificador, y a él le corresponde volver a los caminos de su regeneración y alcanzar, al menos por la inteligencia, su consumación, incluso en este mundo, si sabe unir su corazón, su espíritu y su trabajo a aquél que le ha abierto los caminos y ha llegado a la meta que tiene ante sí.

Revelación del Hombre-Dios comparada con todo lo que vino antes que Él

Tampoco es sorprendente que, de acuerdo con todas las revelaciones anteriores, ésta nos llegara a través de un hombre, puesto que tenía al hombre como objeto; pero lo que la distingue eminentemente de todas las demás es que fue predicada, probada y cumplida en su totalidad en un hombre-Dios y en un Dios-hombre, mientras que entre todas las demás no hay ninguna que tenga este carácter universal.

La muerte de Abel no fue voluntaria; pudo servir al adelanto de Adán por la transposición que el derramamiento de esta sangre pudo hacer de las acciones irregulares que estaban ligadas a este padre culpable de la raza humana; pero no completó la obra de nuestra alianza con Dios, puesto que Abel no era más que un hombre concebido en el pecado y su hermano Set fue sustituido en su lugar para transmitir a los hombres la continuación y el curso de las gracias espirituales que su muerte había detenido en sus manos.

La revelación de la justicia recibida por Noé, y ejercida ante sus ojos sobre la posteridad humana, le colocó indudablemente entre los primeros elegidos del Señor para la ejecución de los planes de su divina sabiduría; pero aparece más en esta gran catástrofe como un ángel exterminador, que como el libertador del género humano; y además, sólo ofreció en holocausto

víctimas extrañas a él, y que sólo podían proporcionar al hombre una ayuda semejante a la de su clase.

Abraham derramó su sangre mediante la circuncisión, como muestra de su alianza con Dios y como testimonio de su elección; pero no derramó el principio mismo de esta sangre en la que reside la vida animal, y podemos prescindir de añadir nada a lo que ya hemos dicho sobre este patriarca.

Su hijo Isaac se acercó al sacrificio, pero no lo consumó, porque el hombre estaba todavía en la edad de las figuras, y la fe del padre produjo su efecto para la consolidación de la alianza, sin que hubiera necesidad de mancillarla con la atrocidad del infanticidio.

Moisés sirvió como órgano de la ley de elección del pueblo hebreo; fue incluso su ministro como hombre, y como hombre elegido para operar sobre el hombre o sobre sus representantes. Pero como sólo actuaba sobre los representantes del hombre en general, también sólo estaba llamado a utilizar sacrificios externos y víctimas figuradas, por la razón constante de que como el hombre no estaba todavía más que en la edad de las figuras y de las imágenes, la ley de transposición sólo podía operar sobre él en este aspecto, y no podía ir más allá.

Los profetas vinieron a dar su sangre y su palabra para cooperar en la liberación del hombre. Si era necesario que los hombres vinieran a ejercer la venganza de la justicia y a trazar los caminos representativos de la regeneración, era aún más necesario que los hombres vinieran a abrir las primeras puertas de los caminos reales del espíritu. Así pues, los profetas eran como el órgano, el lenguaje y la pronunciación misma del espíritu, mientras que Moisés sólo recibía la ley y la transmitía al pueblo escrita en piedras; finalmente, Moisés, en presencia de los magos del Faraón, sólo había cogido a la serpiente por la cola; se necesitaba un ser poderoso para cogerla por la cabeza, pues de lo contrario la victoria no se habría obtenido por completo.

Así pues, todo nos muestra lo que les faltaba a los profetas para poder introducir al hombre en la revelación de su propia grandeza; y podemos añadir a todo lo que hemos dicho una razón sencilla y sorprendente, y es que estos hombres privilegiados no eran el principio del hombre.

Incluso podemos encontrar aquí en parte la explicación del pasaje de San Juan (10:8): *todos los que vinieron antes que yo son ladrones y salteadores, y las ovejas no les hicieron caso*, aunque este pasaje recae mucho más directamente sobre los sumos sacerdotes que sobre los profetas. Este pasaje anuncia que todos estos jefes y todos estos enviados no podían introducir al pueblo en el reino, puesto que sólo caminaban por el Espíritu, y este reino es divino. Pero también muestra que no eran los verdaderos pastores de este pueblo, puesto que no daban voluntariamente su vida por él, y puesto que, en vez de protegerlo cuidadosamente de la mano del enemigo, eran a menudo los primeros en entregarlo a su furia.

Esto es lo que Dios les reprocha tan duramente en Ezequiel (22:24-31), donde, después de trazar los crímenes de los príncipes y las prevaricaciones de los profetas, dice (versículo 30): *Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé*.

Las condiciones necesarias de un verdadero libertador se completaron en Cristo. "Está hecho"

Por tanto, estaba reservado únicamente a aquél que era el principio del hombre cumplir todas estas condiciones para el hombre. Sólo este principio creador, viviente y vivificante, podía ser el verdadero liberador del hombre, porque el derramamiento voluntario de su sangre, a la que ninguna sangre de la tierra podía compararse, era el único medio de realizar la transposición completa de las sustancias extrañas que vivían en la sangre del hombre.

Sólo este principio divino podía, después de esta operación, sacar al alma humana de su abismo e identificarse, por decirlo así, con ella, para hacerle gustar las delicias de su verdadera naturaleza; sólo él, depositario de la llave de David, podía, por una parte, cerrar el abismo y, por otra, abrir el reino de la luz y devolver al hombre a la posición que siempre debió ocupar.

Nada sabemos de este reparador si sólo lo consideramos en sus colores exteriores y temporales, sin remontarnos a través de las progresiones de nuestra inteligencia hasta el centro divino al que pertenece. Tomemos de la diversidad de los caracteres con que se ha revestido algunos medios de adaptar a nuestras débiles luces su *homificación* espiritual, que precedió con mucho a su *homificación* corporal.

En primer lugar, siendo el principio eterno del amor, debía asumir el carácter del hombre inmaterial que era su hijo; y para realizar tal obra, le bastaba contemplarse en el espejo de la Virgen eterna, o SOPHIA, en quien su pensamiento grababa eternamente el modelo de todos los seres.

Después de haberse convertido en hombre inmaterial por el simple hecho de contemplar su pensamiento en el espejo de la Virgen eterna o SOPHIA, tuvo que revestirse del elemento puro, que es este cuerpo glorioso engullido en nuestra materia desde la caída.

Habiéndose revestido del elemento puro, tuvo que convertirse en el principio de la vida corpórea uniéndose con el espíritu del gran mundo o universo.

Después de haberse convertido en el principio de la vida corpórea, fue necesario que se convirtiera en elemento terrestre, uniéndose a la región elemental; y de ahí fue necesario que se hiciera carne en el vientre de una virgen terrestre, envolviéndose en la carne resultante de la prevaricación del primer hombre, puesto que fue de la carne, de los elementos y del espíritu

del gran mundo de donde vino a liberarnos. Y sobre este punto sólo puedo referirme a Jakob Böhme, que ha arrojado sobre estos temas una luz lo suficientemente vasta y profunda como para compensar a los lectores de todas las molestias que puedan tomarse.

Ahora podemos ver por qué el sacrificio que el Redentor hizo de esta manera en todos los grados, desde la altura desde la que habíamos caído, debe haber sido apropiado para todas nuestras necesidades y todos nuestros dolores.

Es el único sacrificio que ha terminado con estas palabras, a la vez consoladoras y terribles, *consummatum est*; consoladoras por la certeza que nos dan de que la obra está hecha, y de que nuestros enemigos estarán bajo nuestros pies, siempre que queramos seguir las huellas de quien los venció; terribles porque, si las hacemos vanas e inútiles con nuestra ingratitud y tibieza, no nos quedarán recursos, porque no tenemos otro Dios a quien mirar, ni otro libertador que esperar.

Ya no es el tiempo en que podemos expiar nuestros pecados y lavar nuestra contaminación sacrificando víctimas animales, puesto que él mismo expulsó del templo a las ovejas, los bueyes y las palomas. Ya no es tiempo de que los profetas vengan a abrirnos los caminos del espíritu, pues ellos nos los han dejado abiertos, y este espíritu vela siempre por nosotros, como Jeremías, según los Macabeos (15:14)[13], vela siempre por el pueblo de Israel.

Por último, ya no es tiempo de que esperemos a que descienda hasta nosotros la salvación de las naciones, puesto que ha descendido una vez, y puesto que Él mismo es el principio y el fin, no podríamos, sin hacerle una injusticia, comportarnos como si hubiera todavía otro Dios después de Él, y no dar, a quien se nos ha dado a conocer, una fe ilimitada y una confianza universal que sólo pueden descansar real y físicamente en Él, puesto que sólo Él es la universalidad. *Consummatum est*.

A partir de ahora, no tenemos otro trabajo o tarea que esforzarnos por entrar en esta consumación, y alejar de nosotros todo lo que pueda impedirnos cosechar todos los beneficios.

Origen y naturaleza del mal moral, una transposición, su rectificación

Si el reparador, en virtud de la simple pero justa ley de las transposiciones, ha vuelto a colocar todas nuestras esencias en su lugar, y ha suprimido para el hombre el desorden y las tinieblas, restituyéndole al lugar que le corresponde, es fácil reconocer que el mal no es un principio eterno y esencial, opuesto por su naturaleza necesaria al principio del bien, como creían los

[13] *"Éste es Jeremías, el profeta de Dios, el cual ama mucho a sus compatriotas. Él siempre ora por el pueblo de Judá y por la santa ciudad de Jerusalén."*

maniqueos; sistema al cual se me creía devoto, siendo yo su adversario: es fácil, digo, sentir que siendo la libertad el carácter distintivo que coloca al ser moral entre Dios y la materia, basta permitirle el uso de esta libertad que el autor de las cosas no puede darle y quitarle al mismo tiempo, para concebir a la vez el origen del mal en los seres morales, y la inferioridad de su naturaleza.

Al mismo tiempo, es fácil, a partir de la definición de este mal, que hemos mostrado basarse únicamente en transposiciones de substancias, ver las diversas propiedades y usos de los sacrificios cuya operación y efectos hemos tratado de explicar.

Finalmente, es fácil ver cómo el sacrificio del Reparador debía prevalecer sobre todos los que le habían precedido, puesto que era necesario transponer al abismo al príncipe mismo de la iniquidad que reinaba sobre el hombre, y que sólo a la cabeza suprema y divina de la luz, de la fuerza y del poder, podía reservarse tal victoria.

Vale la pena señalar de paso que los sacrificios sangrientos de los judíos continuaron desde este gran sacrificio hasta la ruina de su ciudad; pero durante mucho tiempo sólo tuvieron la forma; el espíritu del mismo se había perdido para ellos; se hizo aún más distante desde la inmolación de la víctima divina.

Por eso sólo podían seguir degenerando, y este período, al final del cual estalló la gran venganza sobre este pueblo criminal, muestra tanto el cese de la acción protectora del espíritu que los había abandonado, como los terribles efectos de la justicia que el espíritu vengador ejerció sobre ellos. Un juicio riguroso, que no habría podido llevarse a cabo al mismo tiempo que la acción reparadora del regenerador, puesto que éste sólo había venido a realizar la obra del amor y de la clemencia.

La Institución de la Eucaristía

Aunque el sacrificio del Reparador ha permitido a los hombres cumplir, en la medida de lo posible aquí abajo, la sublime tarea de su regeneración, uniéndose a él y sirviéndole en espíritu y en verdad, quiso dejar en la tierra, al abandonarla, un signo de la alianza que pudiera rememorar diariamente su manifestación y su entrega a nosotros, del mismo modo que hemos visto permanecer signos y testimonios después de las diversas manifestaciones de las leyes de justicia, de las ordenanzas levíticas y de las revelaciones proféticas, promulgadas desde el principio del mundo.

Quiso que este signo de la alianza fuese para nosotros un desdoblamiento de la semilla divina que había venido a sembrar en nuestra tierra infecta y estéril; y como somos seres mixtos, compuso este signo con diversas sustancias operantes, para que todas las sustancias que hoy nos constituyen encontrasen su alimento, su salvaguardia y su apoyo, cada una según su clase

y sus necesidades. Pero al mismo tiempo, quiso que esta institución derivase todo su valor del espíritu que todo lo produjo y todo lo santifica; y a este respecto, veremos las considerables ventajas que esta institución puede darnos cuando nos elevemos al sentido sublime que le dio el que la estableció.

No hay misterio para el Hombre-Espíritu

Porque si está escrito que hay que ser santo para acercarse a lo que es santo, entonces hay que ser espíritu para acercarse a lo que es espíritu; por eso el hombre terreno sólo puede mirar siempre con un ojo de oscuridad o de profanación; mientras que el Hombre-Espíritu debe ser consciente de todo lo que se le ofrece para su uso y reflexión.

Así los administradores de las cosas santas han hecho retroceder el entendimiento del hombre sobre esta institución, insertando, como lo han hecho, en lo que llaman las palabras sacramentales, las palabras *mysterium fidei* [El misterio de fe, es decir, el inefable don de la Eucaristía] entre paréntesis, palabras que no están en el Evangelio, y estaban muy lejos del espíritu del Fundador, ya que si nos ocupáramos de nuestra verdadera regeneración, como nunca ha dejado de exhortarnos a hacer, no habría misterio para nosotros, y estamos hechos, por el contrario, para sacar a la luz todos los misterios, como ministros de la fuente eterna de la luz.

Cómo el espíritu trabaja en el símbolo

Recordemos, pues, que el espíritu reposó sobre el cordero cuando fue liberado de Egipto, y que esto es lo que hizo tan valioso el sacrificio. Entonces recordemos que la vida divina descansó y aún descansa sobre las sustancias del sacrificio del nuevo pacto, ya que el espíritu de la verdad no fue derramado en vano, y no puede ser engañado en sus planes y efectos; de modo que, desde el nuevo pacto (y quizás desde el principio de las cosas), podemos considerar el pan y el vino como marcados con el espíritu de vida que fue derramado sobre ellos.

Ni siquiera en algún momento deberíamos haber comido nuestro pan y bebido nuestro vino sin recordar este signo sagrado que les ha sido dado, en lugar de dejar que sólo se pierdan bajo los poderes elementales que no son santos.

Estas sustancias están unidas al elemento puro, el elemento puro está unido al espíritu, el espíritu está unido a la palabra, y la palabra está unida a la fuente primitiva y eterna, y es a través de este orden armónico que la institución de la nueva alianza opera útilmente sobre los principios de los que estamos compuestos. En efecto, opera en espíritu y en verdad sobre todo nuestro ser; a saber, el pan ázimo para la purificación de nuestra materia; el vino para la purificación de nuestro principio de vida animal; el cuerpo glorioso o el elemento puro para devolvernos la vestidura primitiva que el pecado nos hizo perder; el espíritu sobre nuestra

inteligencia; la palabra sobre nuestro verbo de operación; la vida sobre nuestra esencia divina; y todo esto elevando en un grado cada una de las clases de nuestro ser sobre las que se extiende la acción que los distribuye.

También esta institución de la nueva alianza tiene por signos cuatro grandes unidades en eficacia sobre nosotros; a saber:

La doble relación elemental que nos comunican las dos sustancias. Las correspondencias de todos los elegidos, que desde el origen del mundo han estado presentes en el sacrificio; que están sentados a la santa mesa, y desde allí traen a nuestros corazones las parábolas sagradas de las que han sido testigos, y que son probablemente superiores a las conocidas en la consagración. El elemento puro o verdadera carne y sangre que corrobora todas nuestras facultades de inteligencia y actividad en la obra. Finalmente, el agente divino mismo, que bajo la mirada del Padre difunde por todas partes la santificación de la que ha recibido el sello y el carácter, y que siendo a la vez el autor, el ministro y el fundador de este signo de su alianza, restablece así en nosotros el peso, el número y la medida.

¿Por qué este agente divino es el único que puede dar este bautismo universal? ¿Por qué es el Cordero que quita los pecados del mundo, si no es porque su sola presencia vuelve a poner todos los principios en su lugar, ya que no hay desorden más que en la transposición?

Pero sometido a la ley del tiempo, que nos lo ha dividido todo, sólo ha hecho reposar de nuevo su virtualidad sobre los signos materiales de su alianza, de una manera pasiva, y que espera la reacción del hombre renovado; es así como él mismo, a lo largo de sus operaciones en la tierra, ha esperado la reacción de la paz de su padre para desarrollar sus poderes.

Por eso puso la institución en manos de los hombres que había regenerado, mientras él mismo subía a su fuente para beber el fruto nuevo de la vid celestial y pronunciar sin cesar, en el reino invisible, palabras de vida que corresponden a las palabras sacramentales. De este modo, los hombres regenerados que han de administrar esta institución pueden encontrarse en contacto con él y con su obra regeneradora, y vincular a esta misma obra a quienes deseen participar en ella y unirse a ella en espíritu y en verdad.

Recordemos que estábamos muertos y que fue necesario que el reparador entrara en nuestra muerte para hacerse semejante a nosotros; pero así como al entrar en nuestra muerte no dejó de ser vida, al hacerse semejante a nosotros no dejó de ser nuestro único principio; por eso no podía morir sin resucitar y sin resucitarnos con él, para hacernos semejantes a él; esta resurrección era necesaria para que pudiéramos gustar la vida, alabarla y celebrarla, que era y será eternamente la meta de la existencia de todo ser espiritual formado a imagen del autor soberano de los seres.

El propósito de la institución de la Cena del Señor era, por tanto, calcar en nosotros esta muerte y resurrección incluso antes de la disolución de nuestras esencias corporales, es decir, enseñarnos tanto a morir con el Redentor como a resucitar con él. Así, esta ceremonia religiosa, considerada en su sublimidad, puede llegar a ser en nosotros, en realidad, una producción, una emanación, una creación, una regeneración, o una resurrección universal y perpetua; y puede, digo, transformarnos en el reino de Dios y hacernos uno con Dios.

La porción del Hombre en la cena; confesión y fe

Sin embargo, sería esencial que el operador repitiese sin cesar a los fieles estas palabras del maestro: *la carne y la sangre son inútiles, mis palabras son espíritu y vida*; pues ¡cuántos espíritus han sido muertos por la letra de otras palabras! En el operador, como en nosotros, la idea y la palabra de carne y sangre deben ser abolidas, es decir, debemos volver, como el reparador, a la región del elemento puro que fue nuestro cuerpo primitivo, y que contiene en sí la SOPHIA eterna, las dos tinturas, el espíritu y la palabra. Sólo entonces las cosas que suceden en el reino de Dios pueden suceder también en nosotros.
Si no nos elevamos a esa unidad sublime que pretende abarcarlo todo a través de nuestro pensamiento; si confundimos la institución con el trabajo que debemos hacer sobre nosotros mismos; y, por último, si confundimos el fin con los medios, lo subsidiario con lo riguroso, estamos muy lejos de cumplir con el espíritu de la propia institución.

Pues este Espíritu quiere que anunciemos la muerte de Cristo a nuestras iniquidades, para alejarlas de nosotros; a los hombres de Dios de todas las épocas, para que estén activamente presentes en nuestra obra; a la Divinidad, para recordarle que hemos sido redimidos a la vida, puesto que ella misma ha puesto su sello y su carácter en el libertador que ha elegido; finalmente, quiere que anunciemos esta muerte universalmente al enemigo, para hacerle huir de nuestro ser, puesto que éste fue el objeto de la muerte corporal del Reparador.

Ahora bien, la institución de la Cena del Señor se nos da sólo para ayudarnos a trabajar eficazmente en esta obra viva que todos debemos realizar individualmente. Porque es en esta obra viva donde desaparecen todas las transposiciones en relación con nosotros, donde todo vuelve a su lugar, y donde recuperamos ese elemento puro o cuerpo primitivo que sólo puede ser restaurado en nosotros en la medida en que volvamos a ser imágenes de Dios, porque la verdadera imagen de Dios sólo puede habitar en un cuerpo así.

La divina forma humana

Y aquí podemos descubrir la fuente natural de todas estas representaciones antropomórficas que llenan el mundo.

Si los artistas nos representan en formas humanas, masculinas o femeninas, todas las virtudes, tanto celestes como terrestres; si los poetas personifican a todos los dioses y diosas de los Imperios, y a todos los poderes de la naturaleza y de los elementos; si, en fin, los adeptos de las diversas religiones y los idólatras llenan sus templos de estatuas humanas, el principio de todos estos usos no es ilusorio y abusivo, como lo son los resultados que de ellos se han derivado.

La forma humana primitiva debía mostrarse y dominar en todas las regiones. Siendo el hombre la imagen y el extracto del centro generador de todo lo que existe, su forma era el asiento donde todas las potencias de todas las regiones venían a ejercer y manifestar su acción; en una palabra, el punto donde se correspondían todas las propiedades y todas las virtudes de las cosas.

Así pues, todas las representaciones de sí mismo que crea por su industria no hacen más que mostrarle imágenes de lo que podría y debería ser, y sustituirlo figuradamente en las medidas en que ya no es en realidad.

Porque, digámoslo de paso, cuando los científicos comparan el cuerpo del hombre con los cuerpos de las bestias, y llaman a esto anatomía comparada, nuestro cuerpo real no cuenta nada en esta anatomía comparada, que, de hecho, solo nos enseña que nos parecemos a otros animales.

Por el contrario, sería nuestro cuerpo superior, y no nuestro cuerpo animal, el que tendríamos que comparar con nuestro cuerpo animal, si quisiéramos tener una verdadera anatomía comparada, porque no basta con observar las cosas en sus semejanzas, sino que también es esencial observarlas en sus diferencias.

Es de esta comparación de la forma actual del hombre con su forma primitiva de donde obtendríamos útiles intuiciones sobre nuestro destino original. Pero a falta de esta importante comparación, que, es cierto, no está al alcance de muchas personas, podríamos al menos sacar algunas inferencias esclarecedoras sobre nuestro estado anterior, considerando las prodigiosas maravillas que con nuestra industria seguimos sacando de los actuales órganos corpóreos de nuestra forma, cosas todas ellas que, a pesar de nuestro reducido tamaño, y de los recursos artificiales a que estamos limitados, deberían abrir los ojos a las maravillas naturales que habríamos generado si hubiéramos conservado todos los derechos anejos a nuestra forma corpórea primitiva.

Imágenes religiosas y sus orígenes

En cuanto a los abusos del antropomorfismo religioso por el que los templos se llenan de estatuas humanas que tan fácilmente se convierten en objetos de idolatría y adoración para los hombres sencillos, tienen que ver con el propio movimiento que tuvo lugar en el corazón

de Dios en el momento de nuestra caída para la restauración del género humano, movimiento por el que este corazón divino se transmutó en Hombre-Espíritu.

Ahora bien, como esta alianza de restauración es sembrada en todos los hombres por sus sucesivas generaciones, están siempre dispuestos a ver despertar en ellos esta semilla, y a considerar los ídolos humanos que se les presentan como la expresión y el cumplimiento de esta alianza, cuya necesidad les apremia, aunque el sentimiento secreto que les provoca sea tan confuso. Es más, siempre están dispuestos a formar para sí mismos, tanto interior como exteriormente, modelos sensibles, por medio de los cuales desearían que esta gran obra tuviera lugar y se cumpliera para ellos.

Así, la necesidad de acercar al hombre-Dios a ellos, y la facilidad con que creían lo que deseaban, fue el principio subyacente a la creación de ídolos humanos y al homenaje que se les rendía. El engaño, pues, operando sobre la debilidad y la ignorancia, no ha tenido dificultad en propagar supersticiones, tanto las meramente absurdas, como las absurdas y criminales, aunque esto no excluye el origen espiritual activo que también pudo tener el antropomorfismo, como he indicado anteriormente.

La obra de la perfecta regeneración tras la muerte; el poder del enemigo; la Virgen en el alma

Sólo la renovación de nuestro ser aquí abajo nos proporciona realmente lo que los hombres esperan en vano de sus supersticiones y de sus ídolos; e incluso esta renovación no es más que la preparación de nuestra regeneración perfecta que, como hemos visto, sólo tiene lugar cuando somos separados de nuestros principios corpóreos, o mediante el derramamiento de nuestra sangre. Así, después de nuestra muerte, estamos como suspendidos en el gran ternario, o triángulo universal que se extiende desde el primer ser hasta el nacimiento, y del que cada una de las tres acciones atrae hacia sí cada uno de nuestros principios constitutivos divinos, espirituales y elementales, para reintegrarlos si somos puros, y dar a nuestra alma la libertad de volver a su fuente. Y esto es lo que Cristo permitió que le sucediera físicamente a través de su tortura y en su tumba.

Pero si no somos puros, el enemigo que no se opone a la separación de las partes corporales que sólo son de forma, se opone a la reintegración de los principios sobre los que el alma le ha permitido tomar el control; y lo mantiene todo bajo su dominio, con gran perjuicio para el alma desgraciada que ha caído víctima de él.

Ahora bien, sólo podemos facilitar esta reintegración de los principios en la medida en que hayamos dado a luz en nuestra alma a una virgen eterna, en la que pueda incorporarse el hijo del hombre con sus virtudes y poderes, del mismo modo que sólo podemos dar a luz en nosotros a esta virgen eterna reviviendo en nosotros nuestro cuerpo primitivo o el elemento

puro. Y es aquí donde observaremos y veremos escritas en el hombre todas las leyes de los sacrificios figurados de los que nos hemos ocupado hasta ahora, y de los que el hombre es el objeto, aunque parezca ser sólo el órgano y el instrumento.

El Hombre es el microcosmo donde el sacrificio es ofrecido

Siendo el hombre en sí mismo una pequeña abreviación de los dos mundos físico y divino, es cierto que su cuerpo contiene las esencias de todo en la naturaleza, así como su alma contiene las esencias de todo en la divinidad. Así debe haber en su cuerpo correspondencias con todas las substancias del universo, y por consiguiente con los animales puros e impuros, y con todo lo que podría caer bajo las regulaciones de los sacrificios; y aunque no discernimos estas esencias en nosotros mismos, podemos creer en la realidad de sus correspondencias con el exterior, por las formas sensibles y las imágenes que estas esencias presentan a nuestro pensamiento, y por todos los símbolos e imágenes que los espíritus buenos y malos toman prestados diaria y físicamente para nuestra instrucción y nuestra prueba.

No es, pues, necesario que conozcamos físicamente todas estas cosas para realizar el sacrificio; basta que nuestra intención sea pura y activa para que se cumplan en nosotros estas primeras etapas de la ley material. Basta que, por la rectitud de nuestro sentido espiritual natural, dejemos actuar al principio de verdad que nos anima, porque tiene bajo él a sus sacrificadores que inmolarán en nosotros los animales puros cuya ofrenda puede sernos útil, y que separarán de nosotros los animales impuros que no deben entrar en los sacrificios.

Esta es la ley que opera, por decirlo así, sin nuestro conocimiento; que sólo exige de nosotros la pureza legal recomendada al pueblo hebreo; pero que no exige de nosotros más conocimiento que el que ellos mismos tenían cuando se acercaban a sus ceremonias: es la ley de la infancia que debe conducirnos con seguridad a la ley pura del hombre realizado.

Que no quepa duda de que la inmolación de estos animales puros en nosotros nos abre caminos de saludables correspondencias, como hemos visto que sucedía al pueblo hebreo cuando inmolaba a sus víctimas externas.

El efecto, sería aún más cierto y más positivo para cada hombre individualmente si este orden no fuera constantemente perturbado por las naciones extranjeras que permitimos que asistan al sacrificio, y por los animales impuros que permitimos que se pongan bajo el cuchillo del sacrificador, y que nos abren las correspondencias opuestas a las que nos serían necesarias; porque aquí todo actuaría en los principios del hombre; en lugar de que, en la ley figurada de los hebreos, todo actuara exteriormente.

Pero como este trabajo preliminar está más allá de las facultades del hombre en la primera edad, corresponde a sus tutores y guías temporales dirigirlo en él, e incluso responder de su destino cuando llegue a la siguiente edad.

La jornada individual rumbo a Canaán.
Los Diez Mandamientos

Cuando ha llegado a este momento con los preparativos que acabamos de mencionar, entonces la ley espiritual se une en él a la ley sensible, hasta que ocupa enteramente su lugar. Esta ley espiritual se anuncia en nosotros con un brillo espantoso, tal como se anunció al pueblo hebreo en el monte Sinaí; anuncia altamente en nosotros el primer mandamiento del Decálogo: *Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; no tendrás dioses ajenos ante mí*.

Su voz resuena en todo nuestro ser: no sólo nos hace huir de todas las falsas divinidades que son derribadas por el terror de estas palabras; también destruye todas las naciones extranjeras o todos los afectos idólatras con los que habíamos vivido entre los caldeos, hasta que seamos llamados a la tierra de Canaán.

Luego pronuncia todos los demás preceptos del Decálogo, que no son más que una continuación necesaria de este primer precepto. Ahora bien, como sólo pronuncia esta ley, que es a la vez saludable y terrible, en el momento en que se supone que hemos salido de la tierra de Egipto y disfrutamos de nuestra libertad, a partir de entonces estamos sometidos a la ley del espíritu, y nos hacemos responsables de nuestra propia conducta, a la luz de esta ley que se nos traza. Por eso se nos recomienda en el Deuteronomio (6:6-9)[14] que grabemos esta ley en nuestros corazones, escribirla en nuestras puertas, etc.

La sujeción espiritual individual,
el sacrificio y la liberación llevan a la era profética individual

En este nuevo estado, la ley de los sacrificios sigue sin duda siendo necesaria para nosotros; pero entonces somos nosotros los que nos convertimos en levitas y sacerdotes, ya que el acceso al altar está abierto para nosotros, y debemos, según el rito levítico, inmolar cada día al Señor las víctimas que ha elegido para sí en nosotros, para holocaustos y sacrificios de olor agradable a Él.

---

[14] *"Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas."*

Debemos [ofrecer este sacrificio], digo, por nuestro propio beneficio, y esto por la razón fundamental de las correspondencias; porque haciendo un santo uso de los principios que nos constituyen, nos unimos con acciones restauradoras que son semejantes a ellos. Además, debemos hacerlo continuamente, para conformarnos con el espíritu que se establece en nosotros, porque el acto del espíritu no debe interrumpirse, sino crecer siempre.

A esta importante ocupación se consagra lo que podemos llamar la primera edad de la ley del espíritu; y esta obligación es tan rigurosa para nosotros, que si no la cumplimos, volvemos pronto a caer en diversas servidumbres análogas a nuestras prevaricaciones; pero también, cuando agobiados por el yugo de nuestros tiranos, invocamos la mano suprema, ésta suscita diversos libertadores que nos devuelven a nuestros caminos.

Este socorro se funda en las chispas de vida y de luz que nuestra apelación a la ley del espíritu ha sembrado en nosotros, y que, no apagándose del todo a pesar de nuestros caminos errantes, fermentan tanto más a través del apremio y del tormento de nuestras diversas esclavitudes, y por este medio lanzan algunos rayos que la Divinidad reconoce como propios, y que la impulsan a descender para venir en ayuda de su desdichada criatura.

Así se comportó con los hebreos, cuando llegó el momento de su liberación de Egipto, porque no hay que olvidar que eran los hijos de la promesa y que llevaban en sí el espíritu de la elección de su padre; así se comportó con ellos durante el reinado de los jueces, cuando representaban al hombre en su ley de emancipación o de libertad. Finalmente, es así como, en una alternancia casi continua de caídas y recuperaciones, llegamos a la segunda edad de la ley del espíritu, o edad profética.

Cuando la edad profética individual es alcanzada completamente, el espíritu del Hombre arde con él a fin de propagar la Verdad

Pues hay que recordar que se dijo al padre de los judíos que todas las naciones serían benditas en él; sin embargo, hasta esta edad profética, el pueblo hebreo vive apartado de todos los pueblos, y sólo tiene relaciones con ellos para combatirlos; su ley les prohíbe aliarse con extranjeros, y les ordena ejercer en su provecho exclusivo el culto y las ceremonias de las que han sido los depositarios. Esta imagen es representativa de lo que tenemos que hacer en nuestra primera edad de la ley del espíritu, cuando debemos librarnos de todo lo que nos impediría crecer y adquirir los dones necesarios para que un día las naciones sean bendecidas en nosotros.

Pero cuando llegó la era profética, fue entonces cuando se sembraron en Israel las primeras semillas de la caridad, del mismo modo que la institución de los sacrificios había sembrado en él las primeras semillas del espíritu. Este pueblo, que hasta esta edad profética se había

considerado a sí mismo solo y había despreciado a todos los pueblos, comenzó a sentir, a través del alma de sus profetas, el celo por retornar a las naciones a la verdad.

Fue entonces cuando sus profetas se sintieron oprimidos por el dolor de los males que amenazaban no sólo a Israel, sino a todos los pueblos prevaricadores de los que estaba rodeado. Fue entonces cuando se les encargó anunciar la ira del Señor a Nínive, Egipto, Babilonia y todas las islas de las naciones.

La razón de ello es fácil de ver; era el momento en que comenzaban a cumplirse las promesas de la alianza abrahámica; pero el pueblo hebreo, estando más adelantado en el cumplimiento de estas promesas que los demás pueblos, experimentaba entonces los primeros dolores de la caridad, mientras que los demás pueblos sólo recibían todavía advertencias. Es así como el hombre individual que ha pasado por la primera edad del espíritu comienza también a sufrir por las tinieblas de sus semejantes, y se siente urgido por el deseo de llamarlos de nuevo a la verdad.

En esta nueva edad, el hombre continúa indudablemente cumpliendo la ley del sacrificio, puesto que no puede cumplirse plenamente hasta que haya derramado su sangre; pero se establece en él una acción más fuerte que la de la primera edad del espíritu, y esta acción le gobierna y domina, porque es la acción divina misma que comienza a hacer su aparición en la tierra; sin embargo, le deja libre, porque sólo es una ley de iniciativa y de advertencia, y no una ley de operación.

Así hemos visto a muchos profetas resistirse a las órdenes que recibían, del mismo modo que vemos a muchos hombres en la segunda edad del espíritu no hacer el uso que deberían de toda la ayuda que les comunica, razón por la cual hay tantos elegidos que no alcanzan la plenitud de su elección.

No es menos cierto que es en esta segunda edad del espíritu, o, si se quiere, en esta primera edad divina, donde comienza a cumplirse el verdadero espíritu de sacrificio, del que la caridad y la felicidad de los seres fue, desde el principio, el único fin.

Y así el espíritu divino, al descender sobre los profetas y cargarlos con el peso de las naciones, aliviaba a esas mismas naciones de parte del peso que las aplastaba, para que a su vez pudieran recibir más fácilmente los primeros rayos de luz que las conducirían de nuevo a su camino; podían finalmente, a través del dolor y la angustia del profeta, ver realizado espiritualmente en ellas lo que hemos visto realizado sensiblemente a través de los sacrificios materiales.

Este es también el empleo del hombre particular que llega a esta segunda edad del espíritu; y puede decirse que sólo entonces comienza verdaderamente la edad del hombre, o el verdadero ministerio del Hombre-Espíritu, puesto que sólo entonces puede comenzar a ser útil a sus hermanos, ya que en las edades precedentes sólo era útil a la naturaleza y a sí mismo solamente.

La edad divina para la bendición de todos

Cuando llegó la gran edad de la salvación, el verdadero espíritu de sacrificio adquirió una extensión aún mayor; ya no se limitaba, como en la primera edad del espíritu, al beneficio de un pueblo particular; ni siquiera se limitaba a simples advertencias para otros pueblos, como en el tiempo de los profetas; sino que abarcaba a toda la familia humana, atrayendo a todos hacia sí para el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham de que todos los pueblos serían benditos en él.

Esta gran época divina del Reparador pone al hombre que sabe aprovecharla en el camino de su verdadera restauración, proporcionándole los medios de liberar a los esclavos de la casa de servidumbre, y de manifestar en todas las regiones y en todas las clases la gloria, la justicia y el poder del Ser soberano, cuyo sello y carácter le transmite el santo Reparador.

Esto revela el verdadero significado de las palabras dirigidas a Jeremías (1:10): *Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar*. Porque Jeremías fue establecido sólo sobre reinos terrenales, mientras que el reinado de Cristo establece al hombre sobre todos los reinos espirituales.

Paz y armonía bajo la nueva ley del Amor

Cuando el hombre entra en la ley del espíritu, hemos visto que recibe el primer precepto del Decálogo: *Yo soy el Señor tu Dios*, etc. Cuando entra en la ley del Reparador, recibe un nuevo precepto, el de *amar al prójimo como a sí mismo*, y este precepto es la clave de la obra de Cristo; porque ¿qué hombre está en servidumbre que no haría todo lo posible por recobrar la libertad? Debe, pues, esforzarse por dar la libertad a su prójimo, si lo ama como a sí mismo. Y si no ama a su prójimo como a sí mismo, no ha sido iniciado en el espíritu del Reparador, que nos amó hasta sumergirse con nosotros en nuestros abismos para sacarnos con él.

Aunque sólo podamos repetir de manera limitada, con respecto a nuestros semejantes, esta inmensa obra que el Reparador ha hecho por toda la familia humana, rompiendo ante ella las puertas de la muerte y de su prisión, es, sin embargo, sólo por su espíritu que podemos ejercer la parte que nos está reservada. Y si a través de los sacrificios de animales la ley ha enviado acciones temporales regulares sobre los hombres, si a través de la voz de los profetas, la sabiduría ha enviado acciones espirituales regulares sobre las naciones, a través de la voz del amor y de la santidad del Reparador, podemos hacer descender sobre nosotros mismos, como sobre nuestros hermanos y hermanas, las mismas virtudes divinas que les aportan la paz, el orden y la armonía sagrada según las medidas que nos son permitidas aquí abajo.

El perfeccionamiento de nuestras facultades de aquí en adelante requiere el sacrificio de todo lo que es de este plano

Es cuando nuestra envoltura transitoria se disuelva, cuando el tiempo se desvanezca para nosotros como un libro, que gozaremos más plenamente del espíritu de la vida, y que beberemos con el Reparador el jugo nuevo de la vid eterna, que restaurará nuestras facultades originales a su condición perfecta, para ser empleadas entonces en los planes que le plazca prescribirnos.

Pero sería en vano que nos prometiéramos tal gozo para el futuro, si no hubiéramos cumplido fielmente todos nuestros sacrificios aquí abajo, tanto los relativos a nuestra renovación personal como los relativos a la ofrenda voluntaria de todo nuestro ser terrenal y mortal, y esto mediante nuestro cuidado diario de hacer de nosotros mismos una víctima regular e inmaculada. Porque en aquella región invisible en la que entraremos cuando dejemos este mundo, no encontraremos más tierra para recibir esas diversas clases de sangre que necesariamente debemos derramar para recobrar nuestra libertad; y si llevásemos con nosotros la corrupción de que son susceptibles esas diversas clases de sangre, no nos quedaría más que angustia y dolor, puesto que el tiempo y el lugar de los sacrificios voluntarios habrían pasado.

Esta vida es nuestra decimoprimera hora: ¡trabaja en ella!

Pensemos, pues, en nuestra vida real. Pensemos en el trabajo activo al que debemos todos nuestros momentos, y no sólo tendremos el ocio de saber si hay para nosotros futuras angustias que temer, o si no las hay, tanto nos llenaremos del celo de justicia. Es sólo el crimen el que suscita estas ideas angustiosas en el espíritu del hombre, y es sólo su inacción la que le lleva al crimen, porque le lleva al vacío de su espíritu.

Así pues, es el vacío de su espíritu lo que le hace caer en el desaliento, haciéndole creer que el tiempo perdido no puede ser reparado. Esto puede ser cierto de las cosas que se hacen sólo en el tiempo y por el tiempo; pero ¿es igualmente cierto de las cosas que se hacen por el espíritu y para el espíritu? Si el Espíritu no tiene tiempo y no conoce el tiempo, ¿no puede un solo acto hecho por el Espíritu y para el Espíritu devolver al alma todo lo que ha dejado de recoger, o incluso todo lo que ha perdido por su negligencia?

Es aquí, sobre todo, donde debemos recordar la hora undécima; pero también debemos ver que si el que fue llamado a ella recibió incluso mucho más que su salario, es porque al menos había trabajado durante esta hora undécima, sin la cual no habría recibido nada en absoluto, y así nosotros no tendríamos nada que reclamar en salario si esta hora undécima que nos queda, después de haber gastado en vano las otras horas, no la llenáramos trabajando en la obra del espíritu.

Desde la caída, todos nosotros sólo podemos ser trabajadores de la undécima hora, que de hecho comenzó en el momento en que fuimos despojados de nuestros derechos. Las diez horas que preceden a esta hora han permanecido lejos de nosotros y como perdidas para nosotros, de modo que toda nuestra vida terrena no es realmente para nosotros más que la undécima hora de nuestro día eterno y verdadero, que abarca el ciclo universal de las cosas. Juzguemos por esto si tenemos un momento que perder.

Obstáculos y cruces son puntos de partida: "¡Vela!"

Pero también se nos suministra abundantemente todo lo que necesitamos para llevar a cabo útil y provechosamente el trabajo de esta hora undécima; planes, materiales, instrumentos, nada se nos oculta. Incluso los obstáculos y peligros que encontramos en nuestro trabajo, que se convierten en cruces para nosotros cuando retrocedemos ante ellos, se convierten en peldaños y medios de ascenso cuando los superamos; porque la sabiduría que nos expone a ellos no tiene otra intención que ayudarnos a triunfar.

Sí, si vigiláramos fielmente nuestro puesto, el enemigo nunca entraría en la ciudad, por poderoso que fuera. Pero también debemos vigilar todos los pasos con una actividad tan sostenida que dondequiera que [el enemigo] se presente nos encuentre vigilantes y lo bastante fuertes para resistirle. Basta un momento de negligencia por nuestra parte para que el enemigo, que nunca duerme, abra una brecha, organice un asalto y tome la ciudadela.

Así pues, reavivemos nuestro valor. Si nuestra rehabilitación espiritual requiere realmente todos nuestros cuidados, también podemos considerarla asegurada siempre que estemos decididos a emprenderla, pues la enfermedad del alma humana, si se me permite la expresión, no es más que una especie de transpiración detenida; y la suprema sabiduría no cesa de hacer pasar en nosotros saludables y poderosos sudoríficos que tienden constantemente a restablecer la circulación y el orden en nuestros líquidos.

La muerte está comprendida en nuestra obra; ¿cómo es superada?

La misma muerte, que también forma parte de nuestra obra, está dirigida y graduada con la misma sabiduría que rige todas las operaciones divinas. Nuestros lazos materiales se rompen gradualmente, de una manera casi insensible. Los niños, todavía enteramente bajo el peso de su materia, no tienen idea de la muerte, porque la materia no sabe lo que es la muerte, ya que tampoco sabe lo que es la vida o el espíritu.

Los jóvenes, en quienes este espíritu o vida comienza a traspasar su materia, tienen más o menos miedo a la muerte, según estén más o menos imbuidos de este espíritu, o de la vida, y según se sienta más o menos en ellos el contraste entre su espíritu y su materia.

Los hombres maduros y los ancianos en quienes su espíritu o su vida han hecho sus desarrollos, y que han seguido fielmente la ley de su ser, están llenos de los frutos de su trabajo cuando llega el fin de su carrera, que ven no sólo sin temor y sin pesar, sino incluso con alegría, la demolición de su envoltura material.

Por su parte, esta envoltura material, habiendo estado perpetuamente impregnada de los frutos de su trabajo, ha sufrido casi imperceptiblemente la descomposición diaria de sus resortes, y si se hubieran seguido los planes restauradores, comúnmente habría sufrido sin dolor su propia demolición final. ¿Es posible concebir algo más dulce que todas las progresiones que la suprema sabiduría ha establecido para la rehabilitación del hombre?

Los poderes del Alma humana tras la muerte

Pero si tales son los placeres que la devoción al Ministerio del Hombre-Espíritu nos presenta, aun aquí abajo, ¿qué no ha de ofrecer esta devoción al alma humana, una vez que ha depositado sus restos mortales?

Vemos que aquí abajo nuestros cuerpos están destinados a gozar de todas sus facultades y a comunicarse entre sí. Cuando no gozan de ninguna de sus facultades, nada se comunican entre sí, como vemos en el caso de los niños.

Cuando de todos estos cuerpos unos gozan de sus facultades y otros no, los que gozan de ellas pueden comunicarse con los que no, y conocerlos; mientras que estos últimos no saben nada de los primeros. Apliquemos esto a las leyes de las almas.

Los que aquí abajo no gozan de sus facultades, están respectivamente en la nulidad absoluta; pueden estar colocados unos cerca de otros, pero mueren juntos sin conocerse y sin transmitirse ninguna impresión. Tal es el caso de la mayor parte de los hombres del mundo, por no decir tal vez el de la humanidad entera; porque durante nuestro viaje terrestre, nuestras almas están las unas con las otras como los cuerpos de los niños están los unos con los otros en la cuna, y realmente no se comunican entre sí en comparación con aquellos tesoros activos con los que se habrían enriquecido mutuamente si hubieran permanecido en su armonía primitiva.



Las almas liberadas se comunican entre sí y con las que están encarnadas

Cuando algunas de estas almas dejan este estado de infancia, es decir, cuando dejan sus cuerpos, y después de haberse dedicado aquí al verdadero Ministerio del Hombre-Espíritu, se encuentran, después de la muerte, en el goce de sus facultades, y no es de extrañar que puedan comunicar algunos de sus tesoros a las almas todavía encarnadas, aunque éstas no comprendan ni la razón ni los medios de esta comunicación, aunque sientan sus efectos. Es así como el cuerpo de un niño puede sentir las impresiones saludables que un cuerpo que goza de sus facultades puede ocasionarle, aunque no vea la fuente ni pueda conocerla.

Finalmente, cuando varias de estas almas regeneradas gozan de sus facultades activas después de haber abandonado sus cuerpos, no es de extrañar que desarrollen todas sus relaciones entre sí, y esto debe parecer tan natural que no hay necesidad de buscar pruebas de ello en el orden físico.

La admirable belleza de un alma regenerada y su comunicación

Ahora bien, si a pesar de nuestra degradación y de los pocos tesoros que podemos comunicarnos unos a otros en la tierra, nos sentimos sin embargo tan transportados cuando sólo podemos vislumbrar en las virtudes de nuestros semejantes, como es la belleza de un alma, como es su sublime dignidad. En fin, cuando vislumbramos estas débiles ramas que al hombre se le permite manifestar todavía hoy, aunque sólo a intervalos, juzguemos las alegrías que deben esperarnos en la verdadera región, cuando nuestras almas, armonizadas y liberadas de sus cuerpos terrestres, estén todas juntas, cuando se comuniquen todas las maravillas que habrán adquirido durante su hora undécima, y todas las que no dejarán de descubrir en la región del infinito.

El amor de Dios y la insensibilidad del Hombre, dos milagros

¡Oh Hombre!, que deseas entrar desde este mundo en el glorioso ministerio del Señor, representa para ti diariamente el cuadro de estas aguas reparadoras que, desde el crimen, la suprema bondad no ha cesado de derramar en las diferentes épocas de la posteridad humana; pues has escudriñado suficientemente los caminos de Dios hacia nosotros para saber que cuida no sólo de toda la familia, sino también de cada hombre en particular, como si tuviera uno solo a quien atender.

Es así como una antorcha colocada en medio de un círculo de hombres ilumina a cada asistente con toda su luz a cada uno. Es así como el sol muestra todo su rostro a todos los mortales que se acercan a su vista; es así como la fuente divina de admiración es universal, y sólo busca penetrar en todas las almas que desean abrirse a su luz.

Pero después de haber admirado esta fuente inagotable, cuyos tesoros fueron prodigados al hombre en el momento de su origen, y por el pacto divino, y que desde su caída se han acumulado y siguen acumulándose a nuestro alrededor, ¡qué dolorosa impresión sentirás cuando, a pesar de estos tesoros, veas al hombre languidecer en el desamparo y en tales privaciones, y que su oscura morada parece descansar sólo sobre dos elementos: la desesperación y la muerte!

El hombre había abusado de los dones superiores que se le habían concedido en los días de su gloria: después de su crimen, abusó del mismo amor que vino a buscarle en su ignominia. Cuantos más favores se le concedían, más multiplicaba su ingratitud; y al recorrer estos vastos cuadros, descubrimos las dos prodigios más sorprendentes para la inteligencia y la sensibilidad del hombre. El primero es el milagro del amor de Dios por el hombre, a pesar de nuestros crímenes e injusticias; el segundo es nuestra insensibilidad y desdén por Dios, a pesar de su amor y devoción por nosotros.

Consecuencias de la insensibilidad del Hombre; su cuerpo es un dolor, sus vestiduras es su revestimiento, su vida es su muerte

No, no hay nada por encima de estos dos milagros. Pero, ¿qué ha sido del hombre a consecuencia de esta incomprensible ingratitud (y es a todos mis desgraciados hermanos a quienes puedo dirigir estos lamentos)?

En lugar de esta superioridad que debería pertenecernos en todas las esferas, y por la cual podríamos dar testimonio en todas las regiones de los dominios divinos, ¿cuál es el estado de los diferentes reinos o mundos que nos componen?

No hace falta decir que, desde nuestra degradación, nuestros cuerpos son presa cotidiana de los elementos que los devoran, igual que el buitre roe sin cesar las entrañas de Prometeo. Sabemos muy bien que todo el cuerpo del hombre es como una herida siempre supurante, y que su vestimenta es un vendaje quirúrgico que requiere de constante cambio para que la herida no adquiera un carácter pestilente.

Aunque esta herida no tome un carácter semejante en el exterior, no ignoramos que llevamos dentro de las sustancias que nos constituyen desde el crimen un veneno corruptor que consume secretamente toda nuestra carne, y que el hombre no puede librarse de este veneno;

que no puede corregir su malignidad; que no puede detener su progreso ni un solo instante, porque este mismo veneno es el fuego devorador sobre el que descansa ahora nuestra existencia, y que es reconocido por las ciencias humanas, al menos por sus efectos, como el principio de nuestra destrucción, ya que admiten que nuestra respiración animal no es más que una lenta combustión.

¿Quién no sabe, pues, que todos los individuos que vagan por esta superficie no son más que otros tantos instrumentos necesarios de su propia muerte; que sólo pueden gozar de un soplo de vida comprándola al precio de la vida misma, y que producen en el mismo acto su destrucción y su existencia? Y éste es el vestido de muerte con que el hombre ha sustituido a la forma pura e inmortal que hubiera podido extraer eternamente de los tesoros divinos.

No hace falta decir tampoco que para contener este fuego que nos devora, sólo tenemos a nuestra disposición alimentos corrosivos como él, que depositan diariamente sus sedimentos en nosotros, y nos dan la vida al mismo tiempo que la muerte.

Por último, ¿qué ayuda encuentran las enfermedades y dolencias que se unen en nosotros por estos defectos naturales en quienes se comprometen a curarnos? Como sabemos, las sustancias curativas que utilizan están infectadas como nuestros propios cuerpos y como la misma naturaleza. Sólo nos son útiles en la medida en que están unos grados menos infectadas que nuestro desgraciado individuo. Nada está vivo en ellas ni en nosotros, o al menos todo tiene sólo una vida y una fuerza relativas; es la muerte la que se ocupa de la muerte.

¿Por qué el Hombre se avergüenza de su estado y de su naturaleza?

Independientemente de estas imperiosas calamidades, el estado de naturaleza nos avergüenza, en cuanto que nos vemos obligados a proveer a nuestras necesidades de un modo que ya no está en consonancia con la dignidad de nuestro ser; en cuanto que nuestro deseo ya no basta para ello, y nuestro discurso activo ya no se manifiesta; en que todas estas preocupaciones temporales, y todas las ventajas temporales que buscamos constantemente procurarnos, son el signo de nuestra reprobación, y al mismo tiempo de nuestra desconfianza en nuestro principio cuya ayuda vivificante y creadora ya no merecemos desde la caída; por último, en que insultamos en cierto modo a la verdad suprema, puesto que sólo nos preocupamos de prescindir de ella para el mantenimiento de nuestra existencia, mientras que sólo en ella, y sólo mediante su poder viviente, debe mantenerse la existencia, el movimiento y la vida de lo que ha creado y hecho nacer de su fuente universal.

Pero lo que es más lamentable, aunque menos observado, son esas acciones destructivas y esos gérmenes de poderes criminales y desorganizadores que dejamos entrar en nuestras esencias por todos nuestros sentidos y por todos nuestros poros, y que acaban por apoderarse

de todos nuestros órganos, y por hacer de nuestros cuerpos a la vez receptáculos e instrumentos de abominación, lo que es el caso de casi toda la especie humana. Y esto es tanto más lamentable cuanto que tenemos el derecho y el poder de defendernos contra ello; mientras que no podemos tener el mismo control sobre la obsolescencia de nuestras esencias mismas, y no podemos impedir que se disuelvan y nos den la muerte como nos dan la vida.

Las causas de nuestra seducción, lecciones para ser extraídas

Pero, ¿cuál es la causa del prestigio de estas ilusiones que comienzan seduciéndonos y terminan precipitándonos en tan desastrosos precipicios? Desgraciadamente tiene que ver con una fuente que llega a ser tan perjudicial para nosotros sólo porque debería haber sido nuestra gloria si hubiéramos sabido contenerla dentro de sus límites. Proviene del hecho de que es siempre el espíritu, aunque inferior, el que obra sobre nosotros cuando escuchamos la voz o la atracción de un falso afecto. Este espíritu actúa sobre nosotros, y nos representa en formas sensibles una base donde nos complacemos por encontrar las delicias que nos promete. De este modo se insinúa en nuestras esencias, dándoles impresiones que nos encantan y seducen.

Sólo porque todo en este negocio es espíritu nos parece tan delicioso. Pero no nos damos tiempo para discernir qué es ese espíritu. Nos apresuramos a llevar esta imagen vívida de la que estamos enamorados a un objeto terrenal que siempre está dispuesto a vincularse a ella. Allí la acción del espíritu se desvanece, y la de la naturaleza ocupa su lugar, y como es limitada, pronto nos hace sentir su límite y su nada. De esto podemos deducir tres instrucciones.

La primera es que el espíritu inferior nos engaña doblemente, en cuanto que nos muestra espiritualmente las delicias que ya solo podemos conocer en la naturaleza a través de la materia, y en cuanto que esta materia se queda por debajo de la realidad de estas delicias que se nos muestran espiritualmente. Ahora bien, sólo la mente mal ordenada puede contribuir a estas desarmonías y desproporciones. Una mente bien ordenada nos mostraría, aunque siempre por medio de imágenes, qué parte de las delicias debe pertenecer a nuestro espíritu en nuestras relaciones terrenas, y cuál es la ilusión de las delicias que pertenecen a nuestra materia. Por este medio, nuestros dos seres no serían engañados, porque el orden reinaría en ambos.

La segunda instrucción es la que nos enseña por qué aquí los hombres avanzados en edad, pero que se han hecho marionetas de sus sentidos, gozan todavía en sus espíritus depravados de todos los deleites que su materia ya no puede experimentar; pues esto no es más que una prolongación de su primer afecto, o de esta acción del espíritu inferior.

Finalmente, la tercera instrucción es la que nos dice de dónde procede el disgusto que sigue a nuestras ilusiones; pues no es por medio de la materia que debíamos actuar.

¿Desea el hombre considerarse a sí mismo en relación a sus conocimientos, o en relación a su espíritu? Encontrará nuevos temas de lamentación; porque se verá entregado a conocimientos sistemáticos y conjeturables; a esfuerzos continuos para buscar sólo cómo compondrá la nomenclatura de sus ciencias; finalmente a nubes de ideas que luchan constantemente entre sí y hacen de su pensamiento un mar mil veces más agitado y tempestuoso de lo que es la atmósfera en medio de las más violentas tempestades.

¿Qué sucederá, pues, si penetra en su ser atemporal?

Lo encontrará no sólo enterrado en el infierno divino, sino a menudo incluso en un infierno más activo, y sólo esperando la ruptura de sus lazos terrenales para efectuar su unión completa con este infierno activo del que es visiblemente el órgano y ministro en la tierra.

¿Cómo será cuando, en esta deplorable situación, se encuentre rodeado de empiristas de todo tipo, que nunca le abrirán los ojos sobre el origen de su enfermedad, impidiéndole así buscar el remedio?; ¡qué digo! que incluso le anulan los remedios más específicos y sólo los sustituyen por paliativos ineficaces o perjudiciales. ¡Y el hombre aún podría seguir siendo insensible a su miseria y desatento a los peligros que le rodean!

Pero ¿qué otro destino, qué otra recompensa podía esperar, después de haber pagado, con tanta ingratitud como hizo, todos los dones y todos los tesoros de la generosidad eterna?

Pero ¿qué otro destino, qué otra recompensa podía esperar, después de haber pagado, con tanta ingratitud como hizo, todos los dones y todos los tesoros de la generosidad eterna?

Así que este hombre, que fue hecho para aplacar la ira de Dios, es el que la provoca una y otra vez, sustituyendo la luz por las tinieblas, y mil obras falsas por la única obra verdadera que lleva dentro de sí. No tenía más amigo cercano que su interior en quien apoyarse, para oír hablar de Dios y participar de los frutos y maravillas de la admiración. En vez de atesorar este recurso, se hizo su enemigo más íntimo y mortal; creyó prudente confundirse con la bestia, cometer todas las atrocidades que se siguen de este sistema, y crearse así el infierno activo que sólo debió vislumbrar, y sólo durante su tiempo de prueba.

La naturaleza sólo le ofrece la abundancia de sus cosechas; los elementos, sólo su reacción saludable; el espíritu del universo, sólo su aliento y su luz; los animales útiles, sólo sus servicios y beneficios; los animales malignos e incluso los venenos, él tiene los medios para vencerlos y destruirlos por sí mismo, mientras que él mismo sólo trabaja para infectarse.

Así que aquí estás, rey del mundo, en un estado tan abyecto e infernal, que ni siquiera eres tu propio rey, y que de todo lo que compone tu imperio, sólo te tienes a ti mismo para estre-

mecerte, ¡y no puedes contemplarte sin horror! Pues es la transposición de tu voluntad la que lo ha puesto todo patas arriba, y las cosas universales sólo van tan mal porque los hombres transponen continuamente su voluntad falsa y variable en lugar de la ley verdadera y eterna, y no sólo quieren gobernar a las cosas universales a su manera, sino que también quieren componerlas ellos mismos, en vez de limitarse simplemente a rendirse a su acción.

Sufrimiento,
la puerta estrecha por la cual el Hombre de Deseo debe pasar ahora

Si un hombre de deseo aspirase a ser uno de los obreros del Señor, ¿cuáles serían sus medios para acudir en ayuda de sus semejantes, en este estado de angustia espiritual, y en el temible peligro que amenaza constantemente su ser más íntimo? Sólo tendría lágrimas que ofrecerles; se vería reducido a estremecerse ante su miserable estado, y sólo podría ayudarles con sus sollozos.

Hombre de deseo, recuerda que la esencia fundamental del hombre pronunciaría naturalmente una palabra sublime y nutritiva si se le devolviera a sus elementos primitivos. ¿Cuál es esta palabra y toda la gloria de su principio? ¡SANTO! ¡SANTO! ¡SANTO! Esto es lo que pronunciaría sin interrupción durante toda la eternidad.

Hoy el lenguaje del hombre ha sufrido, como el hombre mismo, una espantosa alteración; y antes de recuperar este lenguaje primitivo, que era exclusivamente el lenguaje de la santidad y de la felicidad, las esencias del hombre sólo pueden pronunciar la palabra *dolor*, porque ésta es la principal sensación de que ahora son susceptibles. Escucha con atención esta palabra *dolor*, cuando se pronuncie en ti; escúchala como la primera de las voces auxiliares que hoy se oyen en los desiertos del hombre: recoge con cuidado este precioso y específico remedio como el único bálsamo que puede curar a las naciones.

Desde la gran alteración de las cosas, la vida de la naturaleza sólo descansa sobre esta base. Desde la degradación del hombre, no tenemos otra manera de sentir nuestra propia existencia espiritual y divina; no tenemos otra manera de hacerla sentir a nuestros semejantes. Este no es el dolor de los místicos que llevaron el amor hasta el punto de deleitarse en las aflicciones; era su propia salvación, su propia felicidad lo que contemplaban en sus sufrimientos. Aquí ni siquiera tendréis tiempo de pensar en vuestra propia santidad, ya que estaréis constantemente vejados y como aplastados bajo el peso de esta encrucijada de poderes, que hace nacer la vida en todos los seres.



La obra del Hombre de Deseo se extiende hasta el primer Hombre o en todo árbol del Hombre

Sin duda, este simple cuadro podría bastar para encender vuestro ánimo y excitar vuestra devoción; pues ¿qué mejor motivo que el que lleva al hombre a trabajar por la sabatización del alma humana? Pero este motivo se hará mucho más urgente y activo cuando os deis cuenta de que vuestra obra no se limita a toda la posteridad, pasada, presente y futura, del primer hombre, sino que puede extenderse hasta el mismo primer hombre, por la relación que esta posteridad tiene todavía con él; pues ha sufrido tanto por el contacto con la atmósfera desarmonizada que habitamos, que no habría podido resistir su choque hasta ahora, si la mano suprema no hubiera atemperado los primeros ataques.

La simiente prometida, destinada a revivir el árbol del Hombre

En efecto, cuando el primer hombre había dejado que se desvanecieran y desaparecieran las gloriosas ventajas de que debería haber gozado eternamente por los derechos de su origen primitivo, el Verbo eterno acudió en su ayuda en este lugar de delicias donde la mano suprema lo había colocado. Le prometió que la raza de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente.

Sólo con esta promesa sembró en Adán la semilla de su restauración. Nunca dejó de regar esta semilla con todos los favores espirituales que transmitió al mundo a través del ministerio de sus elegidos, hasta que ella misma vino a regarla con su propia sangre. Pero el árbol, o el hombre, es siempre responsable de producir su fruto a través de toda su descendencia. Solo No podía entregarse por él, y no podía aniquilar la ley por la que este árbol mismo debía manifestar libremente lo que había recibido en sus esencias.

Así lo deja avanzar día a día hacia la época final, cuando, suponiendo que todas sus ramas hubieran cumplido los benéficos designios de su fuente restauradora, habrían estado destinadas a mostrar a las últimas edades el majestuoso árbol del hombre tal como apareció en el Jardín del Edén, y además, adornado con las brillantes ramas de toda su posteridad, que deberían sostenerlo con todos sus esfuerzos, ya que la obra es común a ambos, y tanto a los hijos como para su padre.

Pero en lugar de una contribución tan importante de la posteridad del primer hombre, ¡qué es este cúmulo de crímenes y desórdenes que no cesa de hacer caer sobre las raíces de este árbol milenario, que debería serle tan sagrado! Con sustancias tan heterogéneas y tan destructoras, ¿qué progreso puede hacer esta posteridad del primer hombre en su crecimiento

espiritual? ¿Qué ramas y flores puede producir? ¿Y qué frutos podemos esperar de ella cuando dé fruto?

El Hombre primitivo en su lecho de sufrimiento y abandonado por su posteridad

Es aquí, obreros del Señor, donde vuestra desolación, por grande que sea, os parecerá siempre legítima; ¡pero es también aquí donde encontraréis las razones más conmovedoras para reavivar vuestro celo por la nobleza y la importancia de esta empresa, puesto que se trata nada menos que de contribuir al reposo del jefe de toda la familia, anunciando a todos sus hijos cuál es la sublimidad del ministerio del Hombre-Espíritu!

Ved al hombre primitivo tendido en su lecho de dolor, aunque sufra más por vosotros que por sí mismo; vedle contemplar con ojos de sufrimiento a todos los miembros de su posteridad, pasados, presentes y futuros; oídle, a lo largo de los siglos, rogarles con largas súplicas que no agraven al menos sus heridas con sus crímenes, si no saben ayudarle a completar la curación con sus virtudes.

Trata de hacerte una idea de su aflicción, cuando veas que de toda la numerosa posteridad a la que se dirige, no hay uno solo que escuche sus quejas; ni uno solo que trate de compartir el trabajo con él; no, ni uno solo que se conmueva por el penoso estado en que languidece; ¡qué puedo decir! ni uno solo tal vez que no vierta hiel y veneno en sus heridas todos los días.

Busca su alivio, a través de su espíritu y de sus hermanos

Oprimidos por vuestro propio dolor, os encerraréis en vosotros mismos; pero desde el seno de vuestro refugio más secreto, vuestro celo os llevará hacia vuestros hermanos descarriados e insensibles, ya sea a sus propios males o a los que hacen sufrir al venerable tronco de la familia humana. Allí permanecerás asiduamente junto a su ser más íntimo, como Jeremías a la puerta del templo de Jerusalén. Los importunarás concentrando constantemente su espíritu en el ejercicio de sus sublimes poderes y en la importancia de la justicia.

Le dirás a este ser íntimo que es el fruto de su campo el que debe contribuir a mantener la abundancia; que si permanece perezoso y no aporta su parte de provisiones, la subsistencia general se resentirá; que pronto el campo abandonado a la esterilidad se cubrirá de zarzas y espinas que sólo pueden herir la mano cuando intente acercarse a él, o de venenos que propagarán la infección por todas partes; que este mismo campo no tardará en dar refugio a bestias venenosas y feroces, que siempre estarán dispuestas a devorar a su propio amo.

Le dirás que si el hilo que nos une a Dios se ha roto, está siempre dispuesto a renovarlo, y a demostrar que sólo en el pacto divino encontramos la vida, la luz y todos los tesoros destinados a saciar el hambre que tenemos de admiración; así como es al principio supremo al que deben referirse todos los frutos, pues sólo Dios puede ofrecer depósitos capaces de recibir y contener sus propias cosechas.

Le dirás que tan pronto como hubimos descendido al abismo, Dios extendió a nuestro alrededor el gran arco iris o esa inmensidad de escaleras séptuples que nos rodean y están siempre listas para ayudarnos a remontar nuestro precipicio; que es con estas poderosas ayudas con las que Dios mismo arma a sus guerreros como lo hacen los gobernantes de la tierra; pero que les hace servir a cada uno sólo según su arma, y que los emplea sólo según sus luces, sus fuerzas y sus conocimientos.

Le instarás a unirse al ejército del Señor, persuadiéndole de que su poderosa mano nunca nos expondrá a más peligros ni a más trabajo del que podamos soportar.

Si se te resiste, redoblarás tus esfuerzos, usarás incluso de todos los derechos inherentes a tu ministerio para someterlo, y para alejar de él, en nombre de tu palabra, a todos los enemigos que diariamente intentan seducirlo y desviarlo; no te darás tregua hasta que hayas logrado reconducirlo a los caminos de la justicia, y hasta que entonces puedas ofrecerlo al Soberano de los seres y al *amigo de los seres puros* como un sacrificio de dulce aroma.

Así pues, no es sólo por el bien de vuestro hermano por lo que os dedicaréis a la sagrada labor de hacer que las almas sean sabatizadas; será también por el bien del Dios supremo cuyos ministros aspiráis a ser.

En efecto, aquellos de sus siervos que le son más queridos son los que cuidan de reintegrar en los ejércitos del Señor a las almas que pueden extender su gloria distinguiéndose por su servicio.

Dios busca un medio de penetrar el alma del Hombre

Será también en beneficio de la triste morada de los hombres. Pues aquí en la tierra, cuando Dios no encuentra un alma humana en la que pueda colocarse y a través de la cual pueda actuar, es entonces cuando se generan los desórdenes y se suceden en la tierra de una manera desgarradora para los que aman el bien, y esto demuestra que el crimen del primer hombre fue haberse hecho vacío de Dios, para seguir sólo a su propio espíritu oscuro. Pero los abusos en que se complace su posteridad hacen que, si el espíritu del hombre es así llevado todo hacia un lado, la fuerza divina es a su vez llevada toda hacia el otro, y que por su gran peso emerge al final en unas pocas almas humanas desde donde se extiende luego hacia el exterior para contener el exceso de mal y detener el desorden; sin esto, el universo estaría ya derrocado.

La obligación y la recompensa de aquellos que se entregan a la obra de Dios

Las almas humanas que sostienen este celo por la Divinidad tienen grandes cargas que soportar y grandes trabajos que sostener; pero también tienen una gran salvación que esperar y un gran apoyo que esperar en su trabajo, porque están sostenidas por una gran palabra de oro que, cuando se pronuncia sobre ellas, pone en acción y en actividad todas sus fuerzas y todos sus poderes. Esto es lo que debe ser el apoyo diario, la vida y la luz del hombre; como en el régimen militar, la palabra del comandante es la seguridad de todo su ejército.

Las almas humanas que siguen el ardor de la Divinidad, poseen obligaciones pesadas que cumplir y gran trabajo a realizar; pero tienen también altas retribuciones que esperar, más allá de los poderosos auxilios durante su obra; ellas son fortificadas por un gran verbo de mando que, cuando es emitido, coloca toda su fuerza y poderes en acción y actividad; éste debe ser la vida, la luz y el soporte del Hombre, así como en el orden militar la palabra de mando conlleva la seguridad de todo ejército.

Por otra parte, ¿no son estas almas recompensadas abundantemente por la felicidad de haber sido testigos? Pues son los que han sido testigos los que serán reconocidos en los tiempos venideros como siervos fieles, y es particularmente en las almas de los hombres donde debemos dar testimonio. Estos testimonios, que hemos sembrado en las almas de los hombres, resucitarán con ellos, y servirán, a su vez, de testimonio para nosotros, de modo que no sólo nuestras propias deudas serán olvidadas y aniquiladas, sino que incluso nos distribuirá nuestro salario.

Obreros del Señor, haced todo lo posible para que seáis enviados como testigos, y para que no os quedéis sin consuelo y sin esperanza en el tiempo venidero. Dichosos vosotros si podéis deciros cada día: No he desperdiciado mi día; he dado testimonio en el alma del hombre (y eso en el secreto de vuestro ser, y aun sin el conocimiento de los ojos materiales del hombre); ¡y con ello he mejorado el estado de mis deudas futuras!

Podéis incluso esperar que, a cambio de estos testimonios, Dios os pague desde este mundo, no sólo con las alegrías que derramará en vuestra alma, sino incluso con los señalados socorros que os enviará, y con las obras divinas y maravillosas que sacará de vuestras manos, como una especie de recompensa, o como un retorno y un intercambio por los servicios que le habréis prestado de antemano en el ministerio del Hombre-Espíritu.

La paga de los siervos del Señor: Alivio para el cabeza de la familia humana

Sí, si el hombre estuviera dispuesto a seguir valerosamente la senda del verdadero ministerio del Hombre-Espíritu, pronto reconocería que tendría mucho menos trabajo que hacer, y menos

tiempo que emplear en obrar un milagro que aprendiendo en todos sus detalles la menor de las ciencias que ocupan a los hombres y a las que dedican sus días y su sudor. Obreros del Señor, éstas son las alegrías y recompensas con que Dios ama alimentar vuestra esperanza:

> Reacciones mutuas de todas las potencias divinas combinadas en nosotros para provocar la penitencia;
> Reacción en nosotros de estos mismos poderes para producir la resignación;
> Reacción para la corroboración;
> Reacción para realizar la súplica, en concierto con todos los seres pasados, presentes y futuros;
> Reacción para producir convicción íntima e integral;
> Reacción para dirigir todos nuestros pensamientos, deseos y pasos;
> Reacción para obtener la gratificación de la palabra;
> Reacción para que nos atrevamos a hablar a la palabra, ya que la palabra nos habla;
> Reacción para que podamos rogar a la palabra que se escuche a sí misma en los gemidos que profiere en medio de todas nuestras miserias y de todas nuestras particulares dolencias corporales y espirituales;
> Reacción para obtener la investidura y la distribución activa y eficaz de las fuerzas dominantes, juzgadoras, operantes, justificadoras y justicieras que esta palabra viva, movida por su propia oración, puede hacer descender a los hogares y a las sedes donde mora y fermenta.

Esto es lo que pueden hacer los obreros del Señor si han dado testimonio en el alma de sus compañeros; así es como podemos hacer partícipe a Dios de todas nuestras obras, y a nosotros de todas las suyas.

Obreros del Señor, si obtenéis favores semejantes, será entonces cuando podréis, con confianza, acercaros al lecho de dolor donde el jefe de la familia humana está todavía sujeto por los errores y las contaminaciones de su posteridad; le consolaréis en su aflicción, le aliviaréis con vuestras obras sublimes y santas; y él se alegrará de ver a algunos de sus hijos tomar parte de su tierna solicitud.

¡Aleluya!



INFLUENCIA DE LA GNOSIS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Antonio Piñero[15]

Es difícil exagerar la importancia que este movimiento o, mejor, atmósfera religiosa, tuvo en los siglos I y II de la era cristiana y su posible influencia en la teología del Nuevo Testamento, bien fuera como aceptación en parte de algunos de sus principios, bien como rechazo. El vocablo *gnosis* es griego y significa «conocimiento». En el ámbito religioso se entiende por *gnosis* «el conocimiento de misterios divinos reservados a una elite gracias a los cuales se consigue la salvación». O más sencillamente: gnosis significa el logro de la salvación mediante el conocimiento.

La gnosis es una experiencia religiosa basada normalmente en una sabiduría revelada. Para que haya gnosis tiene que haber revelación, no a todos los gnósticos naturalmente, pero sí al menos al maestro o cabeza del grupo. La «gnosis» como tal no es estrictamente ninguna religión, sino un conjunto de saberes, de ideas religiosas que luego se concretizan en diversas religiones. Pero la gnosis no es un conocimiento puramente intelectual, sino total en el sentido de que la contemplación del objeto permitirá al contemplante ser uno con él. El objeto de ese conocimiento es el Absoluto, Dios, y lo que de él dimana, a saber, las regiones supracelestes donde se halla la divinidad y las entidades que se imaginan que la acompañan. La gnosis orienta también sobre la creación del universo y la del ser humano con el fin o meta de su vida. Conocer por revelación directa o indirecta este conjunto de cosas es alcanzar la *verdad;* representa ser y actuar en esa verdad, y, en último término, salvarse.

La gnosis así entendida pertenece, pues, al esfuerzo común que se halla en la base de muchos sistemas espirituales, por lo que diversas concepciones que se caracterizan como «gnósticas» aparecen también en otras religiosidades, especialmente las místicas, tanto en el cristianismo antiguo como en el hinduismo o el islam. La gnosis puede considerarse como una atmósfera religiosa que considera a una religión determinada, dentro de la cual crece, como una fase o un estadio inferior de la religiosidad. El estadio superior lo tendrán los verdaderos «conocedores» o gnósticos. El deseo de poseer ese conocimiento de la *verdad* nace de un cierto impulso del ser humano hacia la consecución de la unidad del creer y del ser, que en muchos se traduce en el deseo de la unión del hombre con la divinidad. Por tanto, la gnosis, o deseo de poseer el conocimiento, es en el fondo un comportamiento religioso básico. Este comportamiento se

[15] *Guía para entender el Nuevo Testamento*. I, Cap.6: *El entorno del Nuevo Testamento (II): El helenismo y su legado*, pág. 115. Antonio Piñero. Editorial Trotta, 2.006. Catedrático de Filología Griega, especialidad en Lengua y Literatura del Cristianismo primitivo en la Universidad Complutense de Madrid. Ha enseñado lengua copta en esta Universidad en la sección de Filología Bíblica Trilingüe. Autor de numerosos ensayos sobre cristianismo primitivo y Nuevo Testamento.

traduce en ocasiones en un sistema filosófico o religioso que da cuerpo a la profunda y dolorosa sensación que tienen ciertas personas de la separación de dos polos —Dios (verdad) / hombre (buscador de la verdad)— que se estima deberían estar unidos. La gnosis tratará, pues, de responder a preguntas elementales del hombre religioso: ¿quién soy yo realmente? ¿de dónde vengo? ¿qué relación tengo con la divinidad? ¿cómo conseguiré poder volver allí de donde procedo, es decir, la salvación? ¿cómo eliminaré los impedimentos que se oponen para conseguir este fin?

Comprender la gnosis facilita el entendimiento de una buena parte del cristianismo primitivo, que nace en un ambiente cuya atmósfera está permeada por ideas gnósticas. Veremos en seguida cómo es muy probable que la gnosis naciera en un ambiente judío. Durante una época temprana del cristianismo, en torno sobre todo al siglo II d.C., el gran grupo de la Gran Iglesia, por un lado, y la gnosis cristiana, por otro, fueron fenómenos teológicos tan parecidos que para los observadores profanos era difícil distinguir entre los cristianos llamémosles «ortodoxos» de la Gran Iglesia y ciertas ramas de gnósticos, sobre todo los llamados «valentinianos» (sucesores de Valentín, gnóstico de principios del siglo II d.C.).

1. *Ideas básicas de la gnosis*

1. Dios existe. La existencia de la divinidad se da por supuesta, así como la realidad de un mundo igualmente divino que la rodea y que procede de ella por emanación.

2. La divinidad no es simple, sino compleja, pero se puede llegar a conocerla. El gnóstico se halla convencido de que todas las realidades del mundo presente, cuando se interpretan bien, son un reflejo de otras entidades superiores, no materiales, que están arriba, en el «cielo»; y a la inversa: las realidades superiores, divinas, tienen su contrapartida en las de «aquí abajo». Este supuesto es similar a la teoría de las ideas de Platón, según la cual toda entidad del mundo aquí abajo no es más que el reflejo de una idea realmente existente en el mundo de allá arriba. Resultado: si interpreto bien lo que hay aquí abajo, sabré lo que hay en el mundo divino, de arriba.

3. Antes de la creación del universo ese Dios, único y trascendente, vivió consigo mismo durante infinitos siglos con gran paz y aislamiento (Dios antes de la creación del mundo = Génesis, cap. 1). Con él convivía sólo su Pensamiento. Este ser es, pues, uno y «múltiple» de algún modo a la vez. Esta multiplicidad explicará que de algún modo el Universo, múltiple, pueda proceder del Uno.

4. En un momento determinado este Ser trascendente, el Uno, pensó manifestarse y comunicarse hacia el exterior (Dios decide la creación). En unión con su propio Pensamiento, su deseo de comunicarse engendró por emanación una serie de entidades divinas que forman una proyección de la divinidad hacia fuera. A estas entidades se les suele llamar «eones» («existentes») y van

siempre por parejas, ya que lo aislado no existe en el universo y si lo hay, no es perfecto. En realidad, estos «eones» son modos como la divinidad se proyecta hacia fuera. A este conjunto de la divinidad más sus modos o eones se denomina «Pleroma», «plenitud» total de la divinidad.

5. Todo esto ocurre antes del tiempo y todo ello forma una situación estable. En un instante dado ocurrirá un «cambio» que conducirá a la creación concreta del universo. Por un cierto «error» (en principio parece increíble que un ente divino pueda equivocarse, pero los gnósticos lo creían así) uno de esos eones, al que los gnósticos llaman *Sabiduría,* se separa del Pleroma y en un complicado proceso de apartamiento del Uno o Padre crea la materia. En realidad, no la crea tampoco por sí misma sino a través de un intermediario, una divinidad inferior, o *Demiurgo,* que ella misma produce. El proceso al que aquí nos referimos es en realidad la expresión de una exégesis mística y alegórica de los primeros capítulos del Génesis, valiéndose de elementos tomados de la filosofía griega, en concreto del *Timeo* de Platón. El Demiurgo aparece descrito de diversas maneras, pero en todos los sistemas gnósticos es una especie de ser divino, un dios inferior e ignorante de que por encima de él se halla el verdadero y trascendente Dios.

Tenemos, pues, aquí un *mito cosmogónico.* Con él la gnosis consigue explicar varias cosas: el Universo es creado en último término por Dios, pero por una especie de «error» de uno de sus modos o «eones». Además, no lo crea la divinidad directamente, sino sus intermediarios. Esto supone que la gnosis niega la fe del Antiguo Testamento en la creación. Pero así se salva la absoluta trascendencia divina y se explica la dualidad entre Dios y la materia. Ésta es el último escalón del ser y en el fondo será inconciliable con la divinidad.

6. Al mito de la creación que explica la dualidad sigue *un segundo mito, el de la creación del hombre.* Éste, en su parte material, es creado por el Demiurgo asistido por una serie de ángeles ayudantes creados a su vez previamente por él, y que se hallan a cargo del sistema de los planetas y otros astros del universo. Todos juntos, ángeles y Demiurgo, forman al primer ser humano, Adán, a *imagen* del Dios supremo, y *a semejanza* del dios secundario, o Demiurgo. Su parte superior, su espíritu, lo tiene el ser humano por insuflación del eón Sabiduría. Así se explica también la dualidad que reina en el hombre. Por un lado, es un ser carnal, material, degradado, producto del Demiurgo. Por otro, es un producto de la Sabiduría gracias a su espíritu. Al ser este igual a la divinidad, el hombre es un ser superior, que de algún modo pertenece al cielo. Pero carne y espíritu estarán por siempre enfrentados.

El grado de insuflación o de participación del espíritu celeste hace que para la gnosis los seres humanos estén divididos en tres clases o categorías:

- Hay una clase de hombres puramente material, los llamados «hílicos» (del griego *hille,* «materia»), que no reciben ninguna insuflación de la Sabiduría, y por ello ninguna parte de la chispa divina o espíritu.

- Hay una segunda clase, un segundo «pueblo» (exégesis alegórica de la división de la humanidad en pueblos: Gn. 10) que absorbe una insuflación a la mitad, es decir, recibe del Demiurgo el hálito de su propia y única sustancia, llamada «psíquica» o anímica (del griego *psiche,* «alma»).
- Y hay, finalmente, una tercera clase, superior, que recibe tanto la insuflación psíquica como la pneumática o espiritual (del griego *pneuma,* «espíritu») de Sabiduría.

7. La carne está condenada a volver a la nada, a lo que es en realidad. Pero el espíritu del hombre debe ser salvado de la carne y del universo material. De eso se encarga el Salvador enviado por Dios para rescatarlo. Aquí entra en juego un *tercer mito: el de la salvación.* La divinidad completa, el «Pleroma», se apiada del ser humano. Le da pena que su parte superior, el espíritu, esté aherrojado en el mundo, prisionero del cuerpo y de la materia. Para liberarlo, para hacer que el espíritu vuelva a las alturas de donde procede, todo el Pleroma divino envía a la tierra al Salvador.

El Salvador o Redentor descenderá desde las alturas, el Pleroma, atravesará las distintas esferas de los cielos que circundan la tierra —engañando a sus vigilantes, los ángeles o arcontes del Demiurgo— y llegará a ella con la misión de recordar a los hombres espirituales que tienen dentro de sí una parte divina, que deben sacudirse el letargo en el que viven (por culpa de hacer caso a la materia) y hacer todo lo posible para retornar al lugar de donde esa parte procede. El modo de sacudir su adormecimiento es la revelación de la gnosis o el conocimiento verdadero. Lo que el Salvador hace con su revelación es sacudir al alma de modo que el ser humano empiece a formularse las preguntas sustanciales que más arriba apuntamos: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿qué debo hacer para rescatar este espíritu de la materia y hacerle volver al lugar de donde procede, el cielo?

La revelación del Salvador da también los medios para responder a esas preguntas. Tras recordar a los humanos espirituales que proceden de las alturas y que deben volver a ellas, les indica los medios para conseguirlo: ascetismo, huida del mundo, desprendimiento de todo lo carnal. En una palabra: la misión del Salvador es enseñar al ser humano a liberar su espíritu de la materia. Pero la división de la humanidad en tres clases, según tengan o no el espíritu, o una pequeña porción de él tiene grandes consecuencias:

- La clase puramente material de hombres (los hílicos, asimilados con los paganos), no son capaces de ninguna salvación.
- La segunda clase, la de los psíquicos (asimilados por los gnósticos del siglo II a los cristianos vulgares miembros de la Gran Iglesia), si prestan atención a los preceptos del Salvador y llevan una vida recta, obtendrán una salvación intermedia: a su muerte se despojarán de la materia (del cuerpo, que no resucita) y sus almas ascenderán al llamado cielo inferior, es decir, a la región superior del universo —separada del Pleroma— y llevarán allí junto con el Demiurgo y sus ángeles buenos, que al final se convierten, una vida

bienaventurada.

- La tercera clase, la de los hombres que poseen la parte divina, los espirituales o «pneumáticos» («los que tienen pneuma o espíritu»), los gnósticos verdaderos, recibirán la salvación completa con tal de que, gracias al Salvador, se despierten del sueño que produce el estar rodeado de materia, caigan en la cuenta que tienen esa parte divina y reciban la *gnosis,* la revelación, conociéndose a sí mismos, su procedencia y su destino. Tras la muerte, su cuerpo carnal perecerá con la materia; su alma ascenderá junto con el resto de las almas de los hombres psíquicos y el Demiurgo y será allí feliz también. Su parte superior, el espíritu, traspasará el límite del Pleroma, y uniéndose a su contrapartida celeste, es decir, su espíritu gemelo superior que le aguarda en el Pleroma (¡todo lo bueno existe por pares!), descansará allí, haciéndose uno con la divinidad a la que entonará himnos de alabanza y gloria por siempre jamás.

2. *Origen de la gnosis*

El origen concreto de la gnosis y todo su ideario, *que sólo aparece con claridad en el siglo II d.C.,* es extraordinariamente discutido por lo que los investigadores no han llegado a ninguna posición unánime. Es verosímil, sin embargo, pensar que, en el arco formado por las regiones de Siria, Palestina y Egipto, entre gentes impresionadas por la idea de una enemistad irreconciliable entre materia y espíritu (dualismo) y por la concepción de una lucha atroz entre el Bien y el Mal, e impulsadas por otros conceptos de la filosofía griega espiritualista (por ejemplo, la división del ser humano entre cuerpo y alma, y éstos enfrentados entre sí) es donde surge el germen primero de la gnosis. Se puede sospechar que la gnosis mediterránea comienza a brotar en esas zonas *en ciertos ambientes de judíos piadosos, esotéricos y marginales,* cuando éstos, aficionados a la filosofía griega, aplican a la exégesis de los textos sagrados —especialmente el Génesis, que expone el origen del mundo y del hombre—, conceptos de la filosofía helenística popularizada, sobre todo del platonismo.

Esos presuntos judíos marginales o sectarios eran muy religiosos, pero no estaban apegados estrictamente a ninguna de las corrientes judías de pensamiento. Eran más bien representantes de un judaísmo muy helenizado que intentaba explicar la historia de la creación del mundo y del ser humano (ya conocida por ellos a través del Libro del Génesis) con criterios más «científicos», más filosóficos. En su afán de interpretar «modernamente» ese antiguo texto judío utilizaron los conceptos y la metodología de la filosofía platónica. Parece ser también que la gnosis como atmósfera religiosa se extendió por el Mediterráneo oriental *poco antes del nacimiento del cristianismo,* no como una religión estricta, como hemos ya apuntado, sino como un conjunto de ideas o atmósfera religiosa que constituye como un estado superior de la religión «vulgar». En las obras de Filón de Alejandría, más o menos contemporáneo de Jesús de Nazaret, se percibe con toda la claridad deseable cómo su autor, un teórico judío de la religión, emplea muchas ideas «gnósticas» para hacer propaganda dentro del judaísmo heredado de sus padres de una religión más espiritual, más mística, en la que el camino del espíritu hacia

la divinidad, el Dios de la Ley y de las promesas, se encuentra por medio de la interpretación alegórica de la Escritura apoyada en conceptos de la filosofía platónica sobre todo.

No deja de ser interesante observar también que el núcleo de la filosofía platónica popularizada en la época en la que nace el cristianismo (el Bien supremo y el mundo de las Ideas superiores, origen y ejemplo del mundo material, formado como copia de los arquetipos celestiales; el hombre compuesto de alma y cuerpo, es decir, espíritu y materia; poca o nula importancia del mundo material comparado con el verdadero de las Ideas; la inmortalidad del alma; la muerte como ejercicio filosófico para acceder al mundo superior, etc.) podía acomodarse perfectamente a la religión judía, de donde proceden los autores del Nuevo Testamento. De hecho, se había ido acomodando ya desde hacía unos doscientos años.

3. *Consecuencias para la comprensión del Nuevo Testamento*

Lo dicho sobre la gnosis y su posible origen judío es importante para explicar:

1. Cómo en el comienzo mismo del Nuevo Testamento, en las epístolas de Pablo y otras obras, se observa que sus autores deben enfrentarse a adversarios imbuidos de ideas que en principio parecen gnósticas.

Pablo, en su Epístola primera a los corintios, lucha contra gnósticos cristianos de la comunidad de esa ciudad quienes negaban una futura resurrección del cuerpo y afirmaban que la única resurrección posible, la del espíritu, había tenido ya lugar. Como signo visible de esta resurrección consideraban esos cristianos los casos de profetismo en trance extático (es decir, con aparatosos signos externos de trance) dentro de la comunidad, por ejemplo, el «hablar en diversas lenguas».

La Epístola a los colosenses presupone la existencia de una gnosis judeocristiana en el seno de la comunidad, corriente que atribuía efectivamente a Cristo la obra salvadora, pero que exigía que se honrara probablemente por encima de él al resto de las potencias divinas que forman parte del «Pleroma» o «plenitud» de la divinidad (los llamados «elementos del mundo» de 1,19 y 2,9).

Las Epístolas pastorales aluden continuamente a doctrinas gnósticas, que invaden a la comunidad, y a las que caracterizan como enseñanzas erróneas. Las Pastorales prohíben las discusiones teóricas con los gnósticos, ya que no conducen más que a estériles disputas, y oponen a la expansión del error gnóstico la muralla de la «sana doctrina de la Iglesia».

En el Apocalipsis el autor lucha contra lo que él consideraba posibles gnósticos, probablemente cristianos de tendencias paulinas, los nicolaítas, que creían conocer las «profundidades de Satanás» —es decir, el Demiurgo o agente divino creador del mundo que se opone a Dios:

2,24— y que se comportaban demasiado libremente en materias sexuales: 2,14.20-23.

2. Cómo la oposición a la gnosis por parte de ciertos autores neotestamentarios pudo ir pareja con el empleo por parte de ellos de algunos conceptos de los adversarios gnósticos que les parecían muy adecuados para expresar su teología, sus interpretaciones de la vida y el mensaje de Jesús o la constitución de la Iglesia. Ya sea por aceptar parte de lo bueno que tenían los adversarios, o por propio convencimiento, el Nuevo Testamento utiliza en ocasiones un utillaje mental gnóstico para presentar su mensaje. Vamos a poner sólo tres ejemplos para no adelantar acontecimientos:

a) Pablo efectúa una contraposición entre dos tipos de hombres, los «psíquicos» y los «espirituales» (1 Cor 2,14s; 15,44-49). Esta distinción se basa en una antropología de corte gnóstico/platonizante, que distingue tres partes en el ser humano: el cuerpo, el alma vivificante, y el espíritu o zona superior. Sólo el hombre «espiritual» es capaz de la verdadera sabiduría, la que conduce a la comprensión del «misterio de Cristo» (1 Cor 2,6-7). Los cristianos regidos sólo por el Espíritu, es decir, los «pneumáticos» o «espirituales» (aquellos en los que mora el Espíritu: 1 Cor 3,16; Rom 8,9), en poco se diferencian de los verdaderos conocedores, «gnósticos», igualmente espirituales. En ambos casos los pneumáticos son una nueva creación en Cristo (2 Cor 5,17) y participan de la gloria divina (2 Cor 3,18).
b) Pablo habla también la idea de la unión de los cristianos con Cristo (1 Cor 12,12-27; Rom 12,4s) formando un solo cuerpo. Esta idea se basa en concepciones muy queridas por la gnosis: la *syggéneia* o igualdad sustancial entre el Redentor y los redimidos a través de la posesión de un mismo espíritu.
c) El Evangelio de Juan presenta unos discursos del Salvador, Jesús, con un talante, unos motivos y unos temas muy parecidos a la gnosis que no se hallan en los otros evangelios (los de Marcos, Mateo y Lucas), pero sí difusamente en la literatura sapiencial judía muy influida por el helenismo, en Filón de Alejandría y en la religiosidad mística del helenismo (por ejemplo, el *Corpus Hermeticum).* En sus líneas de pensamiento más particulares el cristianismo del Evangelio de Juan y su interpretación de Jesús se pueden entender mejor si se acepta que el autor ha tomado nociones de la atmósfera o espiritualidad gnóstica nacida en suelo judío y extendida por todo el ámbito del Mediterráneo. Estas ideas son las siguientes:

    - Dualismo a ultranza (luz/tinieblas; verdad/mentira; arriba/abajo).
    - La noción de un salvador preexistente, logos divino que desciende a la tierra, revela y asciende al cielo.
    - El concepto de la unidad sustancial del Enviado y sus seguidores con Dios.
    - La salvación por medio del conocimiento o fe que aporta la palabra de Jesús.
    - Estos temas y motivos del Evangelio de Juan sólo aparecerán claramente estructurados en el gnosticismo posterior, tanto cristiano como no cristiano, en los siglos II y III.

3. Esta breve explicación en torno a la gnosis es importante también para comprender el Nuevo Testamento como un producto de síntesis de diversas ideas y para caer en la cuenta cómo nociones centrales de otros mundos religiosos (por ejemplo, se piensa comúnmente que las concepciones bien definidas de la lucha del Bien y del Mal y la vuelta del espíritu del hombre hacia donde procede, hacia su verdadera patria celeste, nacieron en la religiosidad indoirania) habían sido asimiladas por el judaísmo anterior al Nuevo Testamento y transmitidas a éste. Según la hipótesis bastante verosímil del origen y primera expansión de la gnosis entre gentes judías helenizadas, puede considerarse a *la gnosis como un movimiento fundamentalmente exegético,* es decir, *un ensayo de interpretación de un texto ya sagrado* que surge en la periferia de una gran religión del Libro, el judaísmo, como consecuencia de la introducción de elementos helénicos y orientales en la exégesis de los datos revelados. El Nuevo Testamento, y el conjunto de la teología cristiana primitiva, constituirá un caso parecido: *el cristianismo es también un fenómeno exegético,* pues su teología nace de una nueva interpretación —con unas categorías nuevas— de textos ya sagrados —el Antiguo Testamento—, los cuales, vistos con otra luz, revelan realmente lo que fue y significó Jesús. Los judíos que no admiten esta interpretación de las Escrituras dejan de ser «conocedores» y por tanto no se salvarán.

4. *El origen judío de la gnosis* explica por qué se han detectado ecos de esta atmósfera gnóstica entre los manuscritos de Qumrán (el muy conocido dualismo; la lucha de los dos espíritus, del Bien y del Mal), por qué se extiende tan fácilmente la gnosis entre los judeocristianos (al principio una secta judía) y en el ambiente en el que predican Pablo y sus discípulos, por qué éste acepta algunas de sus ideas que le parecen convenientes para explicar su mensaje, por qué de algún modo influye en las concepciones del Cuarto Evangelio y por qué, finalmente, el Nuevo Testamento toma postura frente a esta atmósfera religiosa gnóstica cuando ésta se constituye en sistema religioso y le hace la competencia (Colosenses; Pastorales). En los siglos II y III la gnosis llegará a ser una versión competidora del cristianismo frente a la «ortodoxa» de la Gran Iglesia. La lucha será entonces a muerte y fue la gnosis la que perdió la batalla.



NOVEDAD EDITORIAL



«¡Hombre! …medita tu sublime destino. …solo tu alma inmortal, emanada del seno de la Divinidad, sobrevivirá a las cosas materiales y no morirá jamás. (…) separa cuidadosamente este principio celeste e indestructible de mezclas extrañas; cultiva tu alma inmortal y perfectible, y hazla susceptible de ser unida al origen puro del bien, entonces será liberada de los groseros vapores de la materia.»

Regla al uso de las
Logias Rectificadas, Artº II

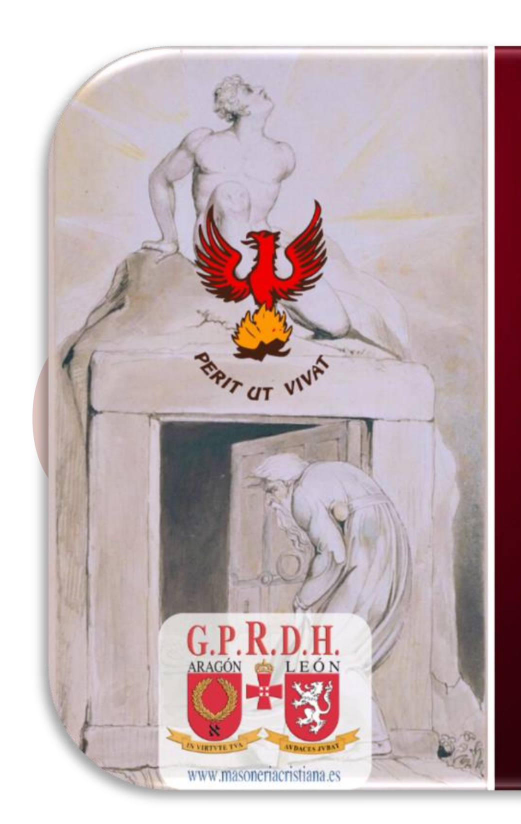
En la Ciencia Iniciática del Régimen Escocés Rectificado, la concepción de lo que es el «alma» y la relación con su presencia invisible en el hombre es absolutamente fundamental y determina el sentido mismo de esta vía iniciática.

Se puede pedir desde este enlace

El estudio y comprensión de la naturaleza del alma humana, "emanada del seno de la Divinidad", tal como se presenta en la doctrina del Régimen Escocés Rectificado, es de capital importancia y esencial en el desarrollo de su Iniciación, y va a determinar un modo de relación con la Divinidad absolutamente diferente y singularmente distinto de otras perspectivas y caminos hacia las realidades celestes. En este contexto, el alma no es una creación transitoria llamada a la eternidad, que aparece en un momento concreto del tiempo teniendo a su fuente divina como motivo existencial en este acto de procreación (el hombre-Adán creado como cuerpo y alma en un mismo acto conjunto e indistinto, tal como dogmatiza el dualismo medieval de la Iglesia Católica), sino que, por el contrario, permanece y ha permanecido desde siempre en Dios, con quien comparte una misma identidad sustancial por su *emanación divina*, lo cual implica que jamás ha nacido y nunca finalizará, porque su propia naturaleza es eterna, atemporal y divina (tesis presente en Orígenes de Alejandría y Martines de Pasqually). Por lo tanto, en la Ciencia Iniciática del Régimen Escocés Rectificado, la concepción de lo que es el «alma» y la relación con su presencia invisible en el hombre es absolutamente fundamental y determina el sentido mismo de esta vía iniciática. El correcto conocimiento de las propiedades intrínsecas del alma, de su naturaleza primigenia, de su "*incorporización*" temporal en una envoltura material y su "*reintegración*" a su origen primitivo, determinará la forma en que se conciba el recorrido por esta vía iniciática y la aspiración de todo Masón, en un impulso eminentemente legítimo, a la plenitud de un encuentro transformador e iluminador con la Divinidad. Jean-Marc Vivenza nos presenta en esta obra un tratado minucioso y profundo sobre los principios y fundamentos de esta clave misteriosa de la Ciencia Iniciática de la Masonería Cristiana y Rectificada.


G.E.I.M.M.E.
CÍRCULO MARTÍNEZ DE PASQUALLY
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas
de España
www.geimme.es





Espíritu activo y Alma pasiva

Existen para el Adán caído y degradado "dos vidas muy distintas que no pueden nunca confundirse sin caer en el más grande de los peligros: una es la vida espiritual activa o del espíritu, la otra es la vida universal pasiva que es de la materia. La vida del espíritu no ha sido creada, sino que ella emana con el ser que ha salido del seno de Dios de donde es originaria. Es inmortal, indestructible, inteligente y activa. (...) La vida animal pasiva, denominada también alma universal del mundo creado, no es más que pasajera..."

9º Cuaderno doctrinal
Jean-Baptiste Willermoz
(1730-1824)

G.E.I.M.M.E.

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/
www.youtube.com/c/GEIMME
https://t.me/geimme

geimme.info@gmail.com